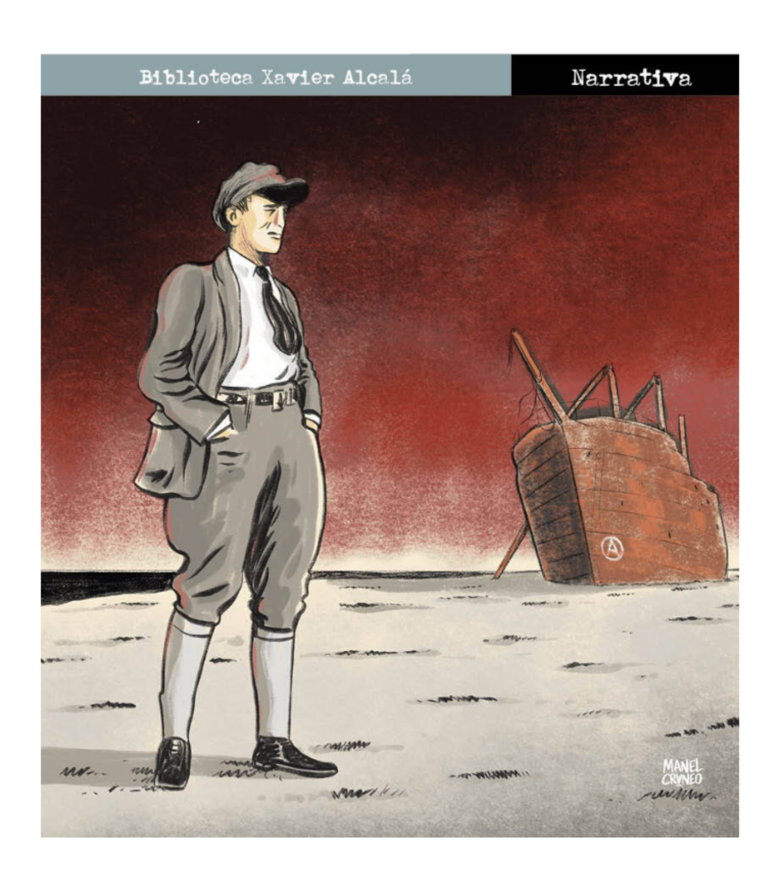
Xavier Alcalá

Viajes al país de Elal

Una revolución silenciada



Viajes al país de Elal

La revolución silenciada

Xavier Alcalá

Biblioteca Xavier Alcalá-7
1ª edición, Agosto de 2022

Diseño e ilustración de portada: Manel Cráneo

Composición: Ricardo Rozas

Sobre el autor:

Xavier Alcalá es un autor de formación científico-técnica (ingeniero de Telecomunicación y doctor en Informática) con reflejo en su carrera literaria: la profesión siempre fue para él fuente de vivencias y motivo para descubrir personajes.

Se inició como letrista dentro del movimiento de la Nova Canción Galega a finales de la década de 1960. En 1971 empezó a escribir crónicas para *El Ideal Gallego*. Desde ese momento destaca su interés por las vidas de los emigrantes. En 1972 la Editorial Galaxia editó su primer libro de narraciones con el sugerente título de *Voltar* (*Volver*).

Desde entonces continuó publicando simultáneamente artículos y libros. Estos se pueden agrupar en los géneros de ficción, reportajes y crónicas de viaje. Dentro de la ficción —siempre cercana a la realidad—, es autor de narraciones breves y de largo recorrido, incluso de una trilogía.

Con más de treinta títulos registrados en el ISBN, Xavier Alcalá muestra su maestría en el manejo de la aventura, la intriga y la descripción de paisajes exóticos. Las Américas, de Estados Unidos al Cono Sur, tienen para él un atractivo que las hace presentes en la mayoría de sus textos.

En *Cuentos de las Américas* va saltando de California a la Patagonia. En *Verde oliva* retrata la Cuba revolucionaria y en *Habana Flash*, la del castrismo consolidado. La selva amazónica de Brasil vibra en su *Cárcere verde* (*Contra el viento*) y el mar de hierba de las pampas se agita en *Huinca Loo*. La Patagonia y la Tierra de Fuego aparecen con toda su grandeza inhóspita en novelas como *Alén da desventura* (*Al Sur del Mundo*) y *The Making of* (*A mala sangre*) o en crónicas como *Argentina de paso*.

Siempre dispuesto a recordar los destinos americanos de un pueblo emigrante, Alcalá también dedicó muchas páginas al realismo vivencial. Mezcla su experiencia vital con relatos de la generación anterior a la suya: la Guerra Civil española y la posguerra silenciada marcan los inicios de *Verde Oliva* y *The Making of* (*A mala sangre*); impregnan la intriga de *Código Morse*; son la base de la *Trilogía Evangélica*, cruda historia de «herejes», y de las dos novelas de juventud del autor: *A nosa cinz*a (*El calor de la ceniza*), biografía «escolar» de su generación, y *Fábula*, narración pionera sobre un triángulo amoroso homosexual.

En el momento actual, Xavier Alcalá escribe de nuevo sobre gallegos en la Cuba castrista y prepara traducciones de sus novelas al castellano y al inglés, que irán apareciendo a través de plataformas de difusión global. Al tiempo mantiene una columna de opinión (*A voo de tecla*) en *La Voz de Galicia*
y diarias intervenciones en Twitter (@xavier_alcala), Facebook (@alcalaxavier y xalcalan) e Instagram (@alcalaxavier).

A todos los que me abrieron sus brazos y sus casas;
a los que me salvaron de peligros ciertos; y, especialmente, a la memoria del señor Bartolo de Río Gallegos, gracias a quien pudimos llegar a saber que Antonio Soto era gallego de verdad.

INDICE

TREINTA AÑOS DESPUÉS

A Coruña, junio de 2022

El País de Elal debe de ser uno de los grandes espacios emocionantes del mundo. En 1992 recogí en un libro cinco viajes allá, que ahora reviso y reedito, principalmente porque en aquel momento quedaban las promesas de volver y de seguir ahondando en historias recién descubiertas.

Decía mi amigo Manuel Antonio (Cholo) Rei Flórez que «la casualidad hay que buscarla». Así es: uno debe perseverar en lo que interesa. Por buscar la casualidad viajé varias veces más al País de Elal entre 1992 y 2017, continué llenando libretas de viaje y de ellas salieron narraciones como *Latitud Austral*, *Al sur del mundo*, *A mala sangre*, *Hotel Damasco* y *El Petiso Montotto*.

Coseché mucha sustancia literaria en la tierra que fuera de los antiguos adoradores del dios Elal; pero también conseguí –casualmente– para sus pobladores modernos el documento que vino a dar luz sobre la historia de «el gallego Soto», personaje que aparece en múltiples páginas de *Viajes al País de Elal*.

Antonio Soto fue el caudillo anarquista de la Revolución de la Patagonia. Un activo revolucionario (por casualidad no fusilado) me había dicho en Río Gallegos que Antonio Soto era de Ferrol, ciudad en la que me crié y donde ejercía mi profesión cuando forcé la casualidad para que apareciese la partida de nacimiento de aquel

líder sindical. Ese documento desencadenó numerosos actos de recuerdo de quien luchó por los derechos elementales de los peones de estancia, pastores de ovejas en la inmensa soledad ventosa de «el acabamiento del mundo».

Mientras me duren las fuerzas, seguiré viajando hasta allí físicamente; y cuando me falten, lo haré con la memoria. Por eso escribo: para fijarla.

Elal era hijo de la Nube Cautiva y del Gigante Noshtex.

Elal creó a los chónek, que eran los hombres grandes de la raza tehuelche a los que otros hombres bajitos, barbudos y rubios, dieron en llamar «patagones».

Cuando esos hombres llegaron por el Agua Grande del Naciente, los chónek ya habían salido de las laderas del cerro Chaltén, donde los había creado Elal, y andaban por todo el país.

Eran fuertes y felices en su correría constante. No les faltaba alimento y sabían hacer fuego según Elal les había enseñado.

Elal siempre miró por sus criaturas y, viendo que padecían frío y falta de luz cuando el sol no brillaba en los cielos, les había dado el secreto de la chispa que surge cuando se hacen chocar dos piedras.

La gran pena de los tehuelches fue que Elal no los supo defender del fulminante y la pólvora, del agua de fuego y de las viruelas.

Con esa pena desaparecieron de su país cuando ya por él andaban otros hombres que a sí mismos llaman gallegos.

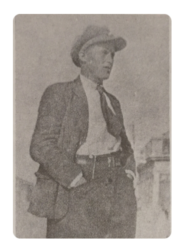


Foto muy conocida de Antonio Soto Canalejo, "el Gallego Soto", natural de Ferrol (Galicia). Sindicalista anarquista. Lideró la Revolución de la Patagonia.

A MANERA DE INTRODUCCIÓN

A Coruña, marzo de 1992

«Mi patria es mi infancia». La frase es de Miguel Delibes y yo la asumo como mía porque la vida me enseñó que allá en la niñez de cada cual está el refugio de los recuerdos al que siempre volvemos.

Pues bien, sepa el lector paciente que en esa patria infantil de quien le escribe la Patagonia ya existía. Bruce Chatwin –un inglés viajero y escritor– decía que la Patagonia también contaba entre sus fantasías de chico durante la fría posguerra europea. Para él los territorios ignotos del sur americano serían isla libre de radiaciones mortales después del gran holocausto nuclear con que nos amenazaban los rusos. Por eso, y por culpa del mito del brontosaurio, anduvo viendo y preguntando entre gentes del Fin del Mundo.

El pobre Chatwin no llegó a conocer la caída de la Unión Soviética y la consecuente desaparición de la amenaza nuclear. Ni, a pesar de su fama literaria, a enterarse bien de lo que era la Patagonia. Porque no era gallego, ni siquiera de adopción...

Yo tuve más suerte. Ya de pequeño soñaba con la Patagonia que había descrito Jules Verne viajando desde una biblioteca. Y alcancé a descubrir mucho más que Chatwin (o, por lo menos, eso es lo que creo y perdóneseme la aseveración si parece fruto de la pedantería).

Verne pintó una Patagonia de risa en *Los hijos del Capitán Grant* y

Chatwin pasó por los grandes desiertos australes sin hablar con los protagonistas mayoritarios de la resistencia, de la heroicidad silenciosa. Por ejemplo, nunca habló con don Asencio Abeijón, ni con el dueño de los Transportes Pontevedra, ni con los conocidos del fundador de Aldea Beleiro...

Pero no nos adelantemos. Volviendo a la patria verdadera, vayamos a 1955. Situémonos en Galicia, en Ferrol, la ciudad de los astilleros. Por la plaza de España ferrolana raramente circulaban automóviles y allá jugábamos niños y niñas, cada cual a lo que entonces mandaba la división de los sexos. De cuando en cuando, sin embargo, confluían los intereses y se armaba la reyerta. A veces con agresión verbal, y algo más.

En una de esas, le prometí a una niña que se llamaba Miriam mandarla de una patada a la Patagonia.

Casualmente, su padre, marino, escuchó la amenaza y se acercó a nosotros. No para reprenderme sino para examinar lo que yo sabía de región del Globo tan lejana.

Con lo que le respondí quedó satisfecho. Y le debió de decir algo a mi viejo, quien disfrutaba mucho con mis osadías de lector precoz. Al parecer, a consecuencia del incidente entre sus hijos, los vecinos habían liado conversación sobre unas provincias argentinas de las que poco se conocía. Los dos eran hombres de libro y radio, curiosos de la vida local, el marino, viajador por profesión. Con todo, estoy seguro de que ni llegaban a sospechar que, mientras ellos hablaban en Ferrol, allá en la Patagonia aún era vivo y activo un ferrolano que había hecho historia en las estepas barridas por el viento.

Hasta el año 1963 vivió felizmente Antonio Soto, el jefe de la revolución anarquista de Santa Cruz que en 1921 asombró a Buenos Aires, que puso en jaque al ejército argentino, que hizo tambalear el poder de los estancieros «ingleses» y obligó a los gallegos del territorio austral a tomar postura: los pobres con el sindicato y los comerciantes con el poder.

Mientras mi padre hablaba con el de Miriam, Antonio Soto Canalejo andaba por Punta Arenas, puerto final de un largo itinerario en tiempo y distancia para mí, que comienzo con estas páginas introductorias.

Ahora, déjeseme explicar algo más, o bastante más, para que quien siga leyendo entienda por qué viajé, por qué arriesgué la vida (y advierto que no exagero, como se ha de ver) en las desolaciones

patagónicas, entre fenómenos de la Naturaleza que no se llegarían a creer si no se vieran.

A ello voy:

Después de Verne, llegó Darwin a mis lecturas, un Darwin prohibido en clase de Religión pero calladamente aceptado en la de Ciencias Naturales. *Voyage of the Beagle* me marcó como contrapunto a fantasías del francés que no había viajado. Charles Darwin pasó años viajando, viendo, anotando con precisión de naturalista. El relato de aquel viaje incluía la descripción de un mundo diferente, de otro mundo, casi de otro planeta, que me facilitaba los sueños.

Nunca olvidé la hipótesis de andar por la Patagonia. Sin embargo, habían de llegar para mí los años –todavía dictatoriales en España– de la Europa de las libertades y de los Estados Unidos de la tecnología, de la modernidad, de la intuición del futuro. Suiza y la Península Escandinava me dejaron dibujados en la memoria unos perfiles de lo grandioso en agua, monte y nieves; las planicies desnudas de Norteamérica me ofrecieron cánones de esas otras bellezas monstruosas que hacen encoger el alma.

No obstante, Patagonia seguía, imperturbada e imperturbable –eterna según Darwin–esperando por mí.

Pasados los años, viajé varias veces a la Argentina pero nunca tuve el tiempo ni la ocasión de seguir para la tierra del viento. Aún así, a cada viaje iba aprendiendo más, desde la antesala cómoda de Buenos Aires, o desde las pampas que habían sido la frontera anterior a la patagónica en el constante avance de una nación hacia su desconocido sur.

Amigos y familiares traían fabulaciones a nuestras charlas. Unos habían ido a ver las estancias de ovejas, otros anduvieron de turistas por los lagos de la «Suiza de Sudamérica», alguno se había perdido de mochilero entre tormentas de polvo o nieve, este estuvo trabajado en los campamentos de petróleo, aquel –militar de carrera– vivió momentos de tensión en la línea dudosa que separa Argentina de un Chile que no renuncia a las riquezas ocultas en el subsuelo y en las aguas continentales de Patagonia atlántica.

Otra vez sería, me repetía, resignado a escuchar y comprar libros. En Buenos Aires, por las librerías de nuevo y de viejo del centro, y en Londres, en las tiendas de libros de viajes de Charing Cross, conseguí los relatos de hombres que se habían arriesgado por territorios sin mapas. El explorador Moreno, el naturalista Hudson y

el marino –¿agente secreto de la corona británica?– Musters dispararon mi imaginación sobre la épica de los grandes espacios libres, de los indios y de los pioneros.

Pero eso era una sola cara de la Patagonia. Había otra, la que quiso mostrar Héctor Olivera en su película *La Patagonia Rebelde*, con Soto por personaje protagonista. Quizás esta fuera la Patagonia de los gallegos...

La oportunidad surgió en un lugar de excepción. El responsable de conectar la administración gallega con las sociedades de emigrantes me llamó a su despacho de la Casa de la Parra en Santiago de Compostela. Cuando cruzaba la plaza de la Quintana hacia el palacete historioso, nada me diría qué cerca que estaba ya de lo que tan lejos me había quedado durante cuarenta años de vida.

Sin dudarlo, acepté el encargo del secretario general: contarles a los gallegos de Comodoro Rivadavia y de Río Gallegos (donde había estallado la revuelta capitaneada por Antonio Soto) como era ahora el país que ellos habían abandonado hacía tanto. A las principales ciudades de la Patagonia habían emigrado los últimos, por el tiempo en que yo soñaba con convertir a Miriam en misil intercontinental. Poco sabían ellos de nosotros, y nada nosotros acerca de ellos...

Hechos los preparativos del viaje, no tardaría en recibir un «llamado de larga distancia». Débilmente, me llegaba la voz de Griselda Pérez, profesora de la universidad de Comodoro que por Galicia había andado indagando sobre sus raíces. Me dijo que me esperaban. Que no podía fallar.

Yo no creo nada más que en la física cartesiana pero –confieso– tampoco me atrevo a negar las posibilidades de fenómenos diferentes, de distintas leyes, de otras realidades... Lo digo porque desde trece mil kilómetros de distancia y a través de una línea telefónica de mala calidad percibí el abrazo de Griselda y de todos los que en ella habían confiado para convencerme de lo que ya estaba convencido.

Ese fue el origen de mi primer viaje a la Patagonia, al que seguirían otros. Viajé primero por encontrarme con gallegos que no contaban en los registros tradicionales de la emigración, y después continué viajando en busca de los prodigios de una tierra ya explorada pero deshabitada; y a la cata de historias de gallegos que nada tienen que ver con los «enanos» del viaje crítico de Celso Emilio Ferreiro a Venezuela ni con los «almaceneros» de Quino,

padre de Mafalda; y –¿por qué no confesarlo si se me sabe escritor?– porque viajando, observando y leyendo empecé a ver una novela de aventuras para la que necesitaba aprender detalles de geología, flora y fauna que la pudiesen hacer creíble.

¿Acabé de viajar ya por la Patagonia? No, porque es territorio tan vasto y tan variado que cuanto vi de él apenas me dejó el gusto en los labios.

Con todo, creo que no sería mucho atrevimiento dar una visión de pasada, hacer un relato que sirva de advertencia a quien me quiera seguir como yo seguí a otros, y de diversión sin riesgos a quien prefiera acompañarme desde la butaca…

Y vamos al grano, que basta ya de paja:

Salvo error que los geógrafos sabrán disculpar, entiendo por patagónico un espacio de Sudamérica que se extiende entre la cuenca del río Negro y el Estrecho de Magallanes. Es una región variante y diferente –pero única– entre dos mares, dividida y unida por la cordillera de los Andes, con pasos a diferentes alturas entre las moles de roca –alguno tan bajo como el del lago Puyrredón, a solo ochenta metros sobre el nivel del Pacífico.

Mirando el Mapamundi, de oeste a este se van mostrando una costa laberíntica, conjunto de senos profundos, enmarcada entre selvas y cumbres nevadas; después la cordillera en sí, gigantesca, atravesada por lagos que tienden a disponerse en la dirección de los paralelos; y enseguida la precordillera ondulada, herbosa, que da paso a las mesetas y los cañadones profundos, al yermo y a los mallines en que se conserva la humedad como por milagro. La estepa se hace desierto hacia el Atlántico, las últimas hierbas dejan paso a las matas que todo viento resisten, los ríos desaparecen y aquí y allá se van viendo los salares blancos, letales para el sediento que a ellos acerque su boca.

Y por fin se llega a una línea casi continua de acantilados de arena compacta cuando no de roca blanda, llenos de fósiles, sobre playas planas y traidoras.

En el sur, entre las montañas, las masas de nieve se convierten en glaciares, hasta llegar al asombro del «hielo continental», que vierte en el Pacífico o en los grandes lagos. Esos lagos hacen de la Patagonia tierra única, de témpanos azul turquesa navegando, derritiéndose lentamente en las aguas gélidas que acaban sumidas, evaporadas, recordadas solo por la sal que traían.

Por ese país diferente, entre los paralelos 41 y 53, discurrieron los

viajes que intento narrar, y que fueron cómo sigue:

El primero, del lago Nahuel Huapí a Viedma, en la boca del río Negro; de allí a Comodoro Rivadavia y Río Gallegos; y de Río Gallegos al lago Argentino, el más austral de la cadena andina en tierra firme.

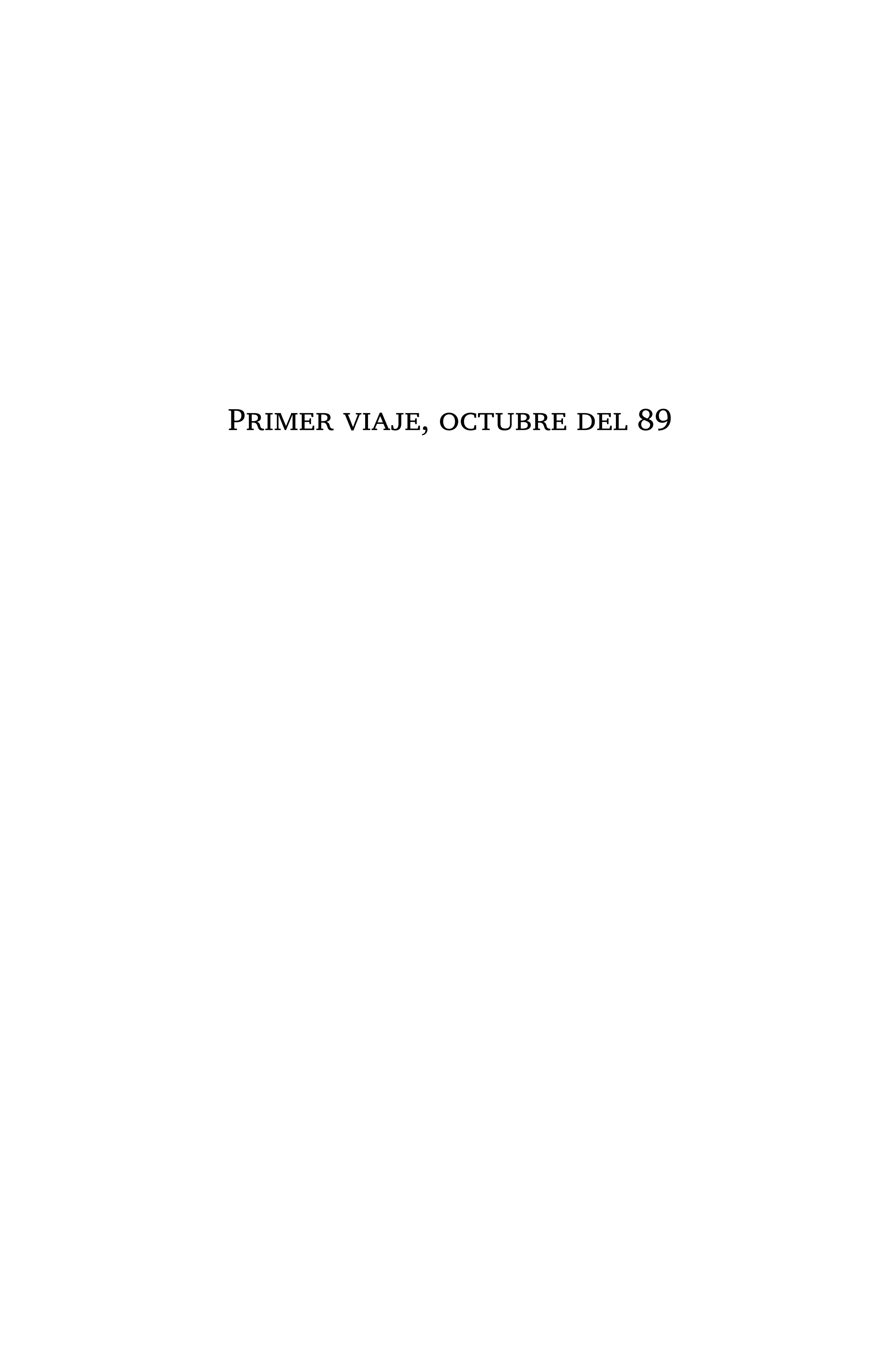
El segundo, de Comodoro en el Atlántico a Puerto Chacabuco en el Pacífico pasando por Aldea Beleiro, a través de la cordillera que Verne nunca atravesó.

El tercero, de Comodoro a Río Gallegos y vuelta, con paradas intermedias por propia voluntad y contra ella.

El cuarto, de Comodoro a los lagos Futa Laufquen, Epuyén y –de nuevo– Nahuel Huapí, con un salto previo a lo más desolado de las desolaciones: un bosque de piedra.

Y el quinto, de Comodoro Rivadavia a Punta Arenas, en el Estrecho de Magallanes, pasando por diversos lagos y por lugares tan increíbles como el Chaltén, que fascina –y mata– a escaladores de todo el Mundo.

Y bien, hecha la introducción, viajemos…



Primer viaje, octubre del 89



El señor Bartolo (Bartolomé Estévez), natural de Muros (Galicia). Fiel ejecutor de órdenes de Soto durante la Revolución de la Patagonia.

DEL NAHUEL HUAPÍ A COMODORO RIVADAVIA

El lago Nahuel Huapí y su vecino Mascardi son la antesala turística de la Patagonia. Si en España decimos «Bariloche», la gente asocia esa palabra a lugares de diversión: a la temporada de nieve cuando en nuestro hemisferio es verano y las grandes excursiones por barco y a caballo disfrutando del sol cuando el frío boreal se nos quiere meter en casa. Alrededor de San Carlos de Bariloche se fue montando un buen ejemplo de iniciativas turísticas en uno de los entornos más agraciados del Globo. Quien visita la zona sale de allí con un resume de linduras azules, verdes, castañas y blancas: de lagos, bosques, rocas impresionantes y nieve eterna.

Pero San Carlos es algo más. También es un reducto de la ciencia más peligrosa, la relacionada con la energía nuclear; y un exponente del desorden social argentino, con sus villas-miseria sin más consuelo que el de mirar un mar azul-añil entre montañas nevadas.

Cuando los primeros españoles se vinieron a perder por aquí en busca de la Ciudad de los Césares, encontraron unos indios canoeros, pobres pero felices en su pulular entre las islas de los grandes lagos, dispuestos siempre a ofertar el mejor de los sacrificios a la deidad del lugar, el Cerro Tronador, albo, piramidal y despótico, señor de las nieves y las tormentas, por todas partes visible su cumbre de tres mil quinientos metros.

Esos indígenas primeros dejaron marca rupestre y sencilla –«escaleriforme», como así se llama– por las concavidades de las rocas. Y nada más. Con ellos se inició y finalizó la Prehistoria de Sudamérica, que duraría doce mil años.

Después de los canoeros llegaron los tehuelches, al principio nómadas a pie, envueltos en pieles de guanaco, el arco y la flecha siempre prontos; y más tarde, ya dueños del caballo, maestros de la jineteada, vestidos con tela y diestros con la boleadora.

Eran tehuelches araucanizados; que cederían el lugar a los propios araucanos, ladrones de ganado en las pampas del este, conocedores de los pasos de la cordillera que les permitían llevar lo robado a Chile.

En estos paisajes refulgentes se librarían grandes batallas entre indios y militares de un ejército expedicionario mandado desde Buenos Aires, desde tan lejos que era difícil imaginar.

Vencieron los huincas, los cristianos odiados, y tras el ejército irían viniendo los colonos, los madereros, los cuidadores del parque nacional, los empresarios del turismo, los científicos encargados de inventar en secreto la bomba atómica que hiciera de la Argentina un poder temido, principalmente por Chile.

No hay noticia de que hubiera muchos gallegos entre los pioneros. En San Carlos, villa «alpina» para ojos europeos, con buenos edificios en piedra gris y madera barnizada, no hay centro gallego (Hay –eso sí– dinero gallego, del que se mueve con alegría en la Avenida de Mayo de la capital, invertido aquí en hoteles y proyectos de casino...).

Y, sin embargo, ya es vieja la obsesión gallega por el Nahuel Huapí y los pasos de la cordillera sobre estas latitudes:

Según el avión vuela hacia el este, se van viendo grandes lomas pardas, apenas teñidas de blanco por un recuerdo de nieve, de las que nacen venas de agua. Esos «arroyos» en dimensiones argentinas mueren en el río Limay, afluente principal del Negro.

Hace más de dos siglos, un gallego heroico –y como todos los héroes con flaquezas y errores– anduvo subiendo estas corrientes en busca de lo que obsesionó a tantos exploradores. Su relato de las expediciones río arriba causa asombro. «El piloto Villarino», como lo conoce la crónica oficial de la República, cuenta en los diarios como sus marineros de mar salado y hondo navegaban por los ríos cuando podían y, cuando no, vaciaban y levantaban en alto peso las barcas, y arreaban a cuestas los pertrechos por medio de las selvas

de sauces, hasta poder de nuevo remar o darse a la vela.

Los tehuelches desconfiados los seguían por las márgenes, vigilantes; y ellos perdían fuerzas, llevaban los pies deshechos. Pero seguían.

En un punto de la búsqueda, Vilariño –natural de Noia, que estudió artes náuticas en Ferrol y tuvo amores con una joven ferrolana–, viendo al enemigo próximo, en vez de amedrentarse mandó a sus hombres hacer chuzos con los remos rotos y llamó a parlamento al cacique Chulilaquin, mal contento con el aguardiente que le había ido dando.

Una india pampa que conocía el habla de los cristianos hizo de traductora y por ella Basilio Vilariño comunicó a Chulilaquin que él era «uno de los más chiquitos criados que tenía el rey de España, quien era señor de dominios en todas las cuatro partes del Mundo y estaba tan lejos de Buenos Aires que se tardaba caminando de día y de noche seis, siete y ocho lunas, atravesando el mar sin ver tierra, hasta llegar donde él; y que, aun estando tan lejos de su presencia, todos los expedicionarios lo obedecían, y antes perderían la vida que dejar de obedecerlo».

De esta vez le valió la diplomacia fanfarrona al gallego. Los salvajes, intimidados, le dejaron finalizar la expedición que lo haría entrar en la Historia. Mas en otra expedición, dirigida por un oficial de pocas luces y en la que las tropas del rey mataron y pillaron sin piedad en una toldería india, aquel hombre ilustrado, «conocedor de la Mathemática», murió en la represalia junto con otros valientes innominados.

Vilariño tenía su base en el fuerte de Carmen de Patagones, hoy ciudad frontera a la de Viedma hacia donde volábamos, ambas en la boca del río Negro.

Carmen, en la banda norte, era el último bastión del virreinato del Plata (y hoy es la última población de la provincia de Buenos Aires). Desde allí Basilio Vilariño exploró las costas que ahora veíamos por la ventanilla, bajas y de un verde sin fuerza ante el mar azul oscuro. A él se deben los primeros mapas de la zona, objetos de espionaje por parte de las potencias que le discutían a España esa extensión hacia el sur de sus dominios atlánticos.

El virreinato y la república le deben al piloto de Noia, también, su claridad de predicción acerca de la gran isla de Choele-Choel, en medio del río Negro. Se empeñó hasta hartarse en explicar cómo, fortificándola, se impediría que la indiada tuviera donde retomar

fuerzas después de cada ataque a la frontera.

Un siglo después, los estrategas de Buenos Aires ponían en práctica el objetivo militar. Desalojados los indios de la isla, la línea insuperable del río Negro dejaba de serlo.

Basilio Vilariño fue muerto a lanzazos en enero de 1785. Aún no había hecho los cuarenta y cuatro años, y ya andaba cansado de aquellos trotes. Meses antes había solicitado ser relevado de sus cometidos porque la falta de salud lo inutilizaba para el servicio. Su paisano Francisco Lamela, cirujano del destacamento de Carmen, había emitido informe según el cual el piloto padecía de «diarrea inveterada i de almorranas fluentes», triste condición para quien, cuando no navegaba, recorría las pampas a caballo…

Viedma es una parada breve. Volamos de nuevo. Al norte, a babor del avión queda la llanura del territorio bonaerense. La máquina vira a sudeste y se interna en el mar, sigue girando a sur y por estribor surgen las irregularidades secas y caprichosas de los territorios por los que ningún cristiano se había internado hasta las décadas finales del siglo XIX. Habría que esperar a mediados de los ochenta para que el ejército expedicionario cruzara el Negro. Los galeses establecidos en la cuenca del Chubut ya para ese tiempo andaban incursionando río arriba hacia la cordillera.

Mas del interior nada se conocía por escrito salvo referencias a las notas de Musters, quien había acabado su aventura con los tehuelches en Carmen de Patagones, milagrosamente vivo después de un año entre los bárbaros.

Volando hacia Comodoro, recordando a Musters y su viaje desde Magallanes al río Negro, algo brotaba en el huerto de mis fantasías.

Era una novela. La historia de un muchacho cristiano capturado por los pampas durante el asalto a la estancia de su padre, vendido a los araucanos en un refugio de la cordillera cuando el gran cacique Ñamcupangui llamó a todas las hordas a su unión contra el enemigo huinca, y jugado a las cartas entre capitanejos araucanos y tehuelches.

Por una suerte de mano, en carta de cuero pintada primitivamente, el mocito desgraciado pasaba a la posesión de un tehuelche borracho que lo arrastraba al continuo recorrer de los grandes desiertos con sus maravillas, de norte a sur por la costa de la Patagonia, y de sur a norte en paralelo a la cordillera.

Las aventuras serían muchas, y habría un hilo de intriga: aparecería un inglés con aparatos de medida, sujeto misterioso que

iba a obligar los indios a llevarlo a la cata de un lago en medio de los Andes que vertiera aguas hacia el Pacífico y hacia el Atlántico.

La acción se situaría en los tiempos de George Musters, allá por 1870, cuando aún quedaba mucho para iniciarse la obra del canal de Panamá y los riesgos del paso de Magallanes se juntaban a los gastos de un desvío hasta el extremo sur del continente…

Comodoro desde el aire se ve bien, claro sobre la tierra desnuda y parda, frente al mar azul con petroleros.

Un anuncio en cualquier folleto turístico decía un «Visite la ciudad del viento» que sabe a broma maldita cuando uno desciende la escalera del avión con miedo de que se le vuelen la bufanda y las gafas.

Formados en línea, esperan por el visitante personajes que, en este revuelto de razas y gentes de la Argentina, no dejan lugar a la duda. Son gallegos.

Ellos tampoco dudan de mí.

Nos saludamos.

Antonio Lago, el presidente del Centro Gallego, es un hombre grande y fuerte, que se pasa la mano poderosa por el pelo en el gesto mecánico de quien tanto viento aguantó.

Griselda, la dueña de la voz invitadora, no puede ser gallega. Hay en su rostro oval una angulosidad, un «achinamento» propio de los criollos.

Su amor meritorio a Galicia proviene de una abuela firme, lucense, de la montaña brava de A Fonsagrada, que fue a dar en estos pagos sin ley cuando comenzaba la llegada masiva de gallegos.

Esa señora vino a trabajar en un hotel y aquí se casó con un Pérez, castellano de Soria, de una familia «con mucho para contar».

Lo que tiene de criolla nuestra amiga, profesora de historia moderna, le viene por parte de madre, chilena y simpática donde las haya, una más de las muchas personas que se empeñan en agasajar a quien llega de la Madre Patria…

COMODORO Y LOS GALLEGOS

Comodoro Rivadavia tal vez no debería existir. Si mal no le explicaron el cuento al viajero, por sus condiciones de puerto natural era Rada Tilly, hoy lugar de veraneo de los comodorenses, lo que debía de haber crecido.

Pero la maravilla del petróleo todo mudó, y fue naciendo la villa de casas de chapa, rodeada de campamentos de chapa y poblaciones que toman nombre de las marcas kilométricas («El Cinco», «El Once») de un ferrocarril que funcionó y ahora no funciona.

Los gallegos fueron llegando aquí, según el estudio de Griselda Pérez, para ocuparse en todo tipo de menesteres. Eran en mayoría hombres, sin más conocimiento especial, quien alguno tenía, que el referente a las cosas del mar. Ya metidos en la segunda década del siglo XX, dejan saber los registros que se forman los primeros matrimonios «endogámicos» –entre gallego y gallega– y «endogámicos ocultos» –entre gallego y argentina hija de gallegos–. Dada la escasez de mujeres de la nación propia, aparecen matrimonios de gallegos con mujeres de gente ajena. Son raros los de las gallegas con hombres de distinta nación.

Lo que manda en el mundo de tierra y lata, de viento y petróleo, de mar, pingüinos y lobos marinos, es conservar lo propio, el ser diferente. El 22 de julio de 1923, refugiados de los rigores del invierno patagónico en el Coliseo, los gallegos fundan su centro. En

un mundo que parece el inverso del propio, los condenados al yermo muestran su unión. A esa altura, el de Comodoro es el centro gallego más alejado de la tierra originaria, el más austral del mundo. Después vendría el de Río Gallegos. Y después de este –tras la revolución y la huida de Soto a Chile–, el de Punta Arenas...

La ciudad creció, aparecieron las casas de ladrillo, los edificios de hormigón, la organización de calles y avenidas. Comodoro tiene una calle principal que podría ser repetición de la de cualquier ciudad argentina –con más gente «achinada» que las de los burgos pampeanos– y una avenida costera desde la que un monumento con intenciones dinámicas nos recuerda la guerra de las Malvinas.

Casi llegando al mar está la Avenida Inmigrantes Gallegos, donde estos gallegos de ahora quieren erguir un crucero. Viendo la poca urbanidad de una población aún mentalizada en el ir de paso, solo se me ocurre comentarles que el granito del monumento es fácil de ensuciar con un aerosol y muy malo de limpiar.

Las instalaciones del centro impresionan. En ellas se puso mucho corazón, cemento, hierro, madera y horas de trabajo que no se contabilizaron.

Los gallegos escuchan del viajero la descripción de un país tan diferente del que dejaron que les cuesta creer lo oído. Por eso preguntan y preguntan... y después se precipitan a contar sus historias, a lo mejor para que el visitante conozca lo que cada cual tiene de aventurero, para que lleve en su memoria y cuente de vuelta en la tierra que es de todos lo que se siente por aquí de esa ausencia viva que gallegos y portugueses llaman *saudade*.

Cholo Rey es uno de los últimos en llegar de Galicia. Vino con sus padres desde Coruña. Vivía en una casita del barrio de la Torre de Hércules, edificio que aún existe, blanco, en una esquina desde la que se ven acantilados y espumas. Cholo recorría la ciudad con una bicicleta, tirando de un carrito. Repartía vino en las tabernas. Eran tiempos duros, de miseria y trampa. Nadie en la familia olvida las artes de un tipo recién salido de la prisión vecina, que encontró al padre del Choliño cuando iba a su taller de ebanistería. Aprendió el nombre del trabajador honrado y a la hora de almorzar, tempano se presentó en su casa como gran amigo. En la mesa había una tortilla. Se sentó antes que nadie y fue comiendo. Montó una buena excusa para no encontrarse con el amigo que ya iba viniendo... y voló. Nunca jamás supieron de él.

Había hambre. La madre de Cholo iba hasta donde acababa la

ciudad en busca de patatas y huevos que pudiera estraperlear. Un día la pillaron. Mejor dicho, la pilló un guardia municipal pariente de la familia. Le confiscó el cargamento. Aquel día no hubo nada que poner a la mesa. Y cuando llegó el padre de Cholo y supo las novedades, ciego de furia entró en la casa del pariente, sacó el sable envainado que colgaba de una pared y con él le dio una paliza al sabueso.

Había que irse yendo de España, y vinieron a varar aquí por cualquier casualidad. No renuncian a lo vivido. Pero Cholo, que se sabe la Coruña de sus tiempos de memoria, esquina a esquina, taberna a taberna, cuando se imagina circulando con su bicicleta infantil, toma el mapa de la ciudad y se ponen a recorrer calles y plazas con el dedo, viendo, oyendo y oliendo todo, todo lo que lo hizo ser como es.

Cholo ya estuvo en Galicia después de emigrar. Viajó a un encuentro de tunas en Santiago de Compostela, acompañando a los tunos del Centro Gallego de Comodoro. En Compostela, Tito Carro le habló de un tío suyo, médico, que había muerto en el fin del Mundo, en Río Gallegos. De vuelta a los yermos patagónicos, Cholo trajo una planta de tojo para cumplir la última voluntad de don Benigno Carro, quien había pedido poner sobre su tumba «un tojo o un codeso»...

Antonio Lago también tiene una crónica de emigración forzada por la posguerra. En su casa eran muchas las bocas, y no faltaba un caldo denso en el que el pan se tenía de pie. Pero el pan de maíz criaba moho y el trabajo de albañil en los arrabales de Vigo dejaba pocas esperanzas. Para más, un tío de la familia andaba escapado. Era un tranviario, sindicalista, al que falangistas y policías querían matar. Vivía de día en el pozo negro de la casa. De noche afloraba el pobre, atontado de tanto hedor y tanto frío.

Antonio siguió de Buenos Aires hacia la promesa del oro negro. Fue constructor hasta que, de andar con los camiones en las obras, le entró la tentación de la *huella*, las rodadas sin fin por mesetas y cañadones. Antonio se metió en la cofradía de los camioneros, seguidores en la historia patagónica de los carreros a los que un sencillo monumento, apenas un carro enorme rescatado del olvido, rinde homenaje a la entrada de Comodoro.

Lago pasó a navegar los paisajes complicados del Chubut y Santa Cruz, entre el mar y la cordillera. Como los viejos carreros desde el pescante, él desde la altura de la cabina avanzaba y vigilaba,

temiendo ventarrones, polvaredas deslumbrantes, escarchas y nevazones. Si los carreros marchaban siempre en busca de aguadas en el desierto, los camioneros dependían de gasolineras imposibles de encontrar. A unos y otros se les rompían ejes, se les estropeaban las ruedas. Todos se hundían con sus cargas en los vados. Todos habían pasado mucho miedo en la desolación. Antonio recuerda el gasoil congelado, y el soplete con que había que ir calentando el bloque del motor para reintentar la marcha. Llegada a noche sobre la ruta, el camionero rodeado de nieve hacía esfuerzos por mantener el motor vivo, a ralentí. Pero a veces podía más el cansancio y, cuando se despertaba con los albores, tenía que bajar al frío soplete en mano.

A Francisco, uno de los socios de más edad del centro, no fue la penuria de la posguerra lo que lo impulsó a emigrar sino la barbarie inolvidable de la guerra. En su memoria andan aún las caras de unos paisanos que ayudó a salvar del paredón. Ahora se prepara para un «viaje de los viejos» organizada por la Xunta de Galicia. Tan pronto llegue a su aldea, irá a visitar aquellos hombres, si estuviesen vivos.

Mas también hay aventureros entre los amigos que pugnan por contarme su propio caso peculiar. Tal se puede considerar a Pepe Fernández, hijo de un cartero de Salvaterra do Miño, que no cruzó el río-frontera camino de Lisboa, como tantos *raianos*, para emplearse en la hostelería de la capital portuguesa.

No. Su cálculo era otro. Por eso se empleó de lavacopas en un restaurante del puerto de Vigo.

Desde allí vigilaba los barcos que partían hacia la tierra de promisión, hacia el país de abundancia que gobernaban Perón y Evita.

Se había dispuesto a viajar sin pagar. Hizo dos intentos. Al primero lo detuvieron los propios miembros de la seguridad interior del barco argentino. Lo devolvieron a tierra, de donde había subido trepando por una maroma. Y se salvó de la cárcel porque el argentino que lo entregó a los carabineros españoles «era un tipo piola» y les dijo que «el señor estaba a bordo de paseo».

De la segunda vez se avivó con la llegada de un trasatlántico. Le dio cincuenta pesetas a un mozo de cuerda y con una cesta de cargador a cuestas pasó por delante de la mesa de escrutinio de las autoridades argentinas. Entonces se perdió por la cubierta. Una escalera de gato lo llevó a las lobregueces de la bodega.

Ahí pasó cinco días interminables hasta atreverse a surgir a la vida, cuando el barco ya andaba por altamar.

No tardaría en entregarse y ofrecer su trabajo a cambio del pasaje que no había pagado. De vuelta en la bodega, con una linterna llegó a ver docenas y docenas de polizones. El barco venía desde Italia, recogiendo aquellas almas de Dios que nada tenían en la Europa destruida. El hambre ya los había vuelto locos. De una vez en que se atrevió a bajarles comida, «no se me comieron la bandeja porque era de metal».

Buenos Aires lo recibió con un trato amistoso, en el Hotel de Inmigrantes, donde vivió buenamente hasta que un tío suyo le consiguió documentos de identificación.

Acostumbrado al mar, siguió navegando de camarero. En un viaje a Comodoro Rivadavia, conoció una chica… y acabó desembarcando.

Cada uno de los presentes tiene su historia, pero las historias de asombro eran las de los viejos. El presidente del centro me muestra la hoja de inscripción de Rafael Beleiro, vecino del Alto Río Mayo. Está datada en 25 de julio del 1923. Antonio asegura que el viejo Beleiro era «un caso», y me da copia de una entrevista que le habían hecho cuando a don Rafael poco le quedaba por irse para siempre. Ya había cumplido los noventa y cinco años, andaba sin vista pero conservaba la memoria.

El patriarca rememoraba su llegada en carreta a la vista de la cordillera, y el lugar donde clavó los primeros palos de lo que después sería una casa de lata. «Eran tiempos –dice– de dientes apretados en el esfuerzo de cinchar contra el viento que hacía volar las chapas». El periodista le pide el relato de una impresión fuerte y a la mente del anciano acude un temporal de nieve y la insistencia de los perros para que saliera a la ventisca. «Los perros –relata– se mantenían mirando hacia un punto fijo. Cogí el winchester y los fui siguiendo en la cegazón de la nevada. Andaría doscientos pasos y ya perdía la vista de la casa cuando decidí hacer disparos de aviso. De inmediato sentí unos quejidos. Eran dos chicos chilenos, perdidos en el temporal, ya en la agonía. A uno lo cargué a cuestas, y al otro lo vinieron a recoger los peones de mi estancia. Los acostamos alrededor del fogón y empezaron a echar un olor a podre. Los fregamos con nieve y fueron reviviendo. Acabaron de revivir a fuerza de café y coñac. Eran jóvenes y se salvaron. Nunca más los vi en el paso de la frontera…»

DE COMODORO –EN AVIÓN– A RÍO GALLEGOS

El visitante sale de Comodoro Rivadavia abrumado por tanto regalo, por tantas muestras de cariño que no sabe cómo corresponder.

Los gallegos comodorenses descubrieron las debilidades del curioso que los había visitado y le van dejando puntos de intriga para que vuelva, a husmear –y a estar con ellos trayéndoles el calor de la tierra inolvidable, que tanto se valora cuando las lejanías obligan.

Cholo Rey me promete material para una novela negra ambientada en el submundo de las «gamelas» de lata de los campamentos, Griselda sugiere una cara oculta en la biografía de Rafael Beleiro; y Antonio nos promete a Griselda y a mí un viaje hasta el mar de Chile pasando por el Hito 45, punto de frontera que sigue a la Aldea fundada por don Rafael.

Tengo que volver. Lo prometo y me voy, rumiando las noticias obtenidas acerca de unos seres insospechados en su tierra natal.

No se me pasa la conversación con don Asencio Abeijón, hijo de gallego y vasca, quien, en su humildad total, me dijo que se había hecho escritor por ser «narrador de a pie de los fogones». En sus tiempos de chico la escuela era casi un sueño, y él solo había estudiado lo justo para aprender a leer y escribir sin errores. Pero en la casa humilde del gallego Abeijón nunca faltaron las lecturas; y

el hijo leyó cuanto pillaba; y cualquier día comenzó a «borronear papeles» con las descripciones de lo que había visto y sentido.

Desde entonces no pararía de hacer crónicas de su vivir, que se iniciaba antes del petróleo y aún con indios alrededor de las poblaciones de los blancos. Desde joven se había ocupado por escrito de las cosas del campo y de sus habitantes «silvestres», de un mundo en que vida y muerte andaban siempre de la mano, como condiciones de estar que dependían a penas del temperamento de las personas. En sus libros se sentía el desgarro de la madre desgreñada por el viento que viene trayendo al regazo a su hija herida de un disparo, la tensión del médico que hace leguas en carricoche, día y noche, para auxiliar a los hombres quemados por la explosión de gas de un pozo; y el humor del tipo gaucho que sabe vivir por cuenta ajena, relatando un «verso» aquí y mintiendo cualquier enredo allá. Abeijón hace con todos ejercicio de colectiva memoria, para que vaya quedando constancia de acontecimientos y circunstancias «bien fáciles de olvidar en estas prisas de la transformación tecnológica de nuestro tiempo».

Conmigo vienen en el avión, ya leídos en parte, *Memorias de un carrero patagónico* y *Caminos y rastrilladas borrosas*. También traigo una advertencia del viejo escritor: «En la Patagonia se puede perder todo menos los nervios».

Cuando le oí esa frase, creí que me la había dicho para adornar la conversación. No podía imaginarme lo que me esperaba, viaje tras viaje, por los borrosos caminos de su tierra...

Río Gallegos desde el aire, bajo una densa capa de nubes cenicientas, surge como mancha colorida en la estepa que cierran la cordillera en la lejanía y en lo inmediato una ría ancha, gris como el cielo.

Gallego en miniatura, pero gallego de facciones, me recoge en el aeropuerto el presidente del centro hoy más austral del Mundo. Se llama Manolo González, es comerciante y, desde cuando vino, de chico, nunca volvió a Galicia, que ya no sabe imaginar.

Manolo vino siguiendo a sus padres, que ya llevaban un tiempo por estas explanadas verde-pálidas del extremo sur del continente, trabajó mucho en la hostelería y el comercio, y se casó con una moza hija de asturianos, lo que le da derechos a participar en una estancia familiar típica de la zona, con tres ovejas cada diez hectáreas, proporción que en Europa no se entiende...

Manolo habla fácilmente, con grandes carcajadas entre frase y

frase. A pesar de la economía loca de la Argentina, a pesar del alejamiento de la ciudad pequeña, capital de la provincia más despoblada del país, con todo, la vida aquí es buena: están los corderitos en sazón, y los centollos que se arrean a patadas del agua a la playa, y la abundancia del mar y los lagos para quien guste del deporte de la pesca. Los González hacen grandes excursiones en familia. Tienen buenas camionetas y saben los oficios de mecánico y gomero, bien necesarios en carreteras sin auxilio.

Río Gallegos, con sus casas de chapa y madera pintadas de colores llamativos (fachadas donde mandan el rojo, el blanco, el azul, el verde y el amarillo), vive de la administración y del gas; y de la perspectiva del petróleo –mar adentro...

Aquí hay gente de todas las partes, pero, retrocediendo en el tiempo, yendo a cuando aún resistían los últimos tehuelches, hay que recordar a los ingleses y los gallegos, que ni eran ingleses ni gallegos todos.

Para aquí vino mucho ovejero de las Malvinas, y los malvinenses no eran de «raza inglesa» sino escocesa; y hubo mucho asturiano por proceder de Asturias la familia Menéndez, que mandaba en el territorio de Santa Cruz. Los Menéndez eran dueños de la sociedad «Anónima» de suministros y de la estancia «El Cóndor», que llegó a tener, entre tierras de Chile y de la Argentina, más de millón y medio de hectáreas (la mitad del tamaño de Galicia) sobre la cordillera, donde los pastos están asegurados todo el año.

Los gallegos de verdad vinieron a trabajar en el muelle y en los hoteles. En un desvío hacia la costa, en la tarde que nunca acaba en este paralelo 52, nos vemos al lado de la ría del Gallegos, que Olivera utilizaría como exteriores para el rodaje de *La Patagonia rebelde*. Entrando en materia, pregunto a Manolo si hay alguien vivo por aquí que recuerde la revolución. Tengo la curiosidad de saber si la película fue fiel a los acontecimientos. Y quiero indagar detalles de la vida de Antonio Soto.

Manolo me responde sin mucho ánimo, advirtiéndome que esas cosas de la revolución eran «complicadas». Había gente que recordaba a Soto, porque había vuelto a Río Gallegos desde Chile años después de la masacre, cuando se atrevió a cruzar la frontera, acaso para mostrar que ya no tenía miedo.

Pero que recordara la revolución, solo había un hombre, el Bartolo de Muros...

Bartolo, casi tan viejo como el siglo XX, ya no recuerda a nadie

que hubiera venido de Galicia hasta aquí en los últimos cuarenta años, y menos que le viniera a preguntar sobre lo que otros, argentinos o gringos, tanto le habían preguntado para hacer libros y películas. Su interpretación de la revuelta, en la que participó, coincide con la que yo había ido haciendo a partir de los documentos ordenados por Osvaldo Bayer en *Los vengadores de la Patagonia Trágica*: Los patrones, de todas las actividades, eran unos explotadores indecentes. No dejaban a la gente establecerse en el campo, querían toda la tierra para ellos y maltrataban a los peones. Pero también en los negocios de la ciudad había abuso. Eso fue lo que prendió el fuego de la revolución intergremial. Se montó la Sociedad Obrera de Río Gallegos y a ella se fueron apuntando trabajadores del campo, del muelle y del comercio. Soto dirigía todo.

¿Cuántos años tenía Soto cuando la revolución?

Era un muchacho. Ahí tendría veinte y alguno. Era un tipo rubio y delgado, muy bien parecido. Y hablaba como nadie.

¿Cómo hablaba? ¿En gallego? ¿En castellano? ¿Con que acento?

En ese punto la memoria del anciano anda flaca, pero me dice que, a lo mejor, el líder hablaba «medio gallego».

Luego no habría vivido mucho en Buenos Aires.

Bartolo no me sabía responder. Tras de las gafas que le ayudan a superar las cataratas, aparecen ojos dudosos. Siento que llegué con años de retraso a estos pagos.

Aprovecho para fotografiar al viejo y aún lo exprimo más, sobre el doctor Carro. Por lo visto se decía «gallego de nación», que trabajó sin descanso y murió pobre, que hasta no se casó por su celo de servir a los demás. ¿Era cierto?

El Bartolo –Bartolomé Estévez– tuerce el hocico y me responde que «la gente dice muchas cosas».

Está cansado de la entrevista. Comenta con Manolo que había querido volver a su Muros de San Pedro, villa que recuerda calle a calle. No le tiene miedo a los aviones, pero tiene que viajar acompañado y no puede: las hijas, septuagenarias, son ciudadanas argentinas y la Xunta de Galicia no les paga el viaje...

Camino del centro gallego, el amigo González me explica que en Río Gallegos, durante la guerra civil de España, la gente se dividió en dos bandos. El Bartolo y don Benigno Carro no estaban en el mismo.

En el centro gallego de hoy también hay divisiones. Hay quien no

quiere entender por qué la Xunta apoya y promociona la lengua gallega. ¿Para qué tal inutilidad? ¿Para qué?

Quien se manifiesta contrario a la promoción del gallego sufre el estigma de su acento indudable, quizá de una deformación de la boca adquirida de tanto pronunciar palabras como la genética le manda.

Frente a ese gallego emocionado y renegado, se yergue la coherencia de una dama aún de buen ver pero ya abuela, hija de las tierras de Rosalía, devota de la poetisa, que resiste en gallego perdida por estas soledades desde hace treinta y ocho años. Fue la última en llegar a los confines de la galleguidad.

A estos emigrantes cargados de años, les hablo –y me escuchan con respeto a pesar de las diferencias de pensamiento– en un salón amplio, de suelo y techo cuidados, con un gran escudo de Santiago en la pared. Son pocos, y amigos entre ellos, los que oyen atentos el relato de una Galicia con televisión y autopista, con parlamento y educación para todos. El edificio es el mismo que se construyó en terrenos cedidos por el doctor Carro. A diferencia del de Comodoro, de corte moderno, con cemento visto y desarrollado en altura, este tiene un estilo tradicional argentino, tendente a lo extenso y bajo. Fue obra realizada por partes, con la contribución de todos.

En realidad, el actual Centro Gallego de Gallegos es una refundación. El primer centro, nacido como sociedad mutualista de una histórica reunión en el Hotel Londres allá por el año 25, vendría a decaer en un local de timbas. En 1980, vistas las irregularidades en que sobrevivía la asociación, un juez dio orden de proceder a la subasta de bienes para pago de deudas.

Luego intervino la actual directiva, poniendo voluntad… y dinero. Y piensan seguir adelante. Tal vez para nada, «porque aquí no hay gente de universidad» como en Comodoro.

Pero mientras ellos vivan será suyo. Y cuando mueran pasará a quien sea, pero con la dignidad que le corresponde a la grandeza de lo que fue cuando los gallegos mandaban en todo, hasta en el ayuntamiento…

Cuesta trabajo desprenderse del calor de la compañía y del fogón donde se había ido dorando el cordero de la cena. Fuera, el viento de la calle, obliga a cavilar.

De lo visto y oído, hay materia para refutar la teoría de que los gallegos pierden la identidad en la emigración.

No es así. Si ocultan su lengua es porque en la América de habla

criolla el medio es agresivo, como lo es en las ciudades gallegas desde las que se dirige la colonización de la nación más antigua de la Península Ibérica.

Podrán renegar del habla para no llamar la atención constantemente. Pero luchan a contrapelo por defender los símbolos –a lo mejor folclóricos– que los junten e identifiquen.

Quien quiera comprobarlo, viaje trece mil kilómetros y vea...

FIN DEL PRIMER, Y JAMÁS ÚLTIMO, VIAJE A LA PATAGONIA

Manuel González no me quiso dejar volver a la Galicia sin mostrarme uno de los grandes asombros de la Patagonia, si no el mayor. Bien preparados con ruedas de repuestos y bidones de «nafta», montamos en su camioneta y nos fuimos adentrando hacia la cordillera, por un universo estepario y ondulante, con ríos difíciles de vadear y precipicios sin aviso ni protección en una carretera mayormente de ripio.

Este fue mi bautizo de huella, en unos ciento cincuenta kilómetros de pedregullo, de los cuatrocientos que nos separaban de los glaciares del lago Argentino. Me acostumbré a seguir conduciendo sin miedo a pesar del bombardeo atronador de los cantos en los bajos del vehículo, y a aminorar la marcha con una mano apretada contra el parabrisas si nos cruzábamos con alguien o si alguien osaba adelantarnos: el polvo cegaba, y la lluvia de proyectiles podía arruinar el viaje: un vidrio roto suponía la congelación bajo aquellos cielos glaucos de la precordillera.

Estas tierras, cada vez más verdes según nos acercábamos a la línea nevada de las montañas, habían conocido las angustias finales de la revolución del 21 al 22. Sobre la hierba que gana terreno a las matas de coirón y molle se vertió la sangre de los obreros que se enfrentaron a las tropas y al desprecio traidor del teniente coronel

Varela.

Varela, plenipotenciario de un gobierno distante, decretó la pena de muerte para los sublevados y no respetó a los que se entregaban. Desoyó las súplicas razonadas de los alemanes anarquistas, que se querían acoger a las convenciones sobre soldados rendidos, y mandó cavar las propias fosas a los que iba a fusilar; y, cuando cavar le pareció perder el tiempo, dio orden de mojar los cadáveres con nafta y prenderles fuego.

El gallego Soto, que había sido su obsesión, vio claro ya en el combate del Lago Argentino a quien tenía enfrente: no al representante de la ley para todos, incluso para los estancieros explotadores, sino a un milico sediento de sangre que mandaba dar cuatro tiros a los emisarios de los sindicalistas.

Comprendido su fracaso, Antonio Soto cruzó la cordillera al sur del lago y se dispuso a esperar mejores tiempos en Chile.

Una de las incógnitas acerca de la revolución ya me había quedado despejada en Río Gallegos: Si los carabineros chilenos no le entregaron el jefe de los anarquistas a Varela no había sido por miedo a la reacción de los sindicatos de Punta Arenas –ciudad principal de la Patagonia chilena– sino para protestar por los muchos peones chilenos que había fusilado el teniente coronel.

Pero quedaban preguntas principales para acabar de entender el drama sobre el que se habían publicado cientos y cientos de páginas, librotes gruesos, libros y panfletos:

¿Dónde se había criado el anarquista? ¿Dónde había adquirido su ideología radical? ¿Por qué la represión había sido tan absurdamente cruel? ¿Cómo no había sido suficiente con el escarmiento de unas cuantas cabezas?

Había que volver a estas soledades recién conocidas. Habría que bajar algún día hasta Punta Arenas, en busca de detalles de la biografía del revolucionario Soto (y a la cata de los paisajes donde se iniciaría el recorrido novelesco del muchachito cautivo de los tehuelches en compañía del inglés misterioso: mi novela pendiente).

Soto, derrotado, había huido a la vista de un mar de agua pálida de más de veinte leguas de largo entre montañas verdinegras, las cumbres pintadas de nieve o escondidas en el algodón leve de unas nieblas que iban tomando los colores del sol. Lentos y azules, navegaban por el lago Argentino los témpanos. En la más absoluta falta de tráfico, la carretera avanzaba entre muestras de fauna original de tierra adentro: si en la costa patagónica mandan el

pingüino y el lobo marino, siempre visibles, en el interior mandan el choike, que es el avestruz pequeño, la *rhea darwini* que el naturalista del Beagle supo distinguir del ñandú pampeano; y el guanaco, camélido grácil y gregario, especie de llama con menos pelo y no domesticable.

Faltaban por ver el puma y el zorro, este por su tamaño más semejante al lobo que al zorro de nuestras tierras.

Por toda parte aparecían las avutardas emparejadas; y en la orilla del lago, la maravilla lánguida y rosada de los flamencos. Tendríamos que llegar a costas boscosas del valle glaciar para ver al señor de los Andes, el oscuro cóndor suspenso en el aire, inconfundible por su golilla blanca...

Quien quiera disfrutar con la contemplación de un fenómeno para el cual las palabras no llegan, quien desee aprender algo nuevo con facilidad, o entender lo que le habían explicado en libros de Historia Natural, viaje al lago Argentino y busque la manera de acercarse a los glaciares que en él mueren.

Hacen callar, con la boca abierta, las dimensiones de los ríos de hielo fósil: los cien metros de altura de las torres, inclinadas a favor de corriente, que parecen conformarlos; la legua o más de ancho del frente que, torre a torre, se va precipitando en el agua; los kilómetros y kilómetros de fulgor blanco sobre los que la vista se extiende, hasta la línea dorsal donde se juntan aquellas lenguas.

Hay un fenómeno de luz que llama a lo vivo la atención del viajero, porque le hiere la vista: Estamos al sur del paralelo 50, las nubes ocultan un sol oblicuo; y, sin embargo, la masa de hielo parece absorber, concentrar y amplificar la potencia lumínica que recibe. Del blanco en el pico al añil en la base, todo es luz agresiva en el frente que se derriba ante los viajeros boquiabiertos.

Imaginando un caminar de gigante, salvando grietas y simas del glaciar Upsala, avanzando sobre la masa del hielo continental, se llegaría a otro lago con otro glaciar bien conocido, el Viedma, cerca del que se yergue desafiando a los cielos el FitzRoy, la montaña mágica.

Otra vez será...

A la vuelta, voy reparando en los animales que trajo el hombre hasta estas selvas y estos herbazales desmesurados. Entre los árboles de especies desconocidas en un bosque lóbrego pululan vacas lanudas; y por los campos hay ovejas cuya lana las cegaría si no se les trasquilase alrededor de los ojos; y caballotes cabezones y

peludos.
El frío impone su ley. A veces se ve un arreo que guían pastores emponchados, alguno con pasamontañas. El cielo sigue gris. Y estamos en primavera…
Ya en el avión de vuelta, anda por mi cabeza un tumulto de sugerencias sobre lo vivido. Por un lado Soto, y por otro Musters. Había querido seguir la peripecia vital del uno y el rumbo aventurero del otro…
Paciencia. No obstante, habría que dejar por escrito lo que fueron vidas de gallegos pioneros para que no todo sean vidas de pioneros yanquis plasmadas en vídeo.
Para llenar el tiempo hasta la primera parada, empecé a tomar notas acerca de los prolegómenos de una historia más de emigración:
Situémonos en Galicia durante los años de la segunda guerra mundial. Hagamos memoria de lo que fue el negocio del volframio. Pongamos nuestro personaje –hoy rico comerciante de Río Gallegos– en Merza, Bandeira o Silleda, con pocos años y muchas necesidades:
José, que así se llama, sabía oficio de zapatero; aunque, cuando tuvo que emigrar, anduviera en negocios más lucrativos.
Entonces era minero; o «deportista», como se irá viendo:
Por tierras donde el río Deza salta entre piedras poderosas, había dos minas y mucho canto. Una mina, de la que se había sacado estaño, estaba abandonada; y a los cantos poco caso se les hacía.
Hasta que se abrió la nueva mina, de volframio.
En esa mina echaban el alma por la boca unos condenados a prisión por mucho tiempo, *rojos* antifranquistas que en trabajos forzados redimían penas y hacían un dinero. Eran mineros asturianos, vencidos de la guerra, a los que vigilaba el ejército vencedor. Y la Guardia Civil. Y funcionarios, que, junto con los jefes militares y los mineros habían montado un negocio de venta paralela del mineral codiciado: un tanto por lo legal para los alemanes y otro tanto para los ingleses por vía de las lanchas que en altamar se encontraban con los submarinos.
El asunto era que aquellos jefes no querían que nadie les hiciera la competencia por la tercera vía, la de los canteros, que se metían donde el ojo les daba señal de la piedra preciosa.
Los guardias civiles andaban furiosos detrás de los canteros. José se había metido en una tropa de ellos que andaban por el monte

poniendo vigías, que espiaban los movimientos de los guardias mientras rompían cantos en busca de los que tuvieran el corazón de aquel mineral negro y brillante, pesado como el plomo, que se pagaba a doscientas pesetas –una fortuna en aquellos tiempos de hambre– el kilo. Los guardias los perseguían, a tiros, pero nunca dieron con ellos.

Hasta que la codicia los hizo ser osados y entraron en la mina abandonada que amenazaba derrumbarse, galería tras galería.

Eso fue la perdición de su gente, porque un día aparecieron los guardias a la boca, largaron unas ráfagas de metralleta para demostrar el ánimo que traían y mandaron salir a los intrusos.

En la boca de la mina juntaron a un ciento de pilladores, que se miraban con asombro pues, perdidos en la oscuridad subterránea, nadie se había imaginado acompañado por tanto personal.

Los guardias los metieron en unas cuadras de mulos durante dos días, sin comida ni agua. Y cuando los sacaron, ablandados, les hicieron declarar a coro en el cuartel que andaban procurando el metal estratégico, intocable.

De la Guardia Civil pasaron al juzgado, donde se ratificaron en la declaración que los perdía. Pero, he ahí su sorpresa cuando reciben en la prisión la oferta de «disimular el caso» a cambio de cinco pesetas por cabeza.

Era oferta seria, traída por el mismísimo secretario del juzgado en nombre del juez. Así que los afectados hicieron asamblea, deliberaron, decidieron y mandaron llamar el secretario.

Ellos eran pobres, le respondieron. Le podían dar solo una peseta por barba.

Se marchó el secretario y volvió con la propuesta final: dos pesetas.

Quedaron de acuerdo y pagaron.

Y salieron libres, con la excusa de que si andaban en la mina, bajo entierra –jugándose la vida– era «por deporte».

Aquello olía mal. Los canteros, que le enseñaban al José su habla gremial curiosísima (de la que recuerda mucho palabrerío), fueron a buscar trabajo en las obras escasas, y los que no tenían oficio no sabían dónde meterse. Todos temían otro palo mayor.

Que no tardó en llegar:

Los vino a buscar la Guardia Civil y los llevó ante otro juez, acusados de delitos contra la patria en tiempos de guerra.

En el patio de la cárcel hicieron reunión nuevamente y decidieron

reclamar sus ricas pesetas a quien de primeras no les había hecho bien el amaño.

De esta vez el juez «coimero» les serviría de abogado: les indicó que debían contarle al nuevo juez como los guardias los habían sometido a maltrato en el muladar; como, roídos de hambre y sed, se habían acusado de hurto no cometido.

Entre los presos había algún «abogado de aldea», quien discurrió que, para evitar confusiones, era necesario que fuese uno solo de ellos a hablar en representación de todos.

Eligieron a José.

Habló haciéndose el «buen muchacho» y convenció al juez.

Quedaron libres.

Él, escarmentado y temiendo más encuentros con la justicia, tomó los caminos del mar –por los que nunca había visto meterse a guardias ni jueces...

Segundo viaje, diciembre del 90



Rafael Beleiro (Veleiro), natural de Lavadores (Galicia). Impuso su ley en territorio de nadie entre Argentina y Chile. Fundó Aldea Beleiro (hoy en Argentina).

DE COMODORO A ALDEA BELEIRO

Un año después de la primera, inicio la segunda visita a la Patagonia de los gallegos, con muchas ilusiones –y, bajo el brazo, un nuevo libro para presentar en el Centro Gallego, S.M., de Comodoro Rivadavia.

En el centro me recibe de brazos abiertos la nueva directiva, ahora presidida por Paulino González, sucesor de Antonio Lago. Entramos en el Salón Castelao de colores claros, con retrato del genio polifacético (médico, dibujante, pintor, político). Se va a hablar de mi libro *Arxentina*, relato de lo visto y sentido desde las pampas del Brasil hasta la Tierra de Fuego. Dos profesoras de la universidad del Chubut hacen la honra de introducir los atrevimientos narrativos de quien convirtió en personaje a buena parte del público asistente. Son una nieta de don Asencio, que había bebido de las fuentes del abuelo excepcional y por eso entiende bien de las cosas de los gallegos; y Griselda Pérez, quien, en un aparte, con la voz quebrada, me dice que «había querido pegarme» por lo que escribí: la Argentina de la indolencia y el cuento, de la depredación y la corruptela será –es– como la pinto, pero a ella le duele demasiado que un extranjero la pinte así…

Después de la presentación viene la cena, abundancias de congrio, salmón, lenguado, pulpo, langostinos, centollo, mejillones… La gente amiga se venga de las hambres históricas y canta. Alrededor

del homenajeado hay rostros y hablas que se podrían trasladar doce mil kilómetros al nordeste para encajar de lleno en su mundo original. En Comodoro, en la desconjuntada ciudad-campamento petrolero, en este oasis de civilización técnica en medio del desierto patagónico, se percibe la etnia gallega, la galleguidad que nada puede ocultar. Como, cuadras arriba o abajo, se percibe en otros centros el modo de ser polaco o portugués, por ejemplo.

Después de la cena, camino del hotel, el taxista se identifica. Y le pide al visitante que, de vuelta en Galicia, contacte con «los del Paxarín, en el Carballiño» para comunicarles que aún está vivo. El viajero calla, imaginando mil peripecias tras el pedido humilde de quien mal sabrá escribir; y en su cuarto tarda en coger el sueño, emocionado por lo que ya vivió y por lo que lo espera en la mañana siguiente.

Un libro, *Patagonia, punto crítico* sirve para intentar dormir. Es un libro interesantísimo, de Alberto Moreno, el fiscal de Comodoro, un patriota argentino que sabe mucho de gallegos, buenos y malos. Con desgana, lo abandono cuando por la ventana ya se filtran las primeras luces de un día de primavera en el paralelo 46...

Puntuales, en ropas de viaje, me esperan Antonio Lago y Pepe Fernández. Junto a ellos, Griselda con mapas y cámara. Vamos a atravesar la Patagonia, de mar a mar, desierto y cordillera de por medio. El rumbo a seguir va de este a oeste sobre el paralelo de Comodoro.

Salimos. La ruta tiene una buena parte de asfalto, que brilla, negro, adaptándose a las formas del yermo ondulado y pardo, de arenas mal cubiertas por matas bajas, vencidas por el viento. Al lado de la carretera, mientras duró el asfalto, todo eran pozos de petróleo, cigüeñas bombeando tozudamente la riqueza negra del Chubut. De cuando en cuando, un mallín, algo de verdor; a veces, el cañadón hundido que aún conserva agua de pasadas nieves; y al fondo las mesetas de colores variados, los «paisajes eternos» de Darwin, un mundo mineral por excelencia. En lo más árido del trayecto se atraviesa el roquedo del Uecuf-Gniyeo, Paso del Demonio en la lengua que no importa olvidar, convertido en Puerta de la Virgen para la toponimia oficial de los cristianos...

Habíamos dejado la costa del Golfo de San Jorge, el contraste de marrón con añil en el gran arco, habíamos trepado hasta las planitudes secas de la Pampa del Castillo y veníamos ya buscando los primeros anuncios de verdor al lado de los lagos Colhué Huapí y

Musters: agua azul-clara, hierba, juncos y flamencos rosados. Allí, el dueño de Transportes Pontevedra, acostumbrado a recorrer los peores caminos con la cruz de Santiago en lo alto de la cabina, mete el coche por una carretera de ripio que hace temblar a todo. Tiemblan los brazos del conductor y decidimos cerrar las ventanas por mucho que sudemos, para no ahogarnos con la maldición de la polvareda.

Antonio cuenta que un primo suyo es el responsable máximo de la Amoco Latinoamericana. Es un gallego de Comodoro, de los que aprendieron bien el negocio del petróleo, «porque los gallegos aprenden todo cuando tienen escuela». Aquel magnate vive entre Buenos Aires y las Bahamas, «pero no le niega un favor a nadie».

Griselda me confirma que las gentes aindiadas que se ven en Comodoro o son del norte argentino o vinieron de Chile. De los tehuelches no quedó nada, salvo puntas de flecha. Los indios de la Colonia indígena Tramaleo, por la que vamos a pasar, son mapuches, herederos culturales de los araucanos, procedentes del otro lado de la cordillera.

Las puntas de flecha y de lanza que tan fácilmente se encuentran en los campos pueden ser modernas, porque los tehuelches vivieron dos etapas de transición con respeto a las armas: Siendo ya prácticos con el caballo y las boleadoras, aún habían seguido usando el arco; como, hasta su extinción en las primeras décadas del siglo XX, habían usado armas de fuego cuando ya no se acordaban de cómo lanzar una flecha. En ese aspecto, la cultura gaucha muestra la misma tendencia a lo híbrido: ningún hombre del campo moderno desprecia el rifle o el revólver, pero no renuncia a las boleadoras ni al facón…

Por la cuenca del río Sengerr abundan ya el mallín, y los choikes, los guanacos, los piches (que así se llaman los armadillos peludos de estas latitudes), las liebres, los caballos y las ovejas. Chimangos y caranchos vigilan la carroña desde piedras y palos, el pico agudo, el ojo cierto, las alas replegadas, el pecho al viento. Todo cadáver les vale. Por toda Argentina aparecen.

Vamos siguiendo una ruta del negocio del ovino. Es la ruta de la lana, de la cordillera a los puertos. Por aquí pasaban las chatas, galeras enormes, cargadas con cinco toneladas de fardos hacia el este, y con productos varios de vuelta. Tiraban de ellas nueve yuntas de caballos y tardaban más de un mes entre las montañas y la costa, no por la distancia (El Golfo de San Jorge hace a la

Patagonia estrecha en estas latitudes) sino por las dificultades. Don Asencio contaba que estos cuatrocientos kilómetros que vamos a recorrer ahora se convertían en mil con las caballerías, siempre necesitadas de agua y pasto. Mallines y riachuelos marcaban los rumbos de los carreros de antaño: carreros y caballos tenían que beber; y los caballos, que pastar.

Antonio le trae unos remedios al señor Guillermo, que lleva en estas soledades desde 1932. Es un anciano firme, vestido pobremente y mal afeitado. Aunque le falle la vista (por lo que no se puede afeitar, nos aclara, en tono de disculpa), conserva firme memoria de su aldea natal, Abilleira, la misma de los Abeijón.

De su boca octogenaria surge viva la fonética gallega al hablar de la familia de don Asencio el cronista, «xente mesmo do Chan de Abeixón». Gallego era –nos confirma– lo que hablaba con sus compatriotas en esta tierra de «gente paisana» que solo habla mapuche y «castillas» que van articulando una lengua franca más o menos próxima al castellano.

Don Guillermo fue carrero, porque entonces «la plata estaba en la huella», en las roderas por el desierto; y sabe mucho de la falta de ley: de indios bravos, cuatreros y bandidos. Es dueño de tierras con pasto y muchas ovejas, que le está trasquilando una comparsa llegada del norte. Tuvo boliche donde se vendía de todo, como en las tiendas de aldea. E hizo una fortuna que de nada vale porque –¡triste Argentina!– convertida en dólares, para convertirlos en pesetas, no da ni para viajar de vuelta a la Galicia que anida en su corazón.

Este gallego pionero se deja fotografiar, lleno de orgullo, a pie de la carreta en que aquí llegó hace casi sesenta años. Y me pide que le lleve el «retrato» a su hermana Xosefa, a quien supone aún viva.

Le pregunto por las señas de esa hermana y las aprendo de memoria, como se aprenden los versos: «Pepa da Cantariña no Couto». ¿Cómo se puede olvidar tanta eufonía?

Cuando nos disponemos a marchar, una india tonta (alcohólica según Fernández) insiste para que la retrate junto a las maderas de la carreta gigantesca, resistente a soles y nieves.

Lo hago, por maldad antropológica; y seguimos viaje.

Subimos sin parar en el barullo infernal de la carretera, navegando con miedo al reventón, mirando con ansia como baja el indicador del depósito de gasolina.

Pasan arreos de ovejas trasquiladas, los gauchos arreadores

fumando sin miedo al sol y al viento, fundidos al caballo por la gruesa lana de los recados. Al fondo nos espera ya, verde, coronada de nieve, la cordillera.

Antes del paso fronterizo, en un vallecito plano, protegido de las furias del oeste por una línea de colinas alfombradas de hierba, sin árbol ni roca a la vista, aparece una población de lata colorida, en la que destaca el amarillo de los tejados:

Llegamos a la famosa Aldea Beleiro.

Ese apellido huele a falta de ortografía, comento para los compañeros de viaje; y magia que en un país donde a la *uve* le llaman *be corta*, donde todo el mundo es extranjero de nombre raro, hasta *Veleiro* pudo dar en tal desastre: es un apellido de oficio, fabricante de velas de barco, Velero en su versión castellana.

La historiadora retruca: Cuidado, que el apellido aparece con *be* en todos los documentos del patriarca de la frontera. Y no olvidemos casos como Bello en el lugar de Vello; o Vieites en vez de Bieitez. En Galicia –por lo que ella había comprobado– se habían hecho todo tipo de barbaridades con los nombres de las personas y de las familias.

Paramos en el bar de la aldea y preguntamos a un tipo emponchado. Preguntamos después en una casa de chapa cincada sin pintar. La señora que nos atiende –tan vieja como la casa–solo da una razón: nadie que conociera a don Rafael Beleiro anda hoy por estos pagos.

Miramos la aldea de pasada, en su orden de calles de ripio y casas repintadas.

Unos niños juegan al balón sin miedo del viento. Los podemos imaginar en invierno deslizándose con tablas por las cuestas nevadas de los oteros. Sus diversiones han de ser bien sencillas. Son gente de frontera.

EN LA PATAGONIA CHILENA

Pasada Aldea Beleiro, se entra en el trámite agónico de la frontera, el filtro de los milicos argentinos, lentos, con máquinas de escribir propias de museo. Próximo a la aduana, un cartelón entre ovejas indiferentes manifiesta que las Malvinas son argentinas. El viajero se desespera con la burocrática parsimonia de la frontera absurda dentro de una región natural repartida entre dos estados que hablan el mismo idioma. Y el letrero se hace cargante, aunque estemos de acuerdo con lo que intenta recordar: lo inexorable, lo que el tiempo hace tan difícil de mantener como el Peñón de Gibraltar.

Por fin, acaban de empapelar vehículo, personas y pertenencias, cámaras incluidas, y entramos en territorio de Chile.

En la aduana chilena el trámite es rápido, desarrollado por policías sin uniforme que más parecen agentes de turismo, interesadísimos en que un español de hablar literario y potente máquina de fotos se acerque hasta donde solo gringos científicos se dejan ver.

Después de cuarenta leguas por caminos de pedregullo y tierra suelta, traemos el pelo arrubiado y las caras coloradas, venimos todos maquillados de tierra.

Pero ya podemos bajar los vidrios del coche para contemplar sin miedo el paisaje:

Chile nos sorprende con una carretera de montaña, curva, tortuosa, mas de buen firme, de cemento. Y el comentario no se

hace esperar: el dictador apretó pero construyó. Parece como si del desorden social solo se pudiera salir por vía de la dictadura. Triste ley la que impera en el mundo –en el mundo que no hicieron los anglosajones…

La belleza de la Patagonia chilena es, sencillamente, un asombro aun para quien ya anduviera por los Alpes y por los Andes, y por la Península Escandinava; y hasta en la «Suiza argentina» de las postales de Bariloche. Hacia la costa pacífica, descendiendo sin parar, se suceden formas rocosas en tumulto, caprichos de plegamientos, picos nevados, arboledas verdinegras, valles de césped por los que corren ríos de plata….

En Coihaique hay una sensación de limpieza y orden que no se encuentran en la Patagonia argentina. Las calles están pavimentadas con hormigón, y a lo largo de ellas discurren, evitando revoltijos, los tendidos eléctricos y telefónicos. Los coches aparecen enteros de chapa y vidrio, cuidados. Las casas, muchas de ellas en madera y chapa de colores vivos, al estilo de la región, se ven bien mantenidas.

Los establecimientos de restauración recuerdan a algo de la Europa central, quizás por la cerveza rubia y abundante servida en jarras; y por el fenotipo de la clientela, rubia como la cerveza, de faz coloradota.

En estos valles mimosos para las cerezas y las flores quedan pocas trazas de la etnia originaria; y si algunas se ven (piel cobriza, ojos rasgados y cabello corvino), se identifican con el mandil y la cofia del servicio…

Después de un descanso bajo las mantas –que por lo visto aquí se hacen necesarias hasta en pleno verano–, seguimos camino hacia Puerto Chacabuco, donde, según los mapas, la carretera acaba bruscamente, sin continuidad, al borde del mar. Alrededor del puerto solo hay selva, nos advierten en el hotel de Coihaique. Para donde se quiera ir de las mil islas, de las mil rías con glaciares de la Patagonia chilena, hay que embarcarse.

A lo largo del camino, las bellezas que nos había anunciado Pepe, el camarero navegante de muchas singladuras, se van desarrollando ante nosotros, una por una: lagos, altas cascadas, gargantas profundas, torres de roca en medio de un valle… La carretera continúa germánicamente perfecta en paralelo al río Simpson. A veces paramos a hacer fotos, a retratarnos los cuatro, de tres en tres. Hace frío, una brisa que huele a mar entra hondo en aquel

mundo soleado, de cielo azul claro con manchas de brocha gorda, blancas y grises, que quieren ser nubes... La nieve resulta universal corona de las cumbres quebradas.

En Aysén, población ubicada en el fondo del fiordo que lleva ese nombre, se ve de nuevo vida urbana, quizá pobre pero ordenada. Al modo chileno, aquí los taxis son colectivos. Recogen y dejan gente en un recorrido que se trata de optimizar para el bolsillo del cliente, quien solo paga la prorrata de su tramo de carrera –algo que en todo el mundo se debería imitar...

Continuamos. Ya falta poco, vamos llegando. Puerto Chacabuco está a catorce kilómetros de Aysén, en la banda sur del fiordo estrecho y largo, al que no se le ve la entrada. Gentes ateridas por el viento marino esperan en el muelle el arribo incierto de un ferry, bajo la mirada de marinos pulcramente uniformados. Las lanchas de pesca, azotadas por las olas, parecen querer romper amarras. De cuando en cuando suena una bocina. Los pájaros chillan y se lanzan locos contra el mar azul oscuro. En el entorno, se diría que un gigante había ido pintando de blanco el paisaje, desde una determinada altura para arriba.

Un restaurante invita a mariscos y vino, y a contemplar un espectáculo de nieve, bosque, agua y lanchas multicolores... Los mariscos –centollo, almeja, mejillón, loco– no dan la calidad de los gallegos; pero el vino es un ejemplo de bien hacer.

Nos dice el camarero que hay muchos gallegos en el pueblo, y al fin del almuerzo les vamos a investigar la vida a su centro de trabajo, una factoría de Pescachile, filial de Pescanova.

Allí nos atienden un directivo –canario por señal– que muestra, orgulloso, la organización de una labor sorprendente para Pepe y Antonio porque no se ve a nadie tomando mate («Esto de Chile es otra cosa», repiten). Pero no hay suerte con los paisanos gallegos: gente pescadora, ese día andan todos en la mar...

Siguiendo las indicaciones del español afincado en tan lejanos pagos, emprendemos marcha por caminos dudosos hasta donde no se puede rodar más.

La selva fría y densa tiene grandiosidades de arboleda austral, en la mezcla de especies y tamaños. Identificamos lengas, ñires, coihues y hayas, propias del bosque que se extiende hasta la Tierra de Fuego, todos ellos con los parásitos propios: las barbas de viejo verde-claras y los llao-llaos redondos y amarillos. Hay unos silencios de bóveda vegetal que solo rompen el zumbar del viento y

la precipitación de los torrentes. No se escuchan pájaros.

En la orilla de un lago de laderas pendientes los árboles aparecen sumergidos, vencidos por el viento que solo les deja crecer en bandera. Se siente el miedo de la desolación; las olas ensañadas vierten espuma y palos sobre la arena de la playa y uno llega a pensar que la vida sea imposible con tan constante azote.

Pero el lago vierte su agua glacial por la cuenca de un río que va corriendo dócil, libre de la agresión de los vientos, entre una blandura de prados luminosos, con columnitas de humo que indican la vaga presencia de humanos.

Estábamos perdidos pero conseguimos encontrar un camino transitado en el que preguntamos la dirección del Puerto.

Son nuestros interlocutores hombres de pómulos rojos y brillantes como manzanas. Llevan aguijón al hombro y dirigen a unos bueyes cornalones. Los bueyes tiran de una carreta cargada de troncos que vienen de cortar aquellos maderistas.

A mis paisanos y a mí nos traen memorias de una Galicia ida. Pepe, que tanto viajó, nos dice que en la isla de Chiloé, situada al norte de donde estamos, la villa principal se llama Castro y la gente aquella tiene costumbres heredadas de los abuelos gallegos que se juntaron con las indias para dar la raza de los chilotes.

Gallegos, insiste, hay por toda la faz del Mundo. Y por donde pasan, algo van dejando.

A LA VUELTA DEL PACÍFICO

Después de una segunda noche en Coyhaique, iniciamos vuelta entre tan sorprendentes paisajes, necesitados de dar descanso a la vista en la monotonía de la Patagonia atlántica. Por lo que fuera –mis amigos por ser su ciudad y yo por no sabría por qué–, todos queríamos volver a las asperezas de Comodoro.

Acercándonos a la frontera, volvemos a la historia de Beleiro, a las piezas que cada cual aportaba para recomponerla, al divertimiento de su recomposición:

Rafael Beleiro Viéitez o Veleiro Vieytes (que hay documentos para todas las hipótesis) nació en Vigo allá por el 1890 y murió en Comodoro noventa y cinco años después. En 1907 viajó como polizón a Buenos Aires, para, no tardando, pasar a Camarones, población situada en la bahía del mismo nombre, al norte del Golfo de San Jorge. Después siguió hasta Comodoro, donde trabajaría para el ferrocarril, en la línea que unía la costa con Sarmiento, colonia de agricultores asentada entre los lagos Musters y Colhué Haupí.

Tal vez sus descubrimientos de ferroviario juvenil lo llevaran a imaginar un futuro independiente al pie de la cordillera.

Como fuera, en 1917 aparece en tierra de nadie –entre la Argentina y Chile– establecido por su cuenta en el punto que después sería la aldea, y poco a poco va imponiendo su ley –ley

exclusiva– entre paisanos y blancos de distinto credo.

Fue bolichero, traficante con indios y mercachifles, y, cuando se estableció la autoridad argentina en este lado de la Cordillera, reclamó tierras fiscales y se hizo señor de extensiones acordes con las magnitudes de tan salvaje fin de mundo.

Pero las ovejas y los pastos que cubrían el entorno de la Aldea no le interesaban tanto como el comercio, y por eso cedió la explotación de las tierras a un tal Pérez, español de Castilla, su socio.

Veleiro casó con una chilena de Los Ángeles, Matilde Vidal, hija de español y paisana mapuche, y con ella tuvo nueve hijos en los fríos de las altas pampas –donde iba naciendo una población en la que mandó hacer escuela.

Por necesidad, cruzaba el desierto hasta Comodoro Rivadavia en viajes de hasta mes y medio de duración. En la ciudad del petróleo y los lupanares se hacía pasar por soltero, llegando en su atrevimiento a enamorar una gallega decente y con arrestos que, cuando conoció el engaño, le tiró la sortija de compromiso a la cara.

Veleiro –Beleiro– murió con el revólver al cinto, ciego, pero sin querer que lo vieran los médicos. Fue un gallego recio con pleno derecho a pasar a la Historia, fundador de la Sociedad Española y del Centro Gallego de Comodoro.

La familia conserva fotos de los primeros establecimientos del abuelo. Y del propio don Rafael en sus años jóvenes, con gorra calada, bigote Kaiser y polainas de venda, el caballo a la brida y el perro apostado sobre una peña.

También tiene retratos del viejo al volante de un Ford T en la huella nevada. Coetáneo de Abeijón, quién sabe cuántas de sus historias de pioneros, a caballo y motorizados, nacerían de las anécdotas que se contaban sobre Beleiro.

Y todas no se podían contar, según Griselda –quien algo sabe y calla, por historiadora, naturalmente curiosa y nieta de Pérez del Barrio, que fue socio de don Rafael…

Después de Aldea Beleiro, Griselda nos conduce hábilmente a una estancia de sus parientes Pérez. La Numancia se extiende por veinte mil hectáreas sobre lomas de contorno quebrado, pero ablandado, cubiertas de pasto verde-pálido. En las cumbres brota el monte verde-negro y en los bajos se ven «bañados» de plata punteados con el rosa de los flamencos.

Paseamos por las instalaciones. En los potreros hay doce mil ovejas

productoras de lana de inmejorable calidad, que en esta altura van pasando por corrales y mangas a los galpones de esquila.

Una comparsa mecanizada y eficiente rapa los animalitos dóciles cuidando de no herirlos; y los expertos van clasificando vellones, mandando marcar los mejores productores ovinos, haciendo estadística para la selección genética.

Un ingeniero, joven, hijo del dueño, nos explica el proceso de enfardado, las precauciones para que los consignatarios de Buenos Aires no echen tierra a la lana limpia, para que la trampa de aumentar peso por fardo no se convierta en desprestigio internacional para el establecimiento ganadero. Y hablamos de valores añadidos, de la falta de plantas de procesado de lana en los puertos patagónicos, del centralismo feroz de Buenos Aires y del abandono de estos emporios de riqueza natural.

Se nos pasa el tiempo gustosamente. El dueño de La Numancia, hijo del soriano aguantador que había dado tan histórico nombre a sus posesiones, nos explica el porqué de que la estancia vecina se llame La Media Luna:

Hasta bien entrados los años 30 no hubo por aquí policía estable. Mandaba Beleiro y de vez en cuando una tropa de gendarmes de fronteras venía a aclarar litigios y crímenes. Milicos, misioneros y vendedores ambulantes aparecían cuando la nieve lo permitía y se marchaban con el otoño.

Entonces se supo que para el invierno no había retornado a su base en el norte –en General Roca– un turco mercachifle que trabajaba por cuenta ajena. Los milicos acusaron de su muerte a la tribu del cacique Trefilaf, a quien prendieron como responsable del asesinato.

Trefilaf acabó en la cárcel, en Buenos Aires.

Pero pasó el tiempo –años– y el turco muerto resucitó al servicio de Beleiro, quien se había quedado con la carga de su carreta y en tierras le había ido pagando la deslealtad al patrón de General Roca... Cosas de la brava frontera.

Nos marchamos, reconfortados con un generoso almuerzo en que no faltó jamón serrano. Durante kilómetros contemplamos las tierras suaves de La Numancia. Y seguimos, yo con pena de no haberlas recorrido a caballo

Al entrar de nuevo en el asfalto, fui haciendo comparaciones de mapas con las observaciones en directo de nuestra travesía:

Musters situó el lago Colhué Haupí al sur y no al norte del paralelo 46; y no localizó por ninguna parte el lago que hoy lleva su nombre

–cuando ambos son visibles de inmediato...

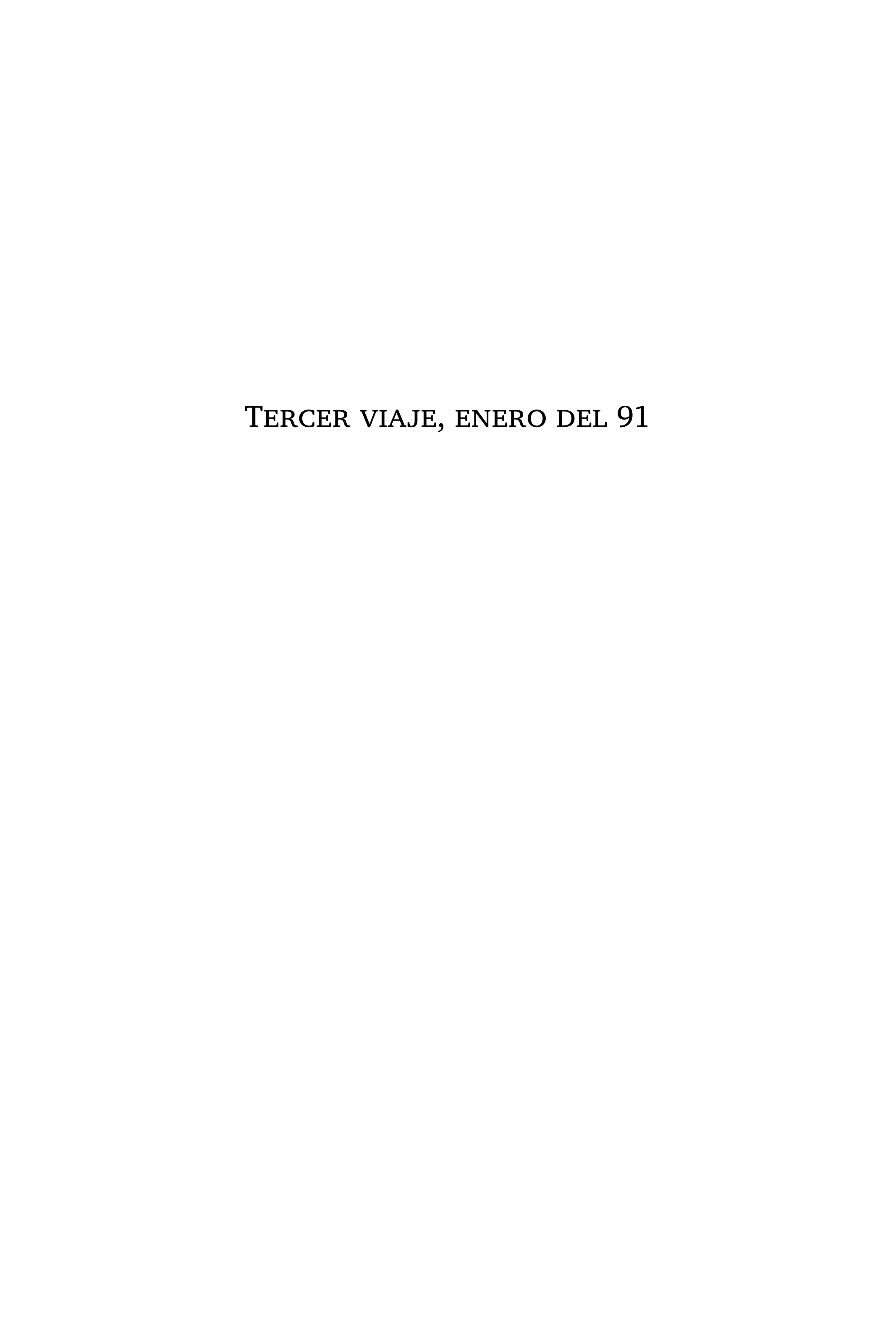
Resultaba sospechoso.

Con los ojos cerrados por el cansancio, imaginé jornadas de caza de mi novela de aventuras por paisajes como las de La Numancia. En su mapa, el explorador inglés marca el territorio al oeste del Colhué Huapí con la leyenda de «Abounding in game», o sea: de caza abundante.

Al fin de la tarde el cielo se encendía con un rebrillo de sequedad y mar al otro lado de las mesetas del eterno desierto. Griselda dormía. Antonio y Pepe me prometieron más información acerca del vigués que «civilizó» estos yermos. Hablaban de guerras entre clanes familiares por el reparto de tierras –hasta de pastos ricos regados con sangre de cristiano: luchas de frontera, material para un literato– que ellos también disfrutan.

Porque todos los humanos, todos, somos fabuladores.

Aunque no todos tengan la manía enfermiza de escribir.



Tercer viaje, enero del 91



Don Benigno Carro, “el Ángel de la Patagonia”. Médico, natural de Santiago de Compostela (Galicia). Se opuso a la Revolución de la Patagonia.

RUMBO AL SUR

El viajero precisa descansar, olvidar emociones. Comodoro Rivadavia le ofrece comodidades; y le daría la posibilidad de olvidarse de todo, vulgarmente en la playa o delante del televisor, si no fuera por la constante insistencia de los gallegos abrumadores.

Con todo, no viajar ya es descanso. Y leer en la cama, un placer.

Finalizo *Patagonia, punto crítico*, de Carlos Alberto Moreno. Moreno hace una revisión del indudable «colonialismo interior» que padece este apéndice del territorio argentino. Denuncia que si el poder porteño alguna vez se acordó de las tierras al sur del río Negro fue «con un ánimo extractivo» –peligrosa condición cuando, según las evaluaciones presentes, la riqueza combustible de Chubut y Santa Cruz puede no durar más de dos décadas.

Más aún, el doctor Moreno se detiene en las realidades ocultas de la Patagonia durante las dos guerras mundiales y durante el drama inmediato de las Malvinas. Estas vastísimas provincias, sin población y tan alejadas de la metrópoli, siguen siendo motivo de codicias exteriores, de tentaciones de potencias vecinas o lejanas. Puede que en las mesetas pardas que tanto impresionaron a Darwin vaya escaseando el petróleo fácil de alcanzar; mas queda una inmensa plataforma continental llena de pescado y –por lo que callan los amos del Mundo– de hidrocarburos.

Después de leer el libro de Moreno, en la mente barullenta del

escritor surgen nuevos motivos para la fábula: ya no son solo las aventuras de un muchachito esclavo de los tehuelches, testigo de un misterioso viaje de exploración; ni el realismo de docudrama de las huelgas y los fusilamientos de Santa Cruz. Ahora, a todo eso se juntan la presencia de Canaris y otros grandes espías en la Patagonia, las tensiones entre las colonias alemana y británica durante los conflictos, la construcción de almacenes de víveres y planchadas de desembarco en las playas donde solo focas y pingüinos llegan a ver –sin nada entender– lo que pasa...

Pero Comodoro tiene más materia libresca a disposición de quien la desee. En la última tarde de descanso, Cholo Rey me lleva a la central eléctrica en la que trabaja y me relata, entre turbinas y generadores, su versión de la guerra reciente contra los ingleses, desde el interior de un objetivo estratégico, con el personal técnico de las instalaciones armado para resistir un ataque de comandos –y muerto de miedo a la espera de un misil.

Hablando de misiles, me recomienda que interrogue a fondo a Antonio Lago sobre su participación en la guerra de las Malvinas. El transportista me puede contar algo que hizo historia. Que me cuente, que me cuente el Antoniño...

Estos gallegos son el nunca acabar, pienso –cuando aún no había llegado a mis manos la copia de una documentación judicial que, como Cholo me había anunciado, por sí sola es una novela negra.

Porque no todo se debe publicar. El cronista ya se va haciendo cauto: en esos días ya supo de las pasiones, las balas malditas y de la sangre vertida en Aldea Beleiro. Y decide callar...

Cholo y su mujer, Juanita, tenían todo dispuesto para un encuentro con los gallegos de Río Gallegos. La figura de don Benigno Carro bien paga un viaje de exploración. Cholo quiere –y su mujer lo apoya– hacer un vídeo sobre «el apóstol de Río Gallegos».

Salimos para allá temprano. La carretera es larga y recta, trazada de norte a sur a través de las provincias de Chubut y Santa Cruz, casi en paralelo con la costa. Fue de ripio cuando Antonio Lago la andaba (más de mil kilómetros) con un sueño de llegar a crear sus Transportes Pontevedra. Ahora el trayecto Comodoro-Río Gallegos es de asfalto decente y más corto; pero, a lo largo de él, el viajero no deja de sentir por todas partes la desolación eterna de estas tierras: tramos de doscientos kilómetros sin socorro ni de casas ni de estaciones de servicio, a través de explanadas sucesivas en las

que el viento obliga a corregir continuamente la posición del volante.

Remolinos de aire enloquecido levantan la tierra mal cubierta de matas bajas, verde-amarillas, brillosas, regularmente peinadas hacia el este. Son los coirones que, junto con los arbustos de molle, hacen mayoría vegetal en estas estepas. A veces, bajo el sol inclemente entre Comodoro y el río San Julián, surge el verde-pálido en un cañadón con hierba. El aliento caliente de la tierra engaña la vista, se ven espejismos en la distancia, vehículos reflejados en un espejo que no existe. Muy lejos, al otro lado de la polvareda y el vaho, el horizonte aparece recortado de mesetas oscuras contra el azul suave del cielo.

A los lados del camino hay constantes avisos de sed: salares, lagunas secas orladas de sal blanca en que –increíblemente– se internan ovejas sucias. De cuando en cuando hay que atravesar un riachuelo sin fuerzas. Buscando agua, un grupo de guanacos se aproxima, insolente, a la carretera. Paramos a verlos. El jefe de la manada de camélidos curiosos (que se aparean –la hembra en el suelo, el macho encima, panza con panza– como los humanos) observa a quien los mira advirtiendo con un gruñido-tableteo inquietante que está dispuesto a lanzar su escupitajo de baba verde, que daña y ofende a los incautos...

Vamos viendo guanacos, liebres, piches, avestruces, carroñeros alados; y ovejas, desparramadas o en grupo, con las cabezas juntas, como deliberando. Los guanacos saltan los cercos de las estancias; los caballos, que también podrían, no lo hacen. Juanita y Cholo, buenos conocedores de la estepa, informan de todo. Juana Fernández, Xoana Berta para los escritos, es patagónica, hija de criolla del norte y de un gallego que le dejó en legado el orgullo de ser diferente. Su marido ya sabemos que es coruñés mas quiere con fuerza a la patria de sus hijos. Ambos hablan de grandezas, de la historia y del futuro en los extremos del Cono Sur. Ambos –él, perito electrotécnico, ella profesora de Matemáticas– son personas de visión global, de amor al universo en que viven.

En San Julián, a mitad del camino, hacemos parada y foto. En el retrato quedará con nosotros un letrero con «referencia histórica» a la primera misa celebrada en territorio argentino por el capellán de Hernando de Magallanes, y a la «nueva colonia de Floridablanca», fundada por Antonio de Viedma.

Detrás del letrero, que anuncia la entrada a un buen puerto

natural, hay mucha sangre, inmensas privaciones, miserias insoportables. La primera parte de la «referencia» se podría continuar con el motín de los hidalgos castellanos contra «el capitán portugués» y la justicia impuesta sumariamente por Magalhães. Cuenta la crónica de la expedición cómo un rebelde fue descuartizado, y cómo a otro lo tuvo que decapitar su criado fiel cuando nadie se ofreció para darle la muerte que correspondía a un hidalgo.

Y muchas muertes habría después en la colonia que se mandó fundar –y destruir. Las colonias patagónicas al sur del río Negro estaban demasiado lejos de Buenos Aires para poder mantenerlas, al carecer de recursos propios. En Deseado, San Julián y Santa Cruz debieron de fenecer los primeros pobladores gallegos de la Patagonia, como los apellidos indican. La dureza del clima los mataba.

Pero el clima era igual de duro para los ingleses que intentaban dominar los rumbos hacia el Estrecho. Por eso, en la orden de abandono de San Julián, el virrey manda que hasta el fuerte, levantado con tanto esfuerzo, sea «enteramente deshecho y reducido a cenizas para que nadie se aproveche de él»...

En San Julián cometemos un fallo que, en estos pagos desiertos, le puede costar caro al viajero. Teniendo ocasión de repostar, seguimos adelante, confiados en el bidoncito de ayuda que la gente suele llevar en el maletero.

Y Cholo lo llevaba. Pero vacío.

Se nos acaba la nafta y nos vemos perdidos donde el motor lanza su último suspiro. Allí, en el fondo del valle, bajo el cielo que se va encapotando como por hacernos caridad, tomamos la decisión del momento: Cholo marchará a pie con el bidón vacío hacia delante, ya que hacia atrás venimos de pasar cien kilómetros sin auxilios. Juana y yo quedaremos guardando el coche y los equipajes. En la guantera hay un revólver.

Cholo se pierde en la distancia y hay un rato inacabable de silencio y miedo.

Pero surge un coche descendiendo hacia el nuestro.

Cholo viene en él. Y trae el bidón lleno.

El tipo que nos hizo «la gauchada» es un vasco, que paró y cedió parte de su gasolina de emergencia al Choliño «porque le vi pinta de gallego». Lo acompaña una india santera, visitadora de los montones de piedras donde, a lo largo de la carretera, se venera a la

difunta Correa y a Ceferino Namuncurá (En estos cultos el apéndice patagónico se identifica con el resto del país).

Con la caridad del vasco alcanzamos la deseada gasolinera.

Allí nos sorprende una mujer alta y rubia, vestida con un buzo en que pregona su nombre –escocés, claramente– y el grupo sanguíneo –A, con Rh positivo–. Tiene el coche averiado y nos pide que se lo remolquemos ciento treinta kilómetros, hasta la entrada de su estancia.

Hay un ambiente hostil alrededor de ella: miradas furtivas de camioneros y gasolineros… y una recomendación en voz baja: «Mandenlá al carajo, gringa 'e mierda, que, cuando la guerra, esa era de las que hablaban por radio con los ingleses».

En la confitería de la estación de servicio, un letrero hace arco sobre el mostrador: «Las Malvinas siempre serán argentinas» y en la pared se muestra un mapa de situación: estamos grado y medio al norte de Port Stanley, a unos setecientos kilómetros del escenario de la debacle, mar por medio.

Conferenciamos en gallego, ante la sorpresa de la clientela del bar. Y decidimos seguir camino sin la colaboracionista, para nuestro disgusto de curiosos impenitentes, dispuestos ya a capturarla e interrogarla.

Pero las razones son de peso: aunque el día dure tanto en esta latitud, llevamos prisa, nos falta el tiempo para llegar a Río Gallegos; y remolcando otro coche, siempre en lucha contra el viento, bien nos ha de llevar dos horas de más el trayecto.

En un aparte, en inglés, le explico a la mujer nuestra circunstancia y la advierto de la mala fe de quien la rodea.

Me da las gracias fríamente. Me pide que dé aviso en la siguiente gasolinera, «a donde van con frecuencia desde nuestra estancia a por nafta»; y me tranquiliza aclarando que va armada: al sobaco, dentro de aquel uniforme de ganadera de los yermos, lleva una pistola del 22 cargada con bala hueca…

LA HISTORIA DE DON BENIGNO

El Gran Bajo de San Julián marca la entrada en una región diferente. Nubes delgadas filtran el sol y se tornan pálidos el azul de los ríos y el verde de los pastos, que ya aparecen sin discontinuidades. Los colores típicos de las casas –el amarillo, el verde, el azul, el rojo– destacan poderosamente en la palidez del entorno. Pasamos el río Chico y a continuación el Santa Cruz, caudaloso, dividido en dos brazos alrededor de la isla en que, allá por el 1870, el comandante Piedrabuena intentaba defender la argentinidad.

En esa altura fue cuando lo visitó Musters con la tropa de bárbaros que lo guiaba. Mirando el mapa de su expedición, se ve cómo de nuevo se confunde –a lo mejor, de esta vez, por fiarse de FitzRoy: supone que tanto el Chico como el Santa Cruz nacen en un hipotético y único lago, el Viedma, al fondo del cual se yergue la montaña fascinante que lleva el nombre del capitán del *Beagle*. Pero la realidad de este sistema hidrológico es que el hielo continental vierte en los lagos Viedma y Argentino, que el Viedma desagua sobre el Argentino a través del Río de la Leona; que de tanto hielo derretido nace, poderoso desde su origen, el río Santa Cruz, el cual sigue el paralelo 50 hasta juntarse con el Chico, mientras este va cogiendo fuerzas poco a poco, sumando venas de agua al norte del Viedma hasta la latitud 48...

Cruzamos el río Gallegos por el puente de Güerr Aike y la capital de Santa Cruz se nos muestra como siempre: cuadrícula perfecta, caserío multicolor entre el que pulula una gente vivaz en la inacabable tarde primaveral del paralelo 52. Para alegría del visitante, el viento amainó; y llueve delicadamente.

Es de día pero muy tarde, porque vamos entrando en verano. Manolo González nos invita a cenar caldilla de marisco y congrio con vino blanco de Chile. Comenzamos la cena a las once de la tarde, y finalizamos al atardecer: a las doce y media. En ese momento, la ría deja de distinguirse del cielo, se pinta de melancolía la playa y el muelle donde aquellos revolucionarios de hace setenta años encontraron razón para convertir en prácticas sus teorías.

Manolo es un tipo animoso donde los haya, la risa siempre dispuesta, capaz de trabajar mucho y perdonar más aún. Mantiene el Centro Gallego vivo, sin dejar que se integre en la Sociedad Española, porque el Centro es su Galicia, tierra a donde nunca volvió pues en ella nadie le queda. Trabaja por Galicia y por esta tierra, también suya, a pesar de que algún criollo le eche en cara sus críticas. Le dicen que se marche si no le gusta a Argentina. Y él sufre y calla: en todos los países hay robo, dice, pero en eso de afanar los argentinos «van pasados de revoluciones»...

Nos ha preparado un programa para el día siguiente: Vamos a seguir la traza vital de don Benigno Carro, el gallego esforzado, gloria de los médicos, personaje importante en la historia de Santa Cruz; y no ha de faltar un encuentro con Bartolo, para hablar de la revuelta del 21, y de don Benigno, de lo uno y de lo otro, que todo tiene que ver.

En el hotel del asturiano Suárez, siempre rubicundo y cordial, el viajero va intentando coger el sueño mientras repasa datos biográficos del personaje por el que viajó de esta vez:

Benigno Carro García era hijo de don Tomás, un maragato de Santa Colomba de Somozas, y hermano del famoso cura Carro, científico y galleguista a pesar de su condición castrante de clérigo. Benigno nació en Santiago de Compostela el 5 de noviembre de 1886, y en julio de 1902 ya era bachiller. En la facultad compostelana de Medicina fue compañero de un medio argentino destinado a hacer historia, Alfonso Rodríguez Castelao. Pero mientras Castelao se quedaba en Galicia con miedo de matar gente con su ciencia, Carro marchaba a tierras pampeanas para ejercer de

médico de campo, cirujano y componedor de cualquier desastre. Por la provincia de Buenos Aires anduvo desde el año 10 al 17, cuando ya aparece establecido en Río Gallegos.

A partir de ahí, parecería como si Benigno Carro hubiera encontrado su lugar en el mundo. En Río Gallegos iba a ser médico para todo: generalista, tocólogo, traumatólogo, analista, radiólogo –y hasta odontólogo, pues, en esos inicios bravos de la población, los dentistas solo se dejaban ver cuando las nieves cedían.

Y no acababan ahí sus actividades: fue fundador de sociedades y centros, concejal, intendente, agente consular... Al morir, «con el auxilio de la religión y la bendición papal», sumaba créditos y medallas, homenajes y diplomas para llenar vitrinas. Murió, soltero, a los noventa años. La razón para emigrar de don Benigno, pudiendo valerse de su título en España, y la soltería de quien tanta vitalidad derrochó, eran dos cuestiones a investigar...

Era muy temprano cuando nos hizo despertar la primera luz. Seguía siendo pálida, filtrada entre las nubes. Con viento salimos a la calle, bien abrigados.

La primera visita fue a don Ángel Banciella Dickie, el ahijado de don Benigno que atendió al gran hombre hasta el último momento.

Don Ángel, hijo de asturiano y malvinense, con un segundo apellido que aparece en los documentos trágicos de la revolución, nos cuenta que el doctor Carro era un tipo desprendido, que murió en su casa y poco tenía al dejar este mundo. A él le dejó, por ejemplo, la estampa precisa del glaciar Moreno pintada por un retratista cuando aún nada se sabía de fotografía a colores.

En el cuarto de estar soleado que preside tal belleza de cuadro, don Ángel añade un dato de interés para la biografía del médico gallego: Banciella padre, natural de Mieres, había estudiado la carrera de farmacia en Santiago y allí conoció a Carro. Boticario de Mieres y médico de Compostela hicieron tándem civilizador en una ciudad que aún tenía mucho de campamento de pioneros, con sus calles descalzas, sus casas de lata sin pintar y los personajes que se fueron para siempre jamás: los últimos indios tehuelches, los buscadores de oro, los ovejeros de facón al cinto, los ingleses refugiados en su exclusivo British Club (al que perteneció don Benigno); y la masa operaria en la que se mezclaban gallegos y alemanes anarcoides con rusos nihilistas... El señor Banciella Dickie reconoce que aquello era un mundo de gente firme, en el que las armas cantaban. Y que nevaba mucho más que ahora: cuando él era

pequeño los caballos sangraban por las rodillas de tanto hincarlas en la nieve y eso ya no se ve…

Don Benigno Carro García vino a la Patagonia «por espíritu de aventura», como tanta otra gente. Y aquí se convirtió en ángel custodio de la población que crecía. Con don Ángel Banciella (quien insiste en la pureza asturiana de su apellido, aquí pronunciado como *Banchel-la*, a la moda de los tanos) vamos a visitar el museo de la villa.

Allí se muestran los instrumentos de la clínica de Carro, su placa y los diplomas de especialidad, uno de ellos en francés. Trajo mucha gente al mundo y curó muchísima herida. El cliente que podía, le pagaba; el que no, no lo hacía; y, si no tenía para medicamentos, lo mandaba don Benigno a la farmacia con una nota para que le dieran remedio gratis. El doctor Carro murió «sintiéndose muy español» y diciendo de la Argentina que «un país donde todo se arregla con loterías no tiene solución»… De una pared de la clínica reconstruida cuelga la condecoración vaticana concedida al médico por los servicios prestados a la Iglesia y al Sumo Pontífice.

Después del museo visitamos las instalaciones de la Sociedad Española, impresionantes por la amplitud y los restos de lujo que le quedan. Estos salones fueron escenario de violencias durante el alzamiento militar del 36, y de cuanto siguió. La guerra civil dividió también a los españoles de este fin de mundo. Carro tomaría partido por Franco.

Al final de la conversación con don Ángel, nos dice que su padrino era «regionalista pero no separatista». Acerca de la revolución que había dirigido Soto, está seguro de que los dos gallegos notorios en la villa se conocían bien y que don Benigno no aprobó las huelgas y los asaltos a las estancias (A la abuela Dickie estuvieron a punto de violarla los insurrectos) ni los excesos de represión de Varela.

En la despedida le pregunto si alguien en Río Gallegos sabe de los descendientes de Soto en Punta Arenas. Parece preferir ignorarlo.

Antes del adiós, todavía me pide que yo escriba en los periódicos lo que él opina sobre el giro de España hacia el Este de Europa, mientras olvida Hispanoamérica: a los rusos hay que darles dinero el día que devuelvan «el oro de Moscú»…

En el Club Español solo quedan viejos. Allí esperan por nosotros el presidente del centro asturiano y el del gallego, en compañía del amigo Bartolo.

El anciano sigue dando muestras de memoria perfecta, aunque

parcial. Me corrige un dato: Soto no era actor de teatro de la compañía Calderón de la Barca, desembarcada cualquier día de cualquier vapor, sino un tramoyista que a veces tenía que actuar de suplente. Y de Carro da su visión particular, que ninguno de los compañeros a la mesa le refuta: era papahostias, franquista y hitleriano; y si se quedó pobre fue por tonto, por cegarse comprando marcos alemanes sin darse cuenta de que contra yanquis e ingleses juntos no hay quien pueda. Carro perdió una fortuna en divisas al fin de la guerra. Pero que nadie olvide sus viajes a Europa, y la casa, y los coches. Hasta llegó a comprar un Mercedes en Punta Arenas, que llevó de regalo a Galicia.

Cuanto a su soltería... De eso habría mucho que hablar: el doctor tuvo toda la vida un secretario, que le hacía *de todo*.

¿Cómo *de todo*?, insiste Cholo. Y el viejo responde con una sonrisa picarona: «Tú ya me entiendes»...

Luces y sombras en el dibujo de un personaje. El viajero, narrador por vicio, sabe que todos somos personajes, con brillos y oscuridades que nos definen como seres humanos.

Antes de salir al frío pasmón de la tarde larga, la memoria de Bartolo –como ya nos había advertido González– va a juntar los distintos elementos que alimentan nuestra curiosidad:

La Sociedad Obrera de Río Gallegos había sido implacable con los dueños de los establecimientos donde se abusaba de los empleados: tienda de abusador, tienda boicoteada, era la orden del sindicato. Una de esas tiendas fue «la botica del *asturiano Fernández*», el «socio» de Carro. Allí dejó la población de comprar remedios. Todo se compraba en la otra farmacia de la villa. «Al Fernández lo reventaron, y Carro de nada le valió».

Intrigados por lo de *Fernández*, nos aclara Bartolo que el boticario tenía, como cualquier español, dos apellidos: Fernández y Banciella. El hijo se debería llamar Fernández Dickie, pero prefiere usar el segundo del padre...

En el Centro Gallego nos reciben con asado en tiempo de corderos gordos. Aquellos hombres de facciones duras y manos firmes están contentos porque la Xunta de Galicia les mandó diez mil dólares para seguir la obra de sus vidas. Van a hacer un salón más y una sala de juntas.

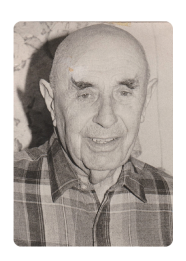
Comemos, bebemos y hablamos de ese país imposible y querido donde se les quedó la infancia. Hombres y mujeres que nunca cumplirán ya los cincuenta ven mucho trabajo perdido, mucha

ilusión seca en esta tierra riquísima y amada. Aunque «si la Patagonia me comió la juventud, me ha de comer los huesos» es frase escuchada alrededor de la mesa.

Hablamos del gas natural que no se paga en las casas, y que se «ventea» en el campo para que deje salir al petróleo. Hombres de mar presentes, que anduvieron con los gringos en las exploraciones de la plataforma continental, aseguran que «el petróleo de veras está en Santa Cruz y no en el Golfo Pérsico».

Pero, hartos de argentinos fracasos, los gallegos de Río Gallegos llegan hasta a temer que «con los avances de la ciencia» el petróleo pierda valor como perdió la lana y el Mundo se olvide para siempre jamás de estas tierras de mito y aventura.

Cuarto viaje, abril del 91



Don Asencio Abeijón, "el Cronista de la Patagonia", hijo de colono gallego. Su lema: "En la Patagonia se puede perder todo menos los nervios".

DE NUEVO, COMODORO

El avión sale temprano del Aeroparque bonaerense, demasiado temprano. Somnoliento, ocupo mi lugar abordo. Viaja poca gente y una niebla densa, otoñiza, impide ver tierra más que a pedazos. Llevamos rumbo sur-sudoeste y me imagino pasando por encima de Tandil, dejando Orense a babor. Según avanzamos, la pampa se va secando, se empardece.

Superamos el primero gran lóbulo de tierras aluviales y ya el avión sobrevuela Bahía Blanca en busca del segundo, el que formarían en la eternidad geológica los arrastres de los ríos Colorado y Negro, aviso el uno y frontera el otro de la Patagonia ignota que, a mi manera literaria, me empeñé en explorar.

Entre miradas al terreno, voy recordando las imágenes emotivas del paso por la Feria del Libro de Buenos Aires: el continuo agasajo de los gallegos, la asistencia masiva –con gente por los corredores del auditorio– en la presentación de mi primer libro de viajes. Griselda, que había venido de Comodoro para la ocasión, presentó *Arxentina* al auditorio con un quiebro de emoción en la voz. Y cuando acabamos firmé muchos ejemplares dedicados, muchos, hasta perder cuenta de los que firmaba...

Con aquel regusto de cariño y nostalgia voy llegando al eterno desierto que limitan, recortados como por capricho de mente loca, el golfo de San Matías y la Península Valdés con sus propios golfos,

de San José y Nuevo. Al fondo, en tierra, se distinguen depresiones y elevaciones: el Gran Bajo de Gualicho, la Meseta de Somuncurá… Gualicho es el walichú de los indios, el demonio, la representación del mal. El topónimo demoníaco se repite en los yermos australes, asociado siempre a la sal y a la muerte.

El viento que da personalidad al Chubut limpió de nubes el cielo. En el golfo de San Jorge el agua es azul añilada y la tierra castaña parduzca, y allá va apareciendo la masa grande y clara de Comodoro Rivadavia, capital del petróleo.

Me reciben los amigos, amenazando ya con una comilona de marisco y pescado. La amenaza se cumple y aprendo a preparar el centollo patagónico, que en otras ocasiones me habían dado listo para comer. El crustáceo, muy parecido al *king crab* de Norteamérica, tiene un cuerpo pequeñito y unas patas enormes con cáscara blanda. Con un cuchillo se le abren las patas a lo largo y se va sacando de ellas la carne blanca y deliciosa…

A los postres hablamos de las razones de mi nuevo viaje. Me propongo ir recorriendo la cadena de los lagos de la cordillera, de los que solo conozco el primero y el último, el Nahuel Huapí y el Argentino. La opinión de los gallegos patagónicos es unánime: entrados ya en otoño es locura ir hacia el sur. Si quiero seguir el rumbo de Musters, más me vale hacerlo huyendo de los fríos que se van a precipitar con el paso de los días. Del paralelo 46 para arriba, aún puedo seguir por el río Sengerr, pasar por Tecka, entrar en el lago Futa Laufquen… De Esquel a El Bolsón, y de allí a Bariloche, hay grandes bellezas que contemplar; y gente. No debo tentar a Dios metiéndome por los lagos despoblados.

Hablamos de indios. Antonio Lago propone un salto hasta la estancia de su familia, donde se encuentran con frecuencia artefactos de los antiguos pobladores. Ana, su mujer, es hija de pioneros (Su padre fue el telegrafista que comunicó a la capital la aparición del petróleo en Comodoro) y tiene buen ojo para buscar cosas de los tehuelches. Todavía guarda por la casa restos de lo que no donó al museo local. Me muestra unas puntas de flecha hechas a golpes con una precisión de asombro; y una calavera en la que se ve el efecto formidable del sílex lanzado contra el hueso: aquel infeliz había muerto con el cráneo agujereado de un flechazo…

Griselda y yo nos vamos con Antonio en su chata –camioneta potente que heredó nombre de carro– a atravesar un mundo de lomas, cañadones, riachuelos secos y mallines verdes. Los campos

de ovejas van siendo invadidos por los monstruos extractores del oro negro. Darwin, tan impresionado como yo por estas formas de tierra pelada, murió sin imaginar lo que encierran los plegamientos del subsuelo. Y tampoco imaginaría la distorsión feroz que causó el petróleo en los paisajes: las torres, los tanques, las tuberías, los aparatos de las bombas cabeceando en un esfuerzo increíble para elevar el líquido viscoso desde más de mil metros.

Sol y viento parecen explicar el mundo que se abre a los ojos del viajero; pero para comprenderlo totalmente aún hay que añadirle las grandes nevazones, que permiten la existencia de hierbas y arbustos de mucha sustancia para el ganado menudo. Las nevadas dan vida a las plantas, y permiten la formación de charcos de agua salobre, con un sabor a «química» –a nitratos– que echa para atrás a los humanos mas no a las ovejitas humildes, que de ellas van bebiendo…

Los ganaderos de la zona viven de las regalías que les pagan las compañías petroleras. El ganado no da para vivir en un país donde sobra carne y lana, y los canales de comercialización andan tan mal como todo donde el centralismo es tan brutal que el petróleo patagónico se lleva a refinar cerca de Buenos Aires, a mil millas de distancia.

Los pobladores de la Patagonia viven en una continua queja: Producen carne, lana, frutos de mar, minerales y combustibles; y nada procesan in situ. Porque «el sistema» se lo impide.

No es raro, entonces, que el sentimiento de colonizados los vaya llevando hacia planteamientos políticos regionalistas de los que Griselda participa. Antonio se lamenta amargamente del abandono de una provincia condenada a nada más que aportar materias primas, a la que solo llegan de la capital los vicios, la corrupción que todo enreda, que hace enloquecer…

Hablamos en la cocina de la estancia. Corre el mate y zumba el viento por las rendijas. Cae el sol y Antonio me confiesa que se siente argentino y patagónico, derrotado como todos en la guerra de las Malvinas, harto de aguantar vergüenzas.

Me recuerda el encuentro con un camión cuando fuimos a Aldea Beleiro. No nos había querido asustar pero había andado con dudas de si nos llegaría la gasolina por culpa de aquella perdición de camino de pedregullo. Luego, viendo una gran polvareda, paró para pedir auxilio. Curiosamente, era de un camión cisterna de nafta. El conductor, al reconocer a un colega transportista, paró; pero no nos

pudo auxiliar. Porque iba de vacío.

El trailer-cisterna iba vacío porque estaba siendo robado, para ser desguazado en un lugar secreto. El propietario del camión era el Estado.

Antonio trabaja ahora con una empresa petrolera yanqui. Antes trabajaba para una empresa nacional. Pero lo querían obligar a que facturara el trabajo de veinticinco camiones cuando solo tenía nueve en servicio. Era mucho comulgar con ruedas de molino y se negó. Y le rescindieron el contrato –los mismos que querían compartir con él el beneficio de las facturas falsas...

Miramos a la estancia: los corrales de ovejas, los árboles tumbados por el viento, los galpones, el riachuelo, las cañerías por las que llega el gas de regalo desde un pozo próximo, enajenado en terreno propio –propiedad de los omnipresentes Yacimientos Petrolíferos Fiscales.

Hecha la visita a la estancia, volvemos cansados de sol y viento a Comodoro, donde esperan por mí Juanita y Cholo.

Vamos a conocer gente de Rada Tilly a punto de salir en una expedición arqueológica a la que puedo integrarme.

Nos reciben con calor y buen vino tinto. Con el negror de la noche embravece la ventarrada. En la casa se observan todo tipo de inventos para tapar rendijas y evitar las arenas que lanza la furia del aire.

Los nuevos amigos se dedican a los relevamientos arqueológicos. Andan siguiendo la historia de los pueblos desaparecidos del reino del puma, el guanaco y el avestruz. Ahora estaban preparando el estudio de un alero decorado por los habitantes misteriosos de hace diez o doce mil años.

Pero había dificultades para conseguir coches con tracción total, imprescindibles para acceder al lugar con el equipamiento necesario...

Todo son dificultades en la Argentina de la escasez. «El sistema» no funciona. Nos acompañan a la larga tertulia arqueológica un psiquiatra de ascendencia gallega, que durante un rato calla, nos deja hacer diagnósticos de la confusión.

Mas, por fin, aporta el suyo:

Insolidaritas tremens, latiniza: en el país no hay un proyecto colectivo sino treinta millones de proyectos individuales...

Callamos. Fuera, el viento del otoño asusta. En los vidrios baten piedritas de la calle descarnada en la que se levanta la casa.

DE LA MADERA A LA PIEDRA

El día nace con viento y «sensación térmica» de frío (En el Chubut y en Santa Cruz se habla siempre de la sensación térmica que produce el viento en el cuerpo). Con viento, frío, nubes que corren densas y bajas, partimos Antonio, Juanita y yo hacia algún punto al sur de Comodoro donde –imprecisamente– se sabe que hay un bosque petrificado.

Apenas pasada la Rada Tilly, justo en la línea del paralelo 46, acaba la provincia de Chubut y comienza la de Santa Cruz –con dos curiosidades: la Lobería y Caleta Olivia.

La Lobería es todo un monumento a la capacidad destructiva de los humanos. Asentados sobre una costa rocosa pero baja, todavía quedan allí los restos de estructura de una factoría que se dedicaba a matar lobos marinos para derretir sus grasas. Seres torpísimos en tierra, gregarios, incapaces de reaccionar ante la mortandad de sus congéneres, los lobos se dejaban matar a las puertas de la factoría. Hasta que de ellos nada quedó. (Por estas costas solo se salvaron las colonias de los que por costumbre descansaban al sol bajo los acantilados peligrosos).

Caleta Olivia es, también, lugar de gallegos. Caleta vive en un intento de competencia con Comodoro, rodeada de campos petrolíferos. Es población grande, de caserío bajo, más en ladrillo que en chapa, con orden en el centro y desorden de villa-miseria

alrededor. Al visitante lo impresiona el inmenso mal gusto del monumento al trabajador petrolero, llamado «Gorosito» por el vulgo, estatua de cemento pintado de amarillo-crema, que domina la villa con su intento ciclópeo de cerrar una válvula de pozo. Un hedor insoportable de aguas sucias despide a quien pasa hacia el sur.

Por la carretera general que lleva al fin del continente, en la chata de Antonio navegamos en solitario, tan solos que da miedo la cinta negra del asfalto cortando la estepa, meseta tras meseta, cañadones de por medio que separan los tramos planos.

En FitzRoy paramos a repostar y calentarnos con una sopa. En el establecimiento, versión moderna de la posta, hay servicio para todo lo que pueda necesitar el viajero perdido en tan desamparadas navegaciones: en el más inexplicable revoltijo, aparecen recambios de coche, ropa y alimentos. Y recuerdos de la región.

Entre los recuerdos destacan las puntas de flecha y de lanza, «artísticamente» dispuestas en platos a manera de panoplia lítica, prehistórica.

Estos recuerdos de la zona se venden. Y baratos. Un tipo con patillas vaporosas y rostro colorado de tanto frío me vende varias piezas asombrosamente perfectas, por la calidad de la piedra y del trabajo, al ridículo precio de dos mil pesetas.

Me parece un expolio indecente lo que estoy haciendo. Pero mis amigos me animan a la compra, insistiendo en que el campo está lleno de canteras donde los indios fabricaban armas, y de puntas perdidas en sus disparos.

Compro y seguimos camino. Juanita tira del drama de las Malvinas al recordar la gringa «espía» que nos había pedido auxilio en el viaje a Río Gallegos. Con la sencillez de quien hace las cosas casi sin querer, Antonio me cuenta cómo lo habían secuestrado los milicos durante la guerra; como no le dejaban salir del cuartel para que no pudiera desvelar los secretos de lo que pasaba en la base aérea de Comodoro. De allí partían los ataques a los hijos de la Albión pérfida y sedienta de petróleo, aliada de los yanquis. Antonio era quien colocaba los cohetes Exocet en los aviones. Los cohetes eran una lindura, y venían embalados en «cajones como los de los muertos». Uno de los cohetes que colocó este vigués práctico fue el que hundió a la *Sheffield*. En Vigo no saben de vigueses en la Patagonia: ni de Veleiro, fundador de la Aldea; ni de mi amigo Antonio, quien, a pesar de que ayudó a ganarla, perdió una guerra

de liberación nacional «por culpa del Papa»…

Nos alejamos de la carretera, nos hundimos en el ripio y kilómetro a kilómetro el paisaje va tomando caracteres de irrealidad. El camino avanza entre formas de greda y piedra. Como gigantes guardianes del bosque petrificado, se yerguen colinas redondas, moldeadas por el viento y la lluvia como productos de la fantasía culinaria. Sus colores varían del verde azulado al ocre, del ocre al amarillo verdoso, del amarillo al rojo.

Hay otros montones de tierra coronados de rocas rígidas, a modo de almenas. Fácilmente recuerdan castillos de arena.

Y, cuando el cuentaquilómetros avisa de que llevamos más de trescientos recorridos desde Comodoro, una portada en madera rústica nos anuncia la entrada a la reserva geológica que andábamos buscando.

Paramos a pie de la casa de los guardas y la vista se nos pierde en un paisaje incomprensible, lunar: el suelo es de trozos de piedra que imitan madera, y sobre él aparecen, aquí y allá, grandes fustes caídos, más enteros o más rotos. El conjunto de lo inmediato, colina tras colina, tiene una tonalidad rosácea, que se oscurece hacia una depresión plana –quizás fondo de un lago– donde el color vuelve a ser crema, en contraste con el oscuro, casi negro, de las mesetas que cierran el horizonte.

No hay vida. El silencio es total sobre el zumbido del viento. Escogiendo en el suelo muestras de lascas de piedra, en busca de las que más recuerdan a la madera original, avanzamos hacia los gigantes caídos. Alguno se conserva tan bien en su enormidad que parece un pedazo de árbol esculpido en piedra, con todas las arrugas de la cáscara y las marcas redondas de los nudos.

En la Patagonia todo son sorpresas, y este bosque innominado deja una impresión plástica difícil de olvidar. Se diría que parece diseñado por un maestro del pastel, un cuadro inmenso creado por la fantasía de un pintor amante de realidades sin vida…

De vuelta, rendidos por tanta carretera y tanta caminata en el bosque, callamos un buen rato; y quien no conduce va adormilado. Solo de anochecida, cuando ya la carretera se acerca al mar, se anima la conversación en la cabina de la chata. Pregunto qué tuvo que ver el papa con la guerra que se perdió. Antonio me responde –y Juana apoya– que Woytila fue quien mandó parar con sus negociaciones en Buenos Aires. Él fue el recadero de los que gobiernan todo.

Nunca tal ocasión perdió a Argentina para hacer patria. A coste de lo que fuera…

Ahora entiendo algo en lo que ya había reparado en viajes anteriores:

Viniendo del aeropuerto a Comodoro, se ve una estatua blanca que representa a Carol Woytila. Aminorando la marcha, se pueden apreciar varios impactos de bala en la estatua.

Siempre había pensado que, siguiendo una costumbre bárbara de toda la Argentina, los «mamaos» habían hecho diana allí como lo hacían contra las señales de las carreteras.

Pero no era así la cosa:

Los nacionalistas patagónicos habían fusilado a Woytila en efigie.

CAMINO DE LA CORDILLERA

Andada la mañana, me vienen a buscar Cholo Rey y José Manuel Férnandez, su cuñado. Con ellos voy a emprender un viaje de mil kilómetros hacia el oeste y después hacia el norte. Vamos a llegarnos a la cordillera, para luego seguirla en paralelo. Me van a acompañar a Esquel y El Bolsón, desde donde yo seguiré camino de Bariloche.

Esquel, Bolsón y Bariloche son los nombres grandes en el mapa. Pero en nuestra intención de viaje hay otros nombres menores: Tecka, Futa Laufquen, Epuyén, Puelo... Tratamos de seguir el rumbo de Musters a partir del río Senguerr (que él llamó Senguel y suponía –en una más de sus equivocaciones– afluente del Chupat, o sea, del Chubut). Yo me propongo andar por los paisajes que describe el explorador en su *At Home with the Patagonians*, y, si las circunstancias lo permitieren, visitar a un eremita.

La primera parte del camino, hasta el punto de encuentro con el río Sengerr después de Sarmiento, ya me resulta familiar: campos de petróleo, la planitud alta de la Pampa del Castillo, la bajada hasta el oasis azul y verde de los lagos Colhué Huapí y Musters... En aquel punto la carretera se bifurca. Un ramal cruza el río y se dirige al sudoeste para cruzar la cordillera por Aldea Beleiro. El otro sigue el Senguerr y sus afluentes con rumbo nor-noroeste.

Estas carreteras ya habían sido caminos de carro en los tiempos de

la epopeya que relata don Asencio Abeijón en sus crónicas. Conducen a la transición entre el yermo pardo y los verdores coronados de blanco de los Andes. En mi viaje anterior había seguido la que va hacia el oeste; ahora veníamos por la del norte…

El viento se mantiene, pertinaz, del oeste. Lo que desesperaba a los carreros de antaño, elevados en los pescantes, protegidos con guardapolvo y antiparras, ahora molesta al conductor de automóvil; y lo preocupa, si es prudente, porque nunca se sabe de la traición continua del aire, cuándo se acelera en los cañadones, o cuándo afloja al amparo de las colinas. Si a esto se suma el tener que navegar en ripio por tramos, se comprenderá que viajar ahora es solo una moderna imitación de lo que relataba don Asencio en sus memorias de carrero.

El camino transcurre entre montes, próximo a valles planos cubiertos de hierba alta, vivificada por los ríos próximos. Ahora estos pasteros tan ricos están alambrados y divididos en potreros en los que pacen vacas gordas. Otrora fueron el reino de las enormes manadas de guanacos y avestruces que describe Musters. Por aquí, lejos de las sedes y las hambres del desierto, cuando ya se vislumbra la sierra, corrían las tribus de tehuelches de los que ya no queda ni memoria, en su eterno andar de norte a sur siguiendo las estaciones.

Llegamos a Tecka (que Musters llama Teckel), lugar de preferencia para los antiguos dueños de la tierra. Aquí paramos, asombrados:

Estamos ante un mallín vasto y llano, dorado por el otoño, cercado por el verde de las montañas que con la altura se blanquea, pintado de nieve –hasta ser totalmente blanco, refulgente cuando el sol lo toca en los picachos duros de las cumbres. Nieva un polvo fresco y las sombras de las nubes navegan, imprecisas, sobre el oro viejo de los campos. El sol, cuando las nubes pasajeras se lo permiten, marca una gloriosa irisación entre valle y monte, entre roca y pasto.

Viendo tal estampa, se puede entender la angustia de los indios que se vieron desalojados a tiros de rifle por los huincas que venían del otro lado del Agua Grande, navegando muchas lunas, como Vilariño le había mandado explicar a Chulilaquin…

Al caer la tarde vamos entrando en Esquel por una bajada entre cerros altos, de un pardo que aviva el sol tardío. Los plegamientos de la precordillera son pardos y uniformes; y, como veníamos viendo, aparecen salpicados de polvo blanco por las cumbres, en la ilusión que provocan las primeras nieves del año.

Esquel es una villa sin gente en las calles ventiladas y frías. Aquí,

allá y acullá, tiendas de deportes –de pesca y montañismo– explican la economía del lugar. En el hotel nos recibe el calor agradable de la calefacción; y la alegría del hospedero que no tiene huéspedes. En el frío que hace doler las orejas damos una vuelta viendo escaparates hasta que, asustados, nos metemos en el coche en busca del restaurante que abre más temprano.

En una casa que se dice vasca y especializada en platos regionales nos reciben con fuego de hogar, luz de velas y la sonrisa sofisticada de una joven de capital desterrada en esta esquina turística. El vino tinto resulta excelente; la trucha, un desastre: descongelada, deshecha... Es la segunda vez que cometo el error de pedir pescado de río por pagos andinos. La vez anterior había sido en Llao Llao, al lado del Nahuel Huapí. Intentaré nunca más caer en la trampa.

El vino suelta las lenguas, que en el viaje no se habían agitado mucho por culpa de la tensión de conducir venciendo las amenazas del viento. Hablamos de indios, de las relaciones entre culturas y hablas muy diferentes a partir de la zona en que andamos, de las influencias que se fueron pasando de unas etnias a otras, de cómo los mapuches de hoy se quedaron con ritos de los tehuelches desaparecidos.

Pregunto por la realidad actual de los indios. Cholo comenta que en la Radio Nacional, en Comodoro, hacen un programa de «gauchadas» (favores para la gente de campo) hablado en mapuche, y que los comodorenses «civilizados» –sean hijos de turco o de búlgaro– se ríen de la iniciativa. José Manuel, que todavía estudiaba no hace diez años, cuenta que, en los centros de estudio de Comodoro, quien tiene apellido mapuche queda marcado para siempre como «el indio Tal» o «el indio Cual»; y que el que lleva apellido cristiano pero es *chino* también pasa a la categoría de los apodados como indio.

Entramos en perjuicios, en diferencias de clase y casta, en miserias de los humanos, que se dividen en grupos para hacerse mal. Cholo recuerda mucha piña arreada por culpa de las bromas contra los gallegos; aunque haya que reconocer la razón de quien se burla de los brutos –que los hay– surgidos de un barco proveniente de Galicia.

Raro es el perjuicio que no se basa en algún rasgo común a los miembros del grupo que lo padece, dice Cholo. Si no, véase el caso de los judíos. Y cuenta la historia de un *moishe* bien conocido de Comodoro que tenía tres hijos, a los que pidió que, cada uno,

pusiera tres mil dólares en su ataúd antes de cerrarlo, como prueba de cariño.

Pues ya hedía el viejo y no había manera de cerrar el cajón. Porque cada hermano esperaba que los otros dos hubieran echado su óbolo mortuorio... para recoger los seis mil dólares en billetes y cumplir con el padre enterrándolo con un cheque de nueve mil...

Con la tragicomedia de los *moishes* fuimos volviendo hacia el hotel, al principio riendo y después filosofando sobre las locuras que se viven cuando las sociedades –como la argentina– están en quiebra. A José Manuel, que es técnico, joven e hijo de gallego, le pasan por la cabeza ideas de emigrar a España, sin problemas de nacionalidad.

Yo callo, cansado de conversaciones que en la Argentina conducen siempre a lo mismo, a un túnel sin salida. En mi interior llevo una sensación agridulce: la Argentina me duele, como si fuera ya algo de patria mía. Y siguen pasando nubes desprendidas de la cordillera próxima, iluminadas por la luna. Entre los claros se ve un cielo estrellado que no sé interpretar...

LOS ALERCES

Con el sol de la mañana, desde la panorámica del hotel se ve cómo la villa está ubicada justo en la franja que –con permiso de los geógrafos– se podría llamar «precordillerana». Esquel aparece rodeada de «cerros» no muy altos, con vegetación arbustiva que por el tono recuerda la de los páramos dejados al este y con las cumbres cubiertas de la bendición blanca que anuncia el otoño.

Una onda de frío matinal nos hace ser prudentes. Vamos a emprender viaje hacia las montañas y no conviene hacerlo sin protección. Esperamos a que se despeje la modorra de una villa turística sin turistas y, cuando vemos abrir la primera tienda de deportes, allá vamos a por guantes y pasamontañas.

Provistos de ellos e informados de que solo dos temporadas –invierno y verano– dan vida a los negocios en Esquel, salimos hacia el parque nacional de Los Alerces. La carretera de asfalto conduce también a Trevelin, y de allí a la presa del embalse Amutui Quimei.

Trevelin es una más de las fundaciones utópicas de los galeses en la Patagonia. Quien mire los mapas, verá cómo se estrecha la América Austral sobre la latitud 43, y comprenderá que los pioneros del Cymru gaélico en aquellas regiones discurrieran el establecimiento de una cadena de colonias desde el Atlántico a los Andes, sin perder de vista los pasos hacia el Pacífico. Los hijos de los celtas tañedores de arpa conseguían llegar a Trevelin en cinco

días de viaje a caballo desde la colonia principal de Trelew, situada a pocas leguas de la costa atlántica. Explorando, descubrieron el camino que ahora siguen las rutas asfaltadas por el valle del Chubut, por el territorio de Languiñeo y por el valle del Tecka.

Mis compañeros sugieren un paso rápido por Trevelin. Pero, sin saber aún lo que vamos a encontrar, decidimos seguir hacia el lago Futa Laufquen, en el norte del parque (A la tarde, si sobrase tiempo, iríamos a ver la imitación patagónica de un pueblo galés, con casas y molinos al estilo de las tierras del Dragón Rojo).

La carretera pasa a ser de ripio embarrado, y los paisajes se van haciendo verdes y agudos. Las nubes, algodonosas, móviles, desprenden ese polvo de nieve del que surge el arco iris, obligando a pararse para contemplarlo.

No somos los únicos. De un Mercedes 3OO con matrícula de Buenos Aires sale gente ricachona y cargada de cámaras, dispuesta a plasmar en celuloide y cinta magnética tamañas bellezas. No podemos evitar el comentario: en este país de mersas –horteras– defraudadores del fisco, nadie paga al Estado; y los que viven ricamente con tal pillería, los «vivos», no se enteran de su error. Por mucho que amasen nunca tendrán bastante para pagar del peculio propio el asfalto de las carreteras. Su castigo son las cuentas del taller, las reparaciones de los daños que el ripio causa en sus máquinas inalcanzables para el pobrerío general...

El Parque y Reserva nacional de los Alerces está desierto en este día de nubes y claros. En verano andan por aquí los «andinistas» haciendo excursiones y escaladas; en invierno vienen los esquiadores. Pero a estas alturas del año, camping, hotel y restaurante están cerrados.

Un «turco», libanés de raza –nariz ganchuda, ojos saltones y vehemencia en el gesto–, nos cuenta las dificultades para hacer hostelería en el país de la mangancha y la mangancia. Nos repite su versión de la Argentina corrupta e imposible –pero acaba consiguiendo para los gallegos viajeros a destiempo cuanto le solicitan: comida, caballos y guía.

Un matrimonio chileno, que se dispone a resistir los fríos del invierno mientras prepara el camping para la próxima temporada, nos confecciona un refrigerio con mucha prosa, de la que se desprende que Chile es tal como lo entendemos: un país injusto, de riqueza mal repartida, ofensivo para los pobres, represivo y de cara lavada como había sido aquel Portugal aseado de Oliveira Salazar,

algo aun peor que la España del desarrollismo de Franco…

En el pasto húmedo, esmeraldino, relinchan los caballos. El baqueano, de ojos claros pero rasgados como los de los indios, se identifica como «El hijo del Puma» y nos anuncia horas de cabalgada sin más tregua que para calmar la sed en los riachuelos.

Y con él vamos ascendiendo por un mundo vegetal y denso, difícil de encajar en los esquemas mentales de un europeo: el bosque, verde, ocre y amarillo, recuerda de lejos al equivalente boreal. Pero entre las coníferas, parecidas a las de nuestro hemisferio, crece la caña colihue con la que los indios hacían sus chuzas; y entre las cañas aparecen animales que en mi ignorancia imaginaba solo pampeanos: zorrinos, mofetas negras y con la faja blanca hasta la cola, siempre dispuestas a disparar su líquido hediondo.

La belleza del Futa Laufquen es fría y brava como toda la belleza de esta cordillera sin fin. El viento arruga una superficie añil o color de plomo según el juego del sol con las nubes. Los árboles sin protección, en las quebradas del monte y en los acantilados de la costa son seres deformes, torturados por el viento, que recuerdan a la decapitada Victoria de Samotracia. El bosque, legua a legua, hacia las cumbres se va blanqueando con la nieve que no para de caer. Las nubes, albas y grises, navegan como pueden entre las montañas, soltando aquellos copos menudos que cubren el verde de los árboles y el ocre de las peñas.

Con la altura y la caída de la tarde, el Futa Lufquen se va convirtiendo en mancha plateada. Paramos a contemplarlo en un punto donde el bosque fue sustituido por el sotobosque de cañas. Esqueletos de árboles, renegridos, explican la rareza: el fuego mató las grandes plantas e hizo sitio a las pequeñas.

El Hijo del Puma recuerda el desastre: un incendio que no se conseguía apagar, y un piloto inexperto que, teniendo tanto lago a pie del fuego, no pudo cometer mayor error que el de venir a matarse por aquí, esparciendo queroseno donde debía haber echado el agua de los tanques de su hidro…

Con la amenaza de la noche vamos bajando. Aquí y allá hay rastros de puma, los rastros peores, de hembra con cachorros. El guía no quiere parar pero tampoco se apura, reconociendo lo difícil de la cabalgada, a veces por cuestas pendientes en que los caballos dejaban resbalar los cascos con la pata tiesa.

Conseguimos llegar sin caídas a la orilla del lago. Antes de llegar al punto de partida, todavía paramos frente a una concavidad de roca

en la que los canoeros primitivos dejaron su impronta prehistórica con dibujos geométricos «escaleriformes» como los de la isla mayor del Nahuel Huapí. Curiosamente, son bien parecidos a diferentes ejemplos del arte rupestre europeo.

Una vez más, como ante las puntas de flecha, quien viaja y ve sin más bagaje cultural en esos aspectos que el del bachillerato y las lecturas casuales, piensa que en el desarrollo de las culturas aparecen soluciones exactamente iguales en lugares del Mundo sin posible conexión, lo que demuestra que el discurrir humano es paralelo.

Si en unos puntos de la Bola Azul se producen avances del saber hacer mientras en otros la tecnología no avanza, eso no se debe a cuestiones étnicas; o sea que, contra lo que algunos piensen, básicamente no hay limitaciones raciales al desarrollo:

Los ancestros de los que inventaron el telégrafo y el fusil Remington trazaban dibujos mágicos en las cuevas y labraban armas de sílex como los ancestros de los indígenas que no supieron cómo defenderse de tales inventos.

DEL FUTA LAUFQUEN AL EPUYÉN

La Patagonia andina parece una sucesión de lagos, mayores y menores, de los que parten ríos y mallines de perpetuo pasto para el ganado. Sin embargo, a pesar de esa uniformidad regional, hay un condicionamiento que obliga a mudar los paisajes. Subiendo diez grados, del paralelo 52 –latitud de Río Gallegos– al 42, línea límite entre las provincias de Chubut y Río Negro, el sol toma fuerza y los colores de las plantas se hacen vivos, brillantes. A pesar de la poca presencia humana ya no da tanto miedo viajar.

Viajábamos de Esquel, última villa de Chubut, a El Bolsón, primera de la provincia que dice ser la Suiza argentina. Veníamos del lago Futa Laufquen e íbamos buscando el Epuyén (Más precisamente, un punto del Epuyén sobre el que nos informarían en El Bolsón).

De Esquel a El Bolsón hay ciento setenta y cinco kilómetros de carretera en buenas condiciones, que habríamos hecho con facilidad si no fuera por el empeño de la madre Naturaleza en mostrarse dueña y señora de todo contra la voluntad de los humanos.

En un largo trayecto de vegas cubiertas de pastos ocres y cordales de montañas verdes y blancas, llovería y nevaría continuamente; nubes bajas y quietas, agarradas a la leña y a la piedra de los «cerros» nos imposibilitaban conducir al ritmo que necesitábamos en previsión de dificultades mayores de las calculadas para llegar yo a un lejano eremitorio de la Hoya de Epuyén...

El viaje transcurrió con largos silencios. Cholo dormitaba y José Manuel conducía sin ganas de hablar. Yo también callaba, y rememoraba lo vivido en la anterior jornada de El Bolsón acusándome calladamente de haber metido a mis compañeros en una aventura que los había dejado maltrechos.

Habían sido muchas horas de cabalgar. El Hijo del Puma montaba en pelo con una sobrecalza de cuero y la capacidad simbiótica de los indios, incansables a lomos de sus bestias. Yo tengo una práctica continua de cabalgar, y hasta llegué a domar caballos. Pero Cholo y José Manuel habían pagado cara tanta excursión por el Futa Laufquen con su falta de costumbre: a fin de cuentas, son gente de escritorio en un oasis tecnificado, gente de ciudad sin el empeño que otros tenemos de andar a lomo de cuadrúpedo saltón...

Los últimos kilómetros antes de El Bolsón marcan el umbral de una «civilización diferente». Construcciones alpinas –aquí «andinas», como se sabe– de madera barnizada y anuncios de productos elaborados con los frutos naturales nos llevan a un desfasado refugio de hippies preecologistas. En cualquier lugar un letrero reza «El Bolsón a favor de la vida. Zona no nuclear» y el visitante, ya avisado, entra en un pueblo de calles perpendiculares asentado en la vega plana del río Quemquemtreu. Estamos en Ñorquinco, en tierras que históricamente habían sido de indios araucanos, como denuncia la toponimia.

El ambiente de El Bolsón recuerda vagamente al de ciertas villas norteamericanas del oeste, también refugio de hippies teóricos de la autosuficiencia. El vestir con desprecio de la moda, la mezcla de facciones europeas con las de gente aindiada, las bicicletas y la parsimonia, pueden confundir. Pero la rotura y la dejadez de las cosas públicas, y el mal estado de los vehículos, nos devuelven a la realidad de una Argentina que no tiene ni para mantener con dignidad el centro, la capital-aduana, el pretencioso París del Plata...

En la oficina de turismo nos dan la indicación de la persona que tiene el contacto con Mariano, el eremita de Epuyén que quiero visitar. Este eremita de tiempos nuevos mantiene una «relación sentimental» con una joven bien conocida, hija de un médico pionero en estas soledades. La vamos a buscar a la casa pero no está. Una vecina, artesana del cuero, nos dice que la vio salir con sus caballos. Iba a recoger niños, a los que inicia en las artes de la equitación.

Una infructuosa vuelta por el pueblo en busca de la profesora nos da para reafirmarnos en que el denominador común de la Argentina, del norte al sur, de la ciudad industrial a la villa ecologista, es la descomposición del servicio público. Hartos de calles descarnadas y cables tendidos al Dios dará, volvemos a la espera de la mujer que nos puede indicar cómo se llega al eremitorio de Epuyén.

No aparece. Pero pronto surge en la escena un personaje que servirá de enlace con la realidad chocante que nos espera. Se trata de un mozote alto, de tez roja y pómulo saliente, ojos rasgados y profundos, y pelo corvino que indica, sin duda, sangre de indígena.

Nos dice que acaba de llegar de Bariloche, donde vive de la industria de organizar excursiones a caballo por la cordillera; y que venía a avisar a la joven en cuestión de que emprendía viaje al eremitorio de Mariano, por si quisiera algo para él...

Celebramos la casualidad; para evitar desconfianzas, le explico mi relación –a través de conocidos comunes– con el eremita, y seguimos juntos en nuestro coche hacia Epuyén, a donde él intentaba acercarse «a dedo» según el recurso común de los «mochileros» de estos pagos.

Vadeando corrientes, resbalando en el barro, navegando por el pedregullo mojado, penetramos en la Hoya, mundo aparte.

La tortura del camino nos lleva a una increíble Hosterie du Lac, de colores llamativos, rojos, sobre un verdor brilloso de hierba al lado del Epuyén airado, encrespado, azotado por el viento.

Entramos. Hay un olor que me trae recuerdos infantiles: es pesadote e inconfundible, el de las compotas. El guía pronuncia un nombre francés de mujer y se nos presenta la dueña del establecimiento.

Debió de ser una moza linda, rubia clara, pero los años, los soles y las nieves ya le marcaron demasiadas arrugas. Tal vez pensando en que fuésemos clientes, hace tertulia. Cuenta que era instructora en una estación de esquí en los Alpes, que dejó todo y se vino aquí, a disfrutar de estas libertades –y de sus miserias, porque, por ejemplo, a la puerta tiene un coche parado, un vulgar Golf de la Volkswagen. Le falta una piececita al motor y no hay quien la encuentre.

La conversación se enfría cuando conoce mi empeño de seguir hacia el eremitorio. Si nos había hablado de sus caballos, ahora para de hablar de ellos. Llega a decir que, de los dos que tiene, una yegua anda manca y el otro precisa reponerse en el potrero de lo

mucho que trabajó.

Como insistimos en seguir, nos da indicaciones sobre el camino, con mucha advertencia de las crueldades del tiempo, que viene «fulero». Teatrera, dice preocuparse por mi impedimenta: voy incómodo y desprotegido para marchar por el bosque. Me ofrece un traje de aguas y una mochila –si le dejo en prenda mi bolsón de cuero paraguayo, al que, cierta de su origen, lanza azuladas miradas de codicia.

En un esfuerzo de voluntad, me despido bruscamente de los compañeros gallegos. No se quedan tranquilos al dejarme solo, pero yo sé que por acompañarme ya les están robando horas a sus dedicaciones.

Les pido que se marchen. En un abrazo largo, Cholo me transmite la duda de si nos volveremos a ver. Quiere dar vuelta por El Bolsón para comunicar a la policía mis coordenadas.

Hago por tranquilizarlo, conversando con él en un idioma que quizá nunca habían oído las soledades de la Hoya de Epuyén.

Me despido luego de José Manuel y, sin querer mirar para atrás, emprendo camino con mi acompañante por un bosque denso. Algo me dice –a mí, gran incrédulo de las cosas del espíritu– que en tan agreste lugar llevo buen guía y soy esperado.

Con todo, el gusano racionalista de la conciencia me advierte de que mejor iría armado. Un revólver poco ocupa en el sobaco: debería haber tomado ejemplo de aquella gringa espía en tierras de San Julián…

EN EL EREMITORIO

La francesa nos dijo que para llegar al eremitorio de Mariano teníamos que seguir la costa del lago durante un mínimo de dos horas; y que, a partir de entonces, comenzáramos a buscar entre el bosque las señales de aquella vida religiosa: humo de vivienda y una cruz.

Con tan poca guía, nos metimos a andar entre cipreses de rico olor. Ya habíamos visto los cipreses en la zona del Futa Laufquen, pero yo nunca había imaginado que tales árboles –de jardín en Europa– llegaran a formar una selva extensa.

El viento y el aguanieve nos hacían buscar el reparo de los árboles y nos perdíamos con frecuencia. Aparte, la costa batida por las olas tenía una playa estrecha de pedregullo, de muy mal caminar, que de tramo en tramo se cortaba en un acantilado peligroso. Eso era lo que nos mantenía trepando por el monte con la carga de las mochilas.

Como nos perdíamos el uno del otro, y por si necesitaba socorro de él, le pregunté el nombre a mi acompañante silencioso. Dijo ser Roberto, sin dar apellido; pero cuando hicimos la primera parada para descansar y orientarnos, me contó que era hijo de una india mapuche y de un inmigrante italiano. Y yo le pagué aquella confidencia con las curiosidades que mis suegros me habían adelantado sobre el personaje que veníamos a visitar.

Estábamos recostados en las mochilas sobre un escalón ciclópeo de granito que superaba los cipreses más altos de la línea de la costa. El sol se abrió camino momentáneamente a través de las nubes y del polvo de nieve. Enfrente de nosotros, el Cerro Coihue refulgió blanco y negro, de hielo y picos de roca afilada, el lago se iluminó y pudimos distinguir la península que en él penetra intentando dividirlo. A partir de ella (Recordó Roberto las instrucciones de Mariano) podríamos ver las señales que nos había recomendado buscar la dueña de la Hosterie du Lac.

Y así fue. Bajamos a la costa, atravesamos la planicie que de pronto se interpone en el camino y, todavía bien lejos, pudimos distinguir el símbolo de Cristo, blanco, entre el verde de los árboles y bajo la corona asustadora del roquedo negro.

Atravesada la península, se podía comprender el fenómeno geológico a que debe su existencia: del Cordón de Cholila, de aquellas montañas altas y ríspidas que encierran por el sur la cuenca de Epuyén baja un torrente poderoso que va arrastrando tierra, pedregullo y grandes cantos redondeados en su rodar desde las alturas. Estos arrastres forman como una lengua bífida que avanza sobre el lago. En cada rama crece la vegetación, que solo se interrumpe al medio, como asustada al contemplar el fragor del torrente...

Una lancha en la playa y el humo que se veía surgir de entre la arboleda nos dieron a entender que el eremita se encontraba en su lugar. Vencimos la cuesta dura por caminos bien trabajados, escalonados con ayuda de tronquitos de ciprés, y fuimos a dar a un claro del bosque plantado de hortalizas, donde nos saludó un perro guardián y ladrador de la raza de los que arrastran trineos.

Unas construcciones de piedra y madera, reducidas pero bien cuidadas, indicaban que habíamos llegado. Tiramos las mochilas y nos paramos a mirar. La vista de tan grandes selvas al otro lado del lago, y de los riscos nevados entre nubes, la imposibilidad de alcanzar con la vista cualquier detalle de humana presencia, parecían justificar, más que sobradamente, la elección del lugar para los píos menesteres a que había sido dedicado.

Y de repente, surgido de algún sitio, se nos presentó un tipo de facciones europeas, duras, como labradas a cincel grosero, la barba rubia y una sonrisa bondadosa. Se cubría la cabeza con un pasamontañas recogido y el torso y los brazos con un grueso elástico de lana; llevaba dos pares de pantalones, botas militares, y

un machete largo a la faja.

Apenas se paró a saludar a Roberto y vino hacia mí diciendo:

–Vos sos el gallego. Llevo toda la tarde pensando en que ibas a llegar.

Me quedé atónito, incapaz de balbucear algo más que la mínima respuesta afirmativa pues él apenas tenía referencias de mí… Un té nos abrió las puertas de la conversación. Nos secamos y nos calentamos el cuerpo al amor de una cocina de hierro en la torre del eremitorio. Mariano pertenece a una asociación religiosa que se llama Hermanitos de Cristo Total y define a sus miembros como «amigos de los ricos y esclavos de los pobres». Tienen varias casas de religión y mantienen esta esquina perdida en las selvas patagónicas para el rezo y el silencio.

En una breve vuelta, en lucha contra el viento traidor de la tarde, me mostró las tiendas de campaña de los eremitas que aquí pasan las épocas menos duras del año, y me contó que por la idea eremítica dejó a su familia allá en las comodidades de Buenos Aires. Su misión es guardar este oratorio y engrandecerlo con nuevas construcciones.

Mariano desciende de Hernandarias de Saavedra y conserva un tratado de la genealogía familiar en que se cuenta como el primer Saavedra de la estirpe, celebrando bodas, desapareció en el mar con su caballo para reaparecer en la barca que traía a Iria Flavia el cuerpo del Apóstol. Sabe que procede de la nobleza gallega, del señorío de Saavedra en Lugo, y cree que la Argentina es una nación producto del recaste y el mestizaje, tierra donde el español es el primero, el señor natural de vastidades que tan poco indio habitaba cuando los cristianos fueron llegando.

Le hice saber que la leyenda de la barca apostólica no es exclusiva de sus ancestros, lo cual no le resta galleguidad. Y me prometió buscar por los desvanes de la casa vieja de su familia el libro famoso que un Saavedra de hace tres siglos hizo escribir para esclarecimiento de su linaje.

Mientras preparábamos los sacos de dormir en la cabaña que sirve de refectorio, Mariano me confesó la segunda razón de andar perdido en esta original selva de cipreses del lago de Epuyén:

La Argentina está en crisis moral y necesita una regeneración. Él, ex-oficial de la noble arma de caballería del ejército argentino, se encuentra retirado «como don Pelayo en Covadonga», a la espera del momento de iniciar la reconquista del país dominado por la

pudrición de los tanos y los turcos...

Mariano subsiste con una despensa de frutas, legumbres y cereales secos. Parca fue, pues, la cena, acompañada de té, y larguísima la sobremesa, con más té y miedo de salir a fuera de la cocina, al viento y al frío.

Hablamos de lo imaginable y de lo inimaginable. Mariano confirmó mi hipótesis de que ya desde los tiempos de la conquista española fue repetido el intento de unir por tierra el Pacífico con el Atlántico en las latitudes patagónicas. Me dijo que en una exploración por el lago Puelo, que se adentra en Chile y vierte aguas en la ría de Reloncaví, había encontrado una marca de piedra con la cruz de doble brazo de los conquistadores. Y Roberto vendría a confirmar con palabras avaras otra de mis sospechas: Su madre, hablante natural de la lengua araucana, se la había negado a los hijos. Como las mujeres gallegas, las mapuches –convencidas de la inutilidad de luchar contra la lengua superior– no transmiten a sus hijos el código mental en que se sustenta la supervivencia de los pueblos...

En el refectorio de madera, dormitorio de invitados para esa noche, zumbaba el viento con desespero. Mariano me advirtió de que no saliera a «hacer aguas» porque rondaba el puma, que noches atrás le había dejado los colmillos marcados en una pastilla de jabón. El té, que había sido de más y tiene tan buenos efectos diuréticos, no me dejaba conciliar el sueño y me iba cargando la vejiga. Me preocupaba la cara recelosa con que se había despedido Cholo de mí, me preocupaba cómo salir de aquel hoyo profundo de Epuyén, me preocupaba la aglosia en que se pierden los pueblos dispuestos a morir... Y el viento zumbaba y hacía reventar las olas con furia en el pedregullo de la playa.

Hacía tanto frío que me dolían los ojos, lo único que había expuesto a la casi intemperie de la cabaña. Aun así, vestido, con el pasamontañas puesto y metido en un saco de dormir, algo debí de perder la conciencia.

Para despertarme con la aurora, desde un sueño en que me imaginaba liberando los humores contenidos en la mala noche.

DE EPUYÉN A BARILOCHE

Despierto por la necesidad fisiológica, me levanté, busqué un machete que al acostarme había visto arrimado a la pared, y, protegido contra las posibles insidias del puma husmeante, salí de la cabaña.

Mas de poco me habría servido el arma porque me quedé absorto ante el espectáculo sin par de las cumbres tocadas de rosa por el sol primero, y de los cóndores suspendidos en el cielo, quietos, negros contra el blanco de los hielos perpetuos...

Enseguida se levantaron los compañeros, sabedores de que no me sobraba el tiempo para tomar el autobús de Bariloche. El agua dolorosamente fría del eremitorio nos despejó la cabeza, y el mate caliente nos confortó las vísceras.

Así dispuestos, bajamos a la playa, yo vestido con el traje de aguas que me había prestado la francesa de la *hosterie*. Con mucho esfuerzo, Mariano y yo nos metimos en una lancha que Roberto empujó contra las olas. Libres de la amarra, y mientras el motor no quiso prender, hice unos cálculos feos: aquel chinchorro a penas tendría tres metros de eslora y con él habíamos de valernos entre rizos de agua que bien podían tener dos metros entre cresta y valle.

Mariano me dio instrucciones de cómo sentarme para ayudarlo a navegar con viento de popa, hocicando continuamente. Y así cruzamos el lago, él timoneando, yo agarrado a la cadena del

muerto, los dos siguiendo el balanceo para que la hélice del fuera-borda no se quedara al aire.

Según avanzábamos, fui escondiendo mi miedo, guardándolo para mejor ocasión, cuando hubiera tiempo para lo que no fuese calcular bien el movimiento del cuerpo y evitar hundirse y ahogarse con el peso de tanta ropa.

El traje de plástico de la francesa me valió porque llegamos al final del lago achicando agua de las olas. Varamos a pie de la hospedería y allí encontramos a la dueña haciendo mermelada de frambuesas.

Se sorprendió con nuestra llegada, y le costó devolverme el bolso de cuero que había codiciado. Hasta me aseguró en tono de falsa broma que ya tenía comprador para lo que yo le había dejado en garantía por la ropa y la mochila. No nos ofreció té ni café (supuse que los hippies no toman café con leche al desayuno) y seguimos camino por el frío áspero de Epuyén.

Había que encontrar quien me acercara a El Bolsón, si no quería caminar hasta la carretera y allí «darle al dedo».

Buscamos. Había una como tienda que vendía de todo y no tenía de nada.

La tendera indicó una casa de madera muy cuidada. Allí, un chileno en paro ajustó llevarme a El Bolsón en su Citröen Dos Caballos por cualquier precio ridículo.

Me despedí de Mariano con un abrazo fuerte, recordando el que el pasado día me había dado Cholo, con un deseo de que aquel amigo me pudiese ver abrazado a otro amigo. Mi atrevimiento había sido recompensado: eremita y eremitorio habían valido bien los riesgos de la aventura. Nunca olvidaría lo sentido en Epuyén.

Mi taxista ocasional me contó que su padre era español, y que él había venido a trabajar de ingeniero de montes, especialista en lucha contra los incendios. Había montado una empresa con socios argentinos, pero habían quebrado por no saber a quién dar la coima. En la Argentina siempre hay que darla, y no equivocarse. En Chile hay que saber «ser compadre»: favor por favor, con el compadreo llega...

El viaje en colectivo desde El Bolsón a San Carlos de Bariloche dura tres horas y media: ciento veinte kilómetros de camino sin asfaltar casi hasta el final, reventado de venas de agua, embarrado y peligroso, entre paisajes de montaña y nieve, absorbentes a pesar de la poca luz de un día lluvioso. Los topónimos –en el mapa, pues no se dejan ver los letreros– traen referencias de batallas, de caciques

famosos, de militares laureados. Pasamos territorios que Musters marca como propios de «warrior indians»...

Entre los compañeros de viaje destacan una matrona chilena muy fumadora, que echa pestes contra la Argentina en su conversación con cierto hippie trasnochado de habla nórdica; y una joven de dientes roídos por cualquier carencia, rostro de china curtido por el frío, que amamanta a un chiquillo y aguanta a otro, los justos meses mayor que el pequeño y al que deja comer porquerías cogidas de los ceniceros de los asientos con tal de que no la fastidie demasiado. De la familia sale un hedor de orines y sudores que obliga a mudarse de asiento.

La entrada al Parque Nacional se hace por el lago Mascardi, plateado y quieto en la solemnidad verdinegra del bosque. El perito Moreno lo llamó así en memoria de un misionero que a fines del siglo diecisiete intentó despaganizar a los adoradores del Tronador. Este lago, que tiene forma de estómago y agua que cambia de color, se continúa por un río ancho –el Manso Superior– hasta los hielos que se escurren por la base de la divina montaña.

Después la carretera pasa al lado de un lago menor y hermoso, el Gutiérrez, y allá se ve el Cerro Catedral, con su capricho de torres al estilo del que Gaudí soñaba.

Y, por fin, se va entrando en San Carlos, con el gran lago al fondo. De los asombros de la Creación que ya habían relatado frailes y exploradores de las tierras vírgenes, se pasa hoy al asombro de la villa miseria donde todo material vale para hacer paredes y techos. Allí se apea la moza desdentada con sus niños. Los vemos en medio de la calle descalza, esperando que siga el autobús. Arranca el autobús en una nube de polvo y el chico mayor se tira al suelo, presa de una rabieta por sepa Dios qué necesidad.

En San Carlos luce el sol a ratos. Corre un viento frío y brilla azul oscuro el Nahuel Huapí, mar interior, vasto, poderoso. Los turistas, que nunca faltan, andan mirando recuerdos en las tiendas. Hay mucho brasileño. Los escaparates ofrecen lo más selecto de la artesanía de un país de grandes diferencias, tantas como pueda haber de Misiones a Santa Cruz, de las cataratas del Iguazú al Glaciar Upsala.

A la espera del avión de Buenos Aires, el reloj me confirma en la posibilidad de visitar el Museo de la Patagonia, y me pierdo por ese precioso resumen de lo que fui aprendiendo de andar por estas tierras: fósiles, restos de pobladores antiguos, artefactos y ropas de

indios y cristianos enredados en una guerra de siglos…

Francisco Pascacio (sic) Moreno se llamaba el perito, que fue autodidacta y acabó siendo doctor por orden presidencial. Él donó las primeras tierras para hacer el parque en el lago al que había conseguido acceder antes que nadie. Moreno fue un explorador curioso, un enviado oficioso del gobierno ante las tribus resistentes. Un nacionalista convencido.

Al final de su vida, en Buenos Aires, se quejaba de que le faltaban las fuerzas para hacer comprender «en esta Capital tan extranjera para los nativos» cuanto faltaba para «la mayor grandeza y defensa del país». Al perito Moreno, a quien se deben tan grandes empeños de argentinizar los desiertos del sur, no le llega ni la gloria de que un glaciar portentoso lleve su nombre. Viendo en Bariloche su museo, sus cosas personales, pienso –gratuitamente, pues gratuito es el pensamiento del extranjero en materias nacionales– que Argentina no asumió la doctrina de los hombres «del ochenta»(1880) como Moreno.

O que el error de esos patriotas y teóricos de la grandeza austral fue su excesiva confianza en que serían entendidos por las generaciones siguientes…

Quinto viaje, noviembre del 91



Lápida de la tumba de Antonio Soto, anarquista coherente hasta el fin de sus días en Punta Arenas, tan lejos de su Galicia originaria.

DE BUENOS AIRES A COMODORO

En Buenos Aires reinaba la primavera. Fui a ver a Charlie, que me recibió en la sala de juntas de la empresa de británico nombre que dirige. Hablamos de la Patagonia. En una pared de la sala hay un mapa de principios de siglo XX en el que se muestran las dificultades del «Territorio de Santa Cruz», con zonas sin dibujo ni explicación. Precisamente esas zonas –los lagos andinos– son las que quiero visitar. Ahora ya están exploradas y hasta tienen dueño pero siguen siendo casi tan inaccesibles como eran cuando el mapa se editó.

Le cuento mi preocupación: No me aseguran vuelo hacia el sur. Las cenizas del volcán Hudson, que invaden buena parte de Chubut y Santa Cruz, dificultan el aterrizaje de los aviones en pista por falta de visibilidad; y, más aun, las compañías aéreas no se quieren arriesgar con los daños que esas cenizas pesadas, abrasivas, puedan causar en las turbinas de los reactores.

Miramos un mapa moderno. El Cerro Hudson es una cumbre de los Andes chilenos de dos mil seiscientos metros de altura, situado sobre el paralelo 46, en la latitud de Comodoro Rivadavia, a cien kilómetros del límite internacional y cuatrocientos de la ciudad petrolera. Por los periódicos sé que hay mortandad en el ganado y que la gente está agobiada. El doctor Quintela Novoa del Centro Gallego pronostica consecuencias graves para la salud de los escasos

habitantes de la Patagonia. La silicosis es una amenaza cierta para ellos.

Charlie no me tranquiliza: la situación es muy peligrosa. Se dice que por culpa de esa erupción ya murió un millón de ovejas; por decir algo, claro, porque quién sabe cuántas murieron… Los ganaderos andan desesperados y las condiciones se pueden mantener durante años, hasta que el viento acabe de verter en el mar la capa grisácea que todo va matando.

Solo me sugiere que intente volar directamente a Río Gallegos en vez de a Comodoro Rivadavia. Río Gallegos queda muy al sur del volcán y los vientos dominantes del Pacífico son oestes, por lo que las cenizas difícilmente han de llegar allá abajo.

Pero volar a Río Gallegos de principio me descompone el viaje. Tengo antes que pasar por Comodoro, sin excusas. Le agradezco la sugerencia a Charlie y tomo el camino de la terminal de autobuses en Retiro. Ese trozo de Buenos Aires próximo al río brama, en un furor de gente y vehículos, bajo el sol que parece decidido a anunciar sus poderes. Con la cercanía a las estaciones –primero la de ferrocarril y después la de autobuses– aumenta la pobreza de los viandantes y se va descubriendo el mestizaje avergonzado de este país que quisiera no tener indios.

Paisanos de tez oscura, cabello denso y ojos rasgados se arriman a los mostradores de las muchas empresas de transporte por carretera que vinieron a heredar glorias de caravanas y diligencias. La Argentina es una inmensidad varia, un mosaico de gentes que la oficialidad porteña no consiguió en siglos reducir a masa anodina y regular…

En el mostrador de la Costera Criolla me entero de que de Buenos Aires a Comodoro –mil ochocientos kilómetros– hay un día de autobús. Un día, sí, veinticuatro horas.

Aun más preocupado con el dato, me dirijo a la calle Lavalle, por la que el calor aprieta cuando el viento no da. Voy a Aries, la productora de cine. Quiero hablar con Héctor Olivera. Compartimos pasión patagónica, y conocimientos de personajes que vivieron la rebelión de Santa Cruz. Aries produjo y Olivera dirigió el film que en España daría noticia del drama protagonizado por «el gallego Soto». Le quiero contar a Olivera lo que fui descubriendo de Antonio Soto Canalejo y no recogen ni la película ni los libros que sobre aquella gesta sindical se escribieron. Intento anunciarle que el fin de mi nuevo itinerario patagónico es Punta Arenas, donde me

propongo contactar con la hija del revolucionario...

Dos días después, cuando ya estaba resignado a la tortura de una jornada en autobús, me confirman que puedo volar. Con la emoción de un viaje deseado y retrasado por imponderables, preparo documentos, ropa y cámara de fotos; y salgo en disparada hacia el Aeroparque.

Consigo embarcar. Volamos. A vista de pájaro voy repasando la lección de geografía: poco a poco los verdores de la pampa ceden a las dudas pardas de la Patagonia que se anuncia con un miedo de cuencas secas, de salares y ríos que parten de la Cordillera y consiguen llegar al Atlántico...

Mis vecinos de asiento son un matrimonio residente en Comodoro Rivadavia que habla con unos vecinos a través del corredor. Por ellos sé que vienen de pasar «una temporadita en la civilización», y que en la Patagonia no queda ninguna sala de cine abierta. La poca población, la crisis económica y la baratura de los servicios de vídeo doméstico dieron cabo del ritual de las grandes pantallas, la oscuridad y el silencio colectivo.

El avión va a parar en Trelew, donde se tomará la decisión de seguir volando o que nos transfieran a un autobús para hacer los trescientos kilómetros siguientes hasta la capital del petróleo. Todo depende de los vientos y la ceniza.

Pasamos el capricho barroco de la Península Valdés, con sus golfos cerrados, criaderos de enormes seres marinos. En el «mundo anterior» de los tehuelches, la Tierra –la Patagonia– no era seca sino rica en aguas por las que andaban todo tipo de animales, entre ellos Góos, la ballena que hechizaba y devoraba a otros seres, incluso indios a caballo. Hasta que el divino Elal, enfadado, la mató y la echó al mar. Desde entonces, las ballenas viven en el Gran Agua Salada y vienen a peregrinar al Golfo Nuevo de Valdés, para mirar la Tierra en la que habían habitado. Góos no anda entre las peregrinas. La ballena vencida por el padre de los tehuelches es la encargada de transportar las almas por el Mar de la Muerte a las tierras firmes y fértiles del Más Allá...

Descendemos sobre la vega del río Chubut, que los galeses cultivaron. Se ven láminas brillantes, del río que serpentea y de los canales rectos, el verdor pálido de las alamedas que defienden del viento a los huertos, las cuadrículas oscuras de las chacras irrigadas en medio del campo enjuto. Puerto Madryn, en el istmo de la Península, Rawson en la boca del Chubut, Trelew río arriba y

Trevelin, metiéndose en la Cordillera desierto a través, hablan de la gran aventura de las gentes que habían decidido montar una «república de hombres libres» huyendo de su patria oprimida.

Los galeses fueron a colonizar la Patagonia cuando el parlamento de Londres decidió prohibir en Gales la enseñanza de la lengua del país. Y acabaron acomodados en esta provincia argentina, ocupando los cargos administrativos, dejando para nuevos colonos las penalidades de la tierra áspera donde fueron a dar. Quedan los nombres de los lugares. Y los apellidos traídos del verde país del Dragón Rojo. Nada quedó del habla por la que lucharon. Y Gales, que ni siquiera es «comunidad autónoma» como Galicia, no tiene medios de comunicarse con aquellos hijos trasatlánticos y acriollados…

Podemos continuar volando. Brevemente, atravesamos el resto de la estepa. Cuando el avión se posa y para delante de la terminal de Comodoro, se siente una rara sensación. La máquina voladora parece no estar quieta y, sin embargo, nos mandan desembarcar. Pero que lo hagamos por la puerta de cola y con mucho cuidado: el viento es tan fuerte que no permitió abrir la puerta inmediata a la cabina de pilotaje.

Los pasajeros desembarcan lastrados por los bultos, gracias a lo cual se afirman en la pista, regada para evitar que la ceniza se levante del suelo, ciegue a la gente y entre en las turbinas de los aviones.

Me recibe Cholo, coruñés acostumbrado a vientos de aquella península del faro de Hércules, nacido y criado en una calle desde la que se ven los barcos que cabecean buscando refugio en la dársena salvadora.

Hablando de nuestras cosas comunes, avanzamos hacia la ciudad por unos aledaños inusitadamente verdes: este pasado invierno nevó mucho en Comodoro, y por lo visto las cenizas del volcán son un fertilizante. Los expertos agrónomos aseguran que, después del desastre inicial para el ganado, vendrán tiempos de riqueza, cuando la ceniza se acabe de integrar al suelo añadiéndole las sustancias que salieron de la entraña de la Tierra. Puede que pasen muchos años. Los millones de toneladas que escupió el Hudson se posan y se levantan de nuevo sobre un área del tamaño de la Península Ibérica. Si lloviera, la ceniza se mantendría en el suelo. Pero aquí no llueve. La Cordillera no deja entrar los vientos húmedos del Pacífico. Hay que esperar a que las nevadas de los inviernos sucesivos vayan

haciendo su labor de integración.

No obstante los daños son gravísimos. Cholo me lleva a una exposición de caballos de la Sociedad Rural, en la que, en paralelo, se muestran productos regionales. Al lado de un stand de conservas del rico marisco patagónico hay otro con fotos de los efectos de la erupción del volcán Hudson: zonas de estancias cubiertas de una capa de cenizas que supera en altura las cercas, pilas de cadáveres de las ovejas ahogadas por la ceniza o muertas de sed porque las aguadas desaparecieron, ensopadas por la polvareda. Y en medio de las fotos, frascos con muestras de la ceniza, y con muestras de la lana de las ovejas muertas: vellones que pesan increíblemente, que al ser sacudidos sueltan una maldición sutil de polvo capaz de partirle el espinazo con su paso a las criaturas dóciles que dan vida y fama a estas provincias.

En la exposición se ven claras las diferencias entre el caballo pampeano y el patagónico. El pampeano es bajo, atonelado, de capa lisa y brillosa, cuello corto y faz acarnerada. El patagónico es alto, estrecho, de capa peluda y pinta, con un conjunto cuello-cabeza que sugiere un martillo.

De nuevo la adaptación al medio marcó la diferencia. Pena que Darwin no llegara a ver lo que estoy viendo. Pero cada hombre tiene su tiempo y su mundo.

Cada hombre tiene su tiempo, sí. Cholo me anuncia que don Asencio Abeijón pasó a mejor vida. Se nos fue el cronista de la Patagonia, el escritor sencillo, sin pretensiones estilísticas, el escribidor honrado que nos dejó con sus retratos la recordación de aquel mundo bravo donde lo hizo existir su padre gallego.

Don Asencio estaba cansado de vivir. Gloria haya. Conservaré sus libros dedicados con la devoción de quien solo cree en el realismo como forma de trascender a las modas y a los tiempos cuando la vocación literaria hace de la vida propia algo que se va escribiendo.

DÍAS EN COMODORO

El petróleo –dicen– es un prodigio de la naturaleza, y la gasolina el mayor invento de nuestra civilización; porque la energía contenida en un litro de esa esencia equivale a cantidades grandes de los combustibles históricos...

Eran los tiempos de los primeros recuerdos de don Asencio. Nacía el siglo XX y el futuro Comodoro Rivadavia subsistía como embarcadero de lana sin otro porvenir. Luego, agujereando en busca de agua, brotó un chorro negro y prodigioso.

Desde el comienzo de siglo hasta ahora, el oro negro creó un oasis tecnológico en un desierto pastoril. Comodoro cuenta con una universidad en que se enseñan ciencias aplicadas al mundo de la energía, de la industria y de las telecomunicaciones. Sus representantes me pidieron que les hablara de telepuertos y caí en un coloquio inacabable con los alumnos de los últimos cursos de ingeniería electrónica. Llegamos a conclusiones que, por falta de originalidad, demuestran su acierto: la Patagonia es un espacio demasiado grande y despoblado. Las telecomunicaciones son el único medio de romper el aislamiento. Los medios tradicionales suponen una carga económica injustificable. Solo se puede pensar en comunicaciones vía satélite. El día en que a lo largo de las carreteras solitarias haya puestos de comunicación satelital, cuando en cada estancia haya un medio de acceso al resto del mundo por la

misma vía, ese día a Patagonia dejará de dar miedo. Se parecerá a Australia…

Quien abandonó la universidad del Chubut, y el mundo, fue Griselda Pérez. Decidió hacerlo de una manera pasmosa, con pólvora y plomo. Sus padres la lloran en la desesperación; a los amigos se nos hace un nudo en la garganta. Y allá quedan sus estudios a cerca de la emigración de los gallegos a este punto de un Globo que todo anduvieron.

No asistió en persona a la presentación de nuestro *Latitud Austral* en el centro gallego. Pero en espíritu no andaría lejos: los viejos dueños de estos pagos dicen que las almas siguen entre los suyos por lo menos un año, antes de irse al mundo de la paz y la buena caza.

Presentando los relatos que tanto les deben a ellos, mencioné a Griselda y a don Asencio. Espero que me escucharan…

El Centro Gallego tiene una profesora que vino a enseñar la lengua que no importaba olvidar. El habla patrimonial de los gallegos vale para dividirlos en Galicia y en la emigración: por todas partes los hay renegados de ella, fieles a ella en todo trance, acomodados a la circunstancia, teóricos, prácticos, entusiastas, cínicos. El caso es que ahora el gallego cuenta con protección oficial y que los perjuicios contra él van cayendo. Tiene caracteres de lengua culta, se introduce en parcelas del poder e interesa. Se enseña en Galicia y en la emigración. Con cincuenta años de retraso.

Después de la presentación, la profesora, Nieves, se nos une a una cena en casa de Moncho Aguiño. Con envidia escucha mi plan de viaje: atravesar las mesetas desde Comodoro a Perito Moreno para visitar el Lago Buenos Aires; y, desde allí, ir bajando por la carretera del interior hasta el Lago Argentino, visitando y viendo lo que se pueda. Desde Calafate, en la orilla del Argentino, seguiría por el Río Turbio a Chile, a Punta Arenas en el Estrecho. De vuelta, pasaría a ver a los amigos de Río Gallegos.

Ramón Aguiño, ingeniero de una empresa de petróleos, me advierte de los peligros de la carretera: la falta de pavimento, la longitud de los tramos sin socorro de ningún tipo; y ahora, por añadidura, las cenizas del volcán. En cualquier caso, no debo olvidar repuestos abundantes, gasolina de sobra, ropas para aguantar las peores inclemencias; y, por culpa de la ceniza, mascarillas y filtros de aire. Los espectáculos naturales que me esperan son inolvidables. Pero puedo tener «algún disgusto».

En la despedida a la orilla del mar, negro, sin luna, canta el viento, padre de la música de los indios; y recuerdo la frase de Abeijón: «En la Patagonia se puede perder todo menos los nervios».

Él sabía bien de eso. En sus relatos espantosos divide los personajes en supervivientes y difuntos. Los difuntos son víctimas de algún pequeño error, de alguna precipitación que el sol o la nieve convierten en fatales…

A la mañana siguiente Nieves me acompaña a ver al doctor Suárez Samper. Roberto Suárez es otro curioso, un enamorado de la tierra brava donde nació. Acababa de estar viendo los desastres del Hudson en una estancia de su propiedad y trae fotos. La ceniza sutil entró dentro de las casas, el mobiliario aparece cubierto de una capa que hace imposible la vida de puertas adentro. Cuando se levanta la polvareda no se ve a dos pasos. La gente que supervive en las estancias tira cuerdas entre edificios para guiarse por ellas. El ganado murió y sigue muriendo. La esquila de la lana se impone para salvar la hacienda pero la lana, tan cargada de ceniza, no rinde. Es más el coste del lavado que el valor del producto.

El doctor Suárez lleva años siguiendo la historia de la revolución del 21. Como médico trató a algunos de los actores de la tragedia. Varios de los fusiladores requirieron sus cuidados. Y recogió las declaraciones de una mujer excepcional que, siendo jovencita, tuvo la sangre fría de recomponer el equipamiento telegráfico roto por los revolucionarios y comunicar al teniente coronel Varela donde se encontraba el cabecilla José Font, alias «Facón Grande». Era la hermana del jefe de estación ferroviaria de Tehuelches, donde tuvo lugar la batalla final de la revolución.

El teniente coronel Varela tuvo que retirarse de Tehuelches con bajas, y no olvidó la humillación. Por eso hizo fusilar a Facón Grande tan pronto se entregó, a pesar de que Font no había permitido abusos de ninguna clase a sus tropas: ese era otro elemento más del rompecabezas de pasiones y acciones que componían la tragedia.

En el patio de la casa de Suárez hay una cruz blanca y humilde con una inscripción. «A los mártires de la *livertad*. 1921». La salvó de que desapareciera en un mar de cenizas. Marcaba el lugar de un fusilamiento de revolucionarios.

Suárez –que habla de mil quinientos fusilados– me da una de las claves que me faltaban para entender aquella guerra breve y sangrienta:

La represión fue tan masiva porque bajo el aspecto revolucionario, anarquista, se ocultaba una cuestión de soberanía. Los milicos fueron expeditivos. Varela impuso el terror entre «chilotes», gallegos y gringos (como Mola mandó imponerlo entre los no afectos al Movimiento en la «zona nacional» durante la guerra civil española). Lo hizo para que no quedaran dudas sobre quien mandaba en Santa Cruz.

Concluyendo la conversación, Roberto Suárez está de acuerdo en que a Soto no lo habían devuelto los carabineros chilenos como represalia contra los milicos argentinos, por haber fusilado estos a tanto compatriota chilote.

En la despedida me da las señas de la hija de Antonio Soto, Isabel; y las del enterramiento de nuestro héroe en el cementerio de Punta Arenas.

Salimos al viento. Nieves debe comprender la suerte de que la mandaran a enseñar en estas tierras de aventura y no a la Europa vulgar donde tanto gallego va calladamente viviendo. En sus ojos grandes y expresivos hay un toque de pena al pensar en el poco tiempo que trae para disfrutar la Patagonia de sus paisanos...

Cholo Rey es el corresponsal de la Radio Galega en aquellos pagos australes. En la crónica del día define la nueva realidad económica argentina de manera rotunda: «Al día siguiente al del discurso de Ménem sobre la desregulación, la gente se despertó sabiendo que estaba en otro país».

Cierto. Aquí pasa algo. El turco, desde el justicialismo, está deshaciendo cuanto Perón había inventado. Esto no es la Argentina.

Mientras hablamos de política y economía, visitamos los campamentos petroleros, cada uno con el sello de la empresa que lo creó. Aunque diferentes, todos son pequeños mundos chatos, de lata, polvo, pedregullo y oteros secos, arañados de sol y viento. Entre la chapa mayoritaria de las «gamelas» que habitaban los solteros aparece el ladrillo de los chalés y de los clubs, y hasta de templos. Y hay muestras de un lujo insospechado en tales lugares. El tipo de edificación habla de la suerte que en vida tuvieron sus ocupantes; y del progreso que hacían, al pasar de la lata al ladrillo, al jardín, a las puertas de madera con bronce y vidrio.

Paradas en el tiempo están casitas de lata que albergaron los lupanares. De ellas sale el aliento de mil historias negras. Escuchar a Manuel Antonio Rey trae la tentación de quedarse aquí mucho tiempo, tomar notas y redactar, notarialmente, una realidad que

excede en valor literario a las fantasías de la ficción. Una realidad que está llena de sangre y sudores gallegos...

Historias. Comodoro tiene muchas. Una de ellas es la de la madre de Perón, que los peronistas santificaron para consumo popular, cuando doña Juana nada tuvo de santa. Cuentan sus vecinos que, saliendo Juan Dominguito al campo con su padre, se hirió en una caída y retornó a casa, donde encontró a su señora madre luchando gozosamente en campo de sábanas con el encargado de la estancia. Y que, visto el escándalo, el cornudo en tierra de machos puso leguas de por medio, se marchó con sus hijos para la pampa y dejó a la ofensora en los desiertos del sur.

Con todo –aún conociéndose aquí el cuento– doña Juana tiene monumento en una avenida comodorense...

Carlos Alberto Moreno debe de saber muchas historias de Comodoro que la profesión le impide contar. El fiscal Moreno es un conversador de inagotables fuentes, capaz de llenar los deseos del viajero más indagador e impertinente.

En su casa el tiempo vuela saltando de un tema a otro. Por las paredes cuelgan reliquias de valor. Apasionado de las armas, conserva ejemplares de las que sirvieron para completar la epopeya de la conquista de los desiertos. Allí está el siempre mencionado fusil Remington, con los cartuchos integrales que vinieron a representar la revolución de la tecnología de matar, que supusieron ventaja de imposible superación por el enemigo.

Carlos Moreno se sabe español por descendencia, argentino de viejo, patagónico con vocación irrenunciable. Habla de que existe una «cultura del fortín». Los fortines marcaban la línea de la frontera interior durante la guerra secular con el indio y sus habitantes sabían que la vida consistía en resistir, en aguantar, en supervivir a la hostilidad del enemigo y al abandono de la metrópoli. La Patagonia es la última frontera, es la frontera de hoy, lo que se le discute a una Argentina incapaz de poblar estos territorios de cuestionada soberanía. Cada agrupación humana en estas vastidades es un fortín; y sus habitantes, lo quieran o no, soldados.

Hablamos de su *Patagonia punto crítico*, de la problemática del «apéndice» patagónico, pieza de componendas geoestratégicas internacionales. El autor se explaya relatando los preparativos de las colonias alemana y británica en pagos del Chubut durante las guerras mundiales. Estas costas patagónicas están muy lejos del río

de la Plata; y dan una abundancia de combustibles. Curiosamente, en la peripecia vital de quien llegaría a ser el temido almirante Canaris ya aparecen las andanzas patagónicas durante la primera gran guerra.

Canaris tenía el don de la adaptación, de la imitación, se hacía pasar por lo que no era: un alemán del norte. Hablaba español cómo cualquier gringo acriollado y por estas costas anduvo contactando gente, preparando depósitos para el abastecimiento de las flotas en una guerra futura. Futura porque entonces la última acababa de ser perdida en el Atlántico sur por la marina del Kaiser. Canaris venía de hundir su barco en las costas chilenas para evitar que fuera entregado a los británicos.

Moreno me regala un vídeo en que se recoge toda la información argentina a cerca de la guerra de las Malvinas. Y, conociendo mi interés por Antonio Soto y la revolución, me acaba de informar sobre cosas de los alemanes y de estas tierras:

Al acabar la primera guerra mundial, la Alemania quebrada no le podía pagar a la Argentina la comida que le debía. Entonces el presidente Yrigoyen envió a un general a que tratara con los alemanes de las fórmulas de pago.

El general Hindenburg, encargado de atender a su colega argentino, le dijo que de momento Alemania no podría pagar en oro o divisas; pero que podía dar otras cosas. Y le dio una lista de anarquistas alemanes que, tras de una intentona revolucionaria en Berlín, habían escapado para Buenos Aires y, de allí, a los territorios sin policía de Santa Cruz.

Probablemente Varela conocía la lista y fusiló a alguno de los que en ella venían apuntados.

Por eso mismo, quizá, los anarquistas organizados mataron a Varela a la puerta de su casa de Buenos Aires, a donde había vuelto triunfador, con el deber cumplido.

Aquello era la historia de nunca acabar. Y en Ferrol, patria de Soto, no sabíamos nada.

DE LA LUZ A LA CENIZA

Cuando ya había combinado viajar para el Estrecho con camioneta y chófer de una empresa de transportes, se me presenta una alternativa que no deja duda. Se ofrece a acompañarme en la aventura José Manuel Fernández, compañero ameno hasta Epuyén en el anterior viaje.

Bien apertrechados, los fondos del coche protegidos con un planchón, con repuestos, ropas de agua y bidón de nafta extra, nos lanzamos en busca del primer objetivo, el Lago Buenos Aires, el punto más próximo del Hudson en nuestro recorrido.

Enseguida quedaban atrás Comodoro y el mar, y los recuerdos de las conversaciones mantenidas en el nuevo salto a aquel lugar tan querido. En la empresa de televisión por cable que dirige un hijo de gallegos –compostelanos para más detalle– habíamos hecho una mesa redonda sobre el quinto centenario del descubrimiento de América. Se habló del mestizaje y yo me atreví a comentar que en la Península Ibérica todos somos mestizos, recastados, hijos de mil razas. Y que hay paralelismo entre la situación de los amerindios frente a los españoles y la de los habitantes de la Iberia frente a los romanos: también los conquistadores romanos impusieron lengua y cultura a los celtíberos; y mezclaron su sangre con la de las mujeres de las razas vencidas...

Yendo hacia el sur, pasamos por Caleta Olivia, donde manda el

petróleo; y, al girar al oeste, atravesamos Pico Truncado, donde manda el gas. Allí, en una estación de servicio, compramos las mascarillas que se convirtieron en adminículo vulgar de quien circule por estos pagos.

Se suceden los campos con cigüeñas y torres, camiones y máquinas de perforación. Seguimos para Las Heras y Perito Moreno. Andamos por carretera de asfalto en paralelo a la cuenca del Deseado, río que se pierde, seco y absorbido, entre la cordillera y el Atlántico, para volver a surgir. El entorno es una sucesión de mesetas y depresiones cada vez menos pardas según nos aproximamos a la cordillera. En la estepa no se ve alma cristiana. Solo ovejas, cada madre con la cría que acaba de parir; caballos en grupo, estáticos, filosóficos, aguantando el viento que hace difícil la conducción del coche; y choikes, bajitos y con tres dedos en cada pata, diferencia con los ñandús del norte que Darwin descubrió.

En Perito Moreno –villar de poca memoria, donde se come una carne blanca como la de las sierras gallegas– paramos a repostar, reponer fuerzas y buscar información. Nos dicen que se puede llegar bien hasta Los Antiguos, última población argentina, en la orilla sur del lago Buenos Aires; y desde allí mismo a Chile Chico, la primera chilena en la misma orilla, de donde no se puede seguir hacia el oeste –hacia el Pacífico– sencillamente porque no hay carretera.

Ambas poblaciones son las que más sufrieron con las erupciones de cenizas; la gente se está marchando de ellas por miedo a que el monstruo de nuevo se irrite. Pero por el momento está tranquilo, y el camino, asfaltado, no tiene impedimentos.

Aquellos setenta kilómetros de asfalto –últimos para nosotros por mucho tiempo– se hicieron rápidos, en un paisaje de rápida transición del yermo pardo a los verdores de las montañas. No tarda en aparecer a la vista el Buenos Aires, inmensidad de un color azul tierno bajo el sol de la latitud de 46 grados y 30 minutos. Este lago, rodeado de montañas oscuras, es el segundo en tamaño de Sudamérica, después del Titicaca, y solo en su parte argentina ya tiene ochocientos kilómetros cuadrados de extensión. Por la chilena, con nombre que corresponde a otros mitos patrios, va buscando salida en el océano.

Puede entonces servir perfectamente para la hipótesis de mi novela. Lástima grande es que no podamos seguir en coche hasta el mar...

En Los Antiguos atiende visitantes un responsable local de turismo

que a la vez vende material fotográfico. Tiene los ojos rojos y explica que toda la población vive afectada por irritaciones de mucosas a consecuencia de las cenizas. Cuando el volcán comenzó a manifestarse, se sentía como una tronada continua. Después vinieron las lluvias de ceniza. La ceniza gruesa hacía en las latas de las casas –tejados y paredes, que aquí todo es chapa– el mismo barullo que el granizo. La villa entera se cubrió con una capa gris de la que aún quedan muestras, a pesar de los esfuerzos por retirarla. Y con la ceniza gruesa vino la ruina de Los Antiguos, que vive de la cereza en un microclima extraordinario, como extraordinarios son los microclimas de todos estos lagos de tan bajo nivel sobre el mar y protegidos de los vientos del Pacífico por las moles de piedra que los rodean.

A la salida de la población está el puesto de policía, con sus gallinas y los pollitos correspondientes; y los caballos paciendo; y milicos que toman mate y se asombran de que alguien quiera pasar a Chile Chico donde no hay nada y desde donde no se va a ningún sitio.

Nos convencen y damos vuelta, temerosos de perder tiempo sin cuento en trámites de frontera. De retorno a Perito Moreno se ven los montones enormes de cenizas de grano gordo que se fueron echando al lago para liberar las calles de Los Antiguos. La naturaleza será sabia, y sabrá cómo resolver el desastre creado por un volcán. Pero el desastre causa víctimas; que quizá a la Madre Naturaleza no le importan porque cuenta con las capacidades de la Vida que siempre sigue, aun cambiando de forma...

En Perito Moreno empieza el calvario de la ruta 40, la que lleva a osados y locos hacia el sur por el interior de la provincia de Santa Cruz, siguiendo el meridiano 71 como el terreno permite. La 40 discurre, hasta el río Chico, paralela al camino que había seguido Musters.

Pasado un puesto de policía con barrera, el coche comienza a temblar y a hacer un ruido que presagia su desintegración. La carretera deberá ir siguiendo la huella por donde los cantos redondos, de tamaño de un huevo, se afirmaron y la dirección del vehículo responde; con el peligro de que el morro del pobre coche llegue a topar con el ripio acopiado entre roderas.

En el aire hay una extraña luminosidad, sobre paisajes de roca negra y roja que surgen de oteros terrosos. Sin nubes a la vista, la luz del sol parece impedida por algo que no conocemos. Cuando el

conductor se acostumbra a las dificultades del firme y se atreve a observar a cierta distancia, comprueba un fenómeno siniestro:

Entre las matas se mueven ovejas paridas con las crías, levantando un polvo liviano y claro.

Es la ceniza, que el viento posó y vuelve a levantar al sur del Hudson.

Poco a poco el entorno, en alternancia parduzco o verdoso, se vuelve uniformemente grisáceo. Hasta que por la siguiente quebrada, negra y asustadora, se llega a distinguir con perfección una nube que recuerda a las de los incendios forestales.

Y en el cerebro del viajero, que ya experimentó la angustia de pasar por cerca del monte que arde, se disparan mecanismos de defensa por comparación. El policía de la barrera de Perito Moreno había dicho que no se esperaba ceniza en el día de hoy; y, que de haberla, era mejor volver.

El miedo, como la luz vaga de fuera, consigue entrar en el habitáculo del coche.

LA HOSPEDERÍA DEL LAGO POSADAS

La jornada inicial del viaje por el interior de Santa Cruz podría haber finalizado en las primeras horas de la tarde –si los ocupantes de aquel vehículo solo fueran gallegos asustados por reminiscencias de las barbaridades que se sufren durante los veranos en su tierra.

Pero mi compañero se había criado en los rigores patagónicos y no se arrugó. Me ofreció una mascarilla y aseguró que el filtro de aire del coche estaba nuevo y teníamos repuesto.

Según penetrábamos en el territorio prohibido, un cañón por el que el viento empujaba sin obstáculos, la faja de pedregullo de la carretera se iba estrechando, invadida por ceniza gris, pesada, mientras una ceniza blanca, ligera, se convertía en niebla contra la que los faros nada podían.

El avance tomaba caracteres oníricos. Ganábamos leguas en un espacio irreal, desconcertante, sin más referencias que el ruido de los cantos contra los bajos del vehículo. La vegetación desaparecía y el miedo aumentaba, ahora en la suposición de que las ruedas llegaran a enterrarse en una masa blanda de la que no consiguiéramos salir.

Hasta que de nuevo, superada la depresión que atravesábamos, el firme de suelo de piedrecitas volvió a anchearse, la neblina glauca perdió espesura y se volvieron a distinguir las formas de las rocas a las orillas de la carretera.

Aún nos faltaban muchos kilómetros para que el sol venciera la ceniza en suspensión. Y cuando surgió nos encontramos en la desolación de un yermo sin fin hacia naciente, limitado a poniente por la línea quebrada y negra de la cordillera. La carretera se tendía como una cinta marrón, sinuosa, entre lomas soleadas que querían verdecer con la fuerza de la primavera. A veces, al lado del camino aparecía un poste, un letrero comido de sol y nieves, una vaga indicación de que a tantos kilómetros –a veces más de treinta– estaba la estancia tal o cual. Raramente, una columnita de humo vencida por el viento marcaba la situación de un puesto donde sepa Dios qué criaturas se atreverían a vivir.

Así llegamos al Bajo Caracoles, donde debería haber posada. Y donde no había casi de nada: Una partida de mujerotas alemanas, viajeras en dos grandes jeeps guiados por criollos, se nos había adelantado y tomado al asalto la hospedería, a la que no le quedaba, siquiera, ni tabaco ni agua mineral.

El frío obligaba a encerrarse en el cuero de las zamarras. Y la necesidad, a discurrir:

Nos exponíamos a dormir en el coche envueltos en toda la ropa que llevábamos, por lo que decidimos intentar suerte y llegar al Lago Posadas antes de que la noche se nos echara encima.

Pero había que asegurarse de que una vez allá tendríamos cobijo. La radio del puesto de policía podría dar solución.

Subimos al puesto. Un milico golpeaba en el teclado de una máquina prehistórica. Escribía un informe policial que le transmitían por un transceptor de radio de banda lateral única, en el que el habla del informante resultaba un maullar solo inteligible para quien estuviera acostumbrado. El aparato estaba destripado, con los componentes de la fuente de alimentación a la vista.

Cuando acabó, el mestizo (Todos los milicos argentinos deben ser mestizos) vino a nosotros solícito y disipó nuestras dudas con una llamada a grito pelado ante el micro.

Sí, en el Lago Posadas había camas para dos. Podíamos seguir, que quedaba «hecha la reserva» en la «hostería de la tana».

Y para allá bajamos, con el sol siempre delante, siempre hacia el oeste, en una precipitación de bellezas agrestes, a cada legua más duras, más pétreas, más asombradoras. El atardecer nos pilló por el Lago Salitroso, castaño-rojizo en el fondo de una depresión que miran castillos de piedra clara, centinelas de un mundo aparte, hundido hasta apenas cien metros sobre el nivel del Pacífico que

oculta la cordillera.

Anocheciendo abrimos la puerta de la hospedería. Tres personajes cenaban sin prisa. Eran tres pobladores de la Patagonia ignota, gentes de ciudad a primera vista: una mujer pequeñita y de grandes ojos azules; otra mujer, en esa edad en que las que no fueron lindas se parecen a los hombres; y un sesentón de buena pinta, cara honrada y de mucho sufrir. Resultaron ser la patrona, la asistenta y el representante de la administración provincial, encargado de que funcionasen los mínimos necesarios para que Lago Posadas pudiera seguir resistiendo como cualquier otro fortín.

Comimos queso fresco con ajetes tiernos, todo de producción local, todo salido de la orilla del lago donde las primaveras son largas y los inviernos sufribles de tan bajo y protegido como está.

No tardé en abrir conversaciones con la tana. Nuestros compañeros a la mesa única en la cocina se fueron a acostar cuando paró el grupo electrógeno que alumbra la pequeña comunidad del lago. A la luz de las velas, la señora me contó que su marido era catalán y ella calabresa, los dos llegados de pequeñitos a Buenos Aires. Que por sus aficiones habían andado explorando Santa Cruz y, enamorados de tanta libertad, habían decidido embarcarse hacia aquí de por vida. Vivían en la casa que les arrendaban los primeros pobladores cristianos del lago, unos pastores españoles que señorearon con su hacienda los pastos siempre húmedos del entorno. Los hospederos andaban luchando con la inflación, con la imposibilidad de mover dinero a diario cuando cada día pierde valor, convencidos de que llegarían a montar un servicio de acogida especial para amantes de la naturaleza en estado puro.

Estas gentes vivían la Patagonia con pasión. En el habla de la mujercita –sola ese día porque su marido había viajado con los hijos a Comodoro– había vehemencia. Porteña del aluvión, reconocía que estas tierras de grandes recursos eran pura colonia de una metrópoli insensata, insensible, incapaz de agradecer nada a la provincia de donde le venía la solución cotidiana al despilfarro.

Buenos Aires se merecía que los santacruceños «le cortasen el caño», el gaseoducto. Vivían en el desamparo, y amenazados por las Naciones Unidas:

Si la población no aumentaba –y estaba decreciendo por abandonos–, si no superaba el medio habitante por kilómetro cuadrado, Santa Cruz pasaría a ser territorio despoblado, reclamable por cualquier país.

Y los israelíes tenían un Plan Andinia que nadie debería olvidar. Por aquí, por esta esquina olvidada, todos los veranos pasaban los judíos. Eran soldados –chicos y chicas– en año sabático después de tres años en el frente de combate. Hablaban mal inglés, pero del poco que hablaban bien se deducían sus intenciones.

En Israel no cabían, y en el Lago Posadas podrían hacer un vergel.

Me acosté. Al cruzar el patio de la hospedería sentí un silencio aplastante, una sensación de paz desconocida, inquietante. Allá andaba, pintando los montes con un azul de misterio, Kéenguenkon, la luna. De aquella luz tenía la culpa el Diluvio, que también se conoció por estos pagos. Contaban los viejos tehuelches que el pueblo, refugiado en las cuevas de los montes, atrapado entre la oscuridad que venía de arriba y el agua que amenazaba desde abajo, pidió al Divino Padre de los hombres una luz para procurar alimento y leña. Entonces él ordenó a Kéenguenkon que subiera con su luz al cielo; pero en el trayecto, tan largo, el fuego fue muriendo por culpa de la lluvia sin fin y desde entonces hay luz en el cielo para vencer a las tinieblas de la noche, pero es una luz fría, apagada...

Pasadas unas horas de sueño, me desperté con aquella misma sensación y salí al patio en ropas menores.

No se percibía nada, ni frío. No se oían los ruidos mínimos de los campos habitados, con animales domésticos.

Se había ocultado la luna y el firmamento era como un techo lleno de luces menores, en número infinito. Recordando el Diluvio poetizado por los nativos de estas tierras, me anduvo por la cabeza la inquietud de los agnósticos que viajan y ven como en los lugares más alejados hay demasiadas coincidencias a la hora de interpretar las cosas del mundo y del trasmundo.

En la tibia calma que permitía filosofar se comprobaba la realidad indiscutible de los microclimas. El frío de la estepa se quedaba en Bajo Caracoles, apenas a cincuenta kilómetros de allí en línea recta. La depresión del Posadas era el reino del sol, esposo de Kéenguenkon. Eso explica que fuera habitada durante miles de años por pueblos que habían dejado ricas muestras de su existir cíclico, ordenado.

CERRO DE LOS INDIOS

La mañana rompió temprano iluminando la forma peculiar del Cerro de los Indios, especie de loma partida a la mitad, imitación confusiva de una cantera de piedra ocre-rosada. Ese era nuestro objetivo inmediato, al saber que en el alero de la roca se reproducían los motivos de la famosa cueva del Río Pinturas, situada a ciento cincuenta kilómetros de allí.

Mientras nos conseguían los caballos para la excursión, fuimos a visitar a los primeros pobladores de la historia cristiana de este reducto desconocido del Lago Posadas.

Son dos viejos burgaleses, naturales de Cerezo del Río Tirón. El mayor, Jesús –con ochenta y seis años y capaz de andar a caballo sin recelos– cuenta con ojos claros y brillantes en la piel tersa de manzana que, haciendo el servicio militar en Vitoria, le dieron un permiso y nunca más volvió al cuartel. Se embarcó en Bilbao escapando de un destino mortal en el África que ardía en guerra, y rodando, rodando vino a dar a Comodoro Rivadavia, donde lo desembarcaron en un lanchón cubierto con lonas para que gente y cosas no se empaparan con las olas.

De allí avanzó hasta estas fronteras sin dueño y aguantó doce años solo, absolutamente solo, solo con sus ovejas. Vivía «debajo de unos cueros que ni toldo eran» e insiste en que de lo mucho que le aconteció en aquel retiro «solo los pastos fueron testigos».

Su contacto con la gente era el puerto de San Julián, a donde llegaba en quince días, viajando en parte «en unos camioncitos». En San Julián, como en toda la costa patagónica, ya había muchos gallegos, gallegos de verdad. Porque en la Argentina tienen la manía de llamar gallegos a todos los españoles y sin embargo los hay como él y su hermano, «castellanos viejos». «Los gallegos –aclara el hermano menor– son más como los portugueses. Hasta hablan como ellos, que ni se les entiende».

Este hermano, Santos, recuerda los primeros años de soledades, sin mujeres. Anduvieron tristes hasta que llegó un «turco» mercachifle que les cedió dos hijas, con las que llegaron a casar y tuvieron harta prole, ambos.

Las «turcas» (libanesas) aparecen solícitas con los mates, las dos mucho más jóvenes que ellos, ambas con un perfil de nariz ganchuda y ojos prominentes, moros, en contraste con las facciones tal vez germánicas de los burgaleses. Son mujeres alegres, a pesar de la deserción de sus hijos, que estudiaron con provecho en Comodoro y se fueron a instalar de doctores en el Buenos Aires que devora a la patria entera. De todos los primos hispanoárabes solo había quedado un muchacho dispuesto a seguir con la estancia de los viejos. Y el pobre murió de cáncer a los treinta años.

Pero ellas se reían escuchando las cosas de los viejitos. Se reían hasta de sí mismas. Cuentan que tuvieron un montón de hermanos nacidos en distintos lugares de la mercachiflería paterna, por lo que unos se apellidan Ibrahim, otros Brahim, otros Braín…

Los castellanos viejos no piensan en la patria de origen. Insisten en que sus huesos han de quedar en las tierras que conquistaron con una amarga ración de soledad. Santos confiesa que la radio –de la que algo se escucha en onda corta en este pozo inmenso, fondo de un lago glaciar– es buena porque «informa de las noticias». Pero que la televisión, algo vista en Comodoro, es malísima porque «mete locuras en la cabeza».

Nos despedimos. Camino del cerro, pasamos un cementerio mínimo a la salida de las cuatro casas de la colonia de chacareros y pastores que los viejos crearon. Son media docena de tumbas con cruces de palo, ni siquiera de tablas; rodeadas de un cerco de tablillas pintadas de blanco. Tanta pobreza en la muerte habla de la austeridad de estas gentes en vida…

El sol se proyecta violento contra el imponente paredón del monte que fue templo de la raza vieja, la que dejó sus trozos de cerámica y

sus puntas de flecha. Desde la concavidad del alero, en el refugio de la sombra estrecha se divisa una enormidad plana y baja de láminas de agua y campos verdes que encierran las cumbres nevadas de la cordillera. Desde allí, el gigante Elëngasem, soplaría y tiraría piedras para que las mujeres no se acercaran al lugar sagrado. Elëngasem, con su concha de gliptodonte, es el padre del viento y autor de las pinturas de las cuevas…

Cuando la vista se acostumbra a la oscuridad empiezan a surgir símbolos que llevan miles de años resistiendo la intemperie. La curiosidad, avara, confunde los ojos y la mente del observador. Son tantas las figuras, tantas las semejanzas y las estilizaciones que cuesta entender el cuadro completo: hay puntas de flecha, guanacos, hombres, laberintos, escaleras, y un increíble tigre impresionista –hecho con puntos negros– junto con el motivo de las manos que se repite.

El pueblo que pintó el Cerro de los Indios también debió de pintar la cueva del Río Pinturas. Quizás con cientos de años de distancia en la prehistoria. Pero con las mismas ideas e intenciones, aunque los habitantes del Lago Posadas pintaron las manos en positivo, en ocre sobre la piedra gris, mientras que los de la cueva tuvieron la originalidad de pintar en negativo, dejando la forma de la mano en la roca a cielo abierto, recortada sobre un entorno colorido.

Los laberintos cercados de redondeles y al lado de seres pinchudos e inidentificables producen un malestar cierto, y uno se para a imaginar los terrores que producirían en las almas primitivas. En esos diseños –poniendo de escudo y disculpa a Elëngasem– trabajaba el hechicero, conocedor de las plantas alucinógenas, inspiradoras, capaces de transportar su espíritu del mundo inmediato al superior. En todos aquellos símbolos hay representaciones de walichú, de guanacos cazados, de felinos viciosos de sangre. El brujo tenía que sanar enfermedades, que envolver las presas en el lazo mágico, que superar con sus poderes los poderes del brujo de la tribu enemiga…

Las imágenes merecen la pena de la cabalgada. Pero la sed no perdona; ni el hambre.

Abandonamos el Lago Posadas llenos de conocimientos. Al otro lado del Cerro está el caso de los tres lagos de la zona: uno –el Salitroso– color de herrumbre, otro –el Posadas, que da nombre a la zona– azul claro; y el siguiente –el Puyrredón, separado del Posadas por una cinta de tierra de algunos metros de ancho– azul

oscurísimo.

El Puyrredón se pierde serpeando hacia el oeste y, rebautizado por los chilenos como Cochrane, va a buscar el Pacífico.

Adiós. Le decimos adiós a la señora tana que nos despidió con un aromático estofado de pollo de su corral y con setas cogidas en los campos vírgenes. Adiós a los pastores de la Castilla fría y dura que vivieron temiendo «morirse como perros» pero nunca abandonaron. Adiós a gentes de nombre católico o de nombre musulmán, pioneros escasos que con heroísmo sin recompensa mantienen la argentinidad en esta frontera.

Nosotros seguíamos en busca del sur. Trepando la cuesta que vigilan los castillos de piedra, un mirar último se convirtió en íntima promesa de volver.

EL ACCIDENTE

Sepa el viajero que se adentra en el sur de la Patagonia al lado de la cordillera que el camino para vehículos de ruedas es único, el tránsito por él casi inexistente y los socorros tan escasos como el tránsito. En los casi trescientos kilómetros de Lago Posadas a Comandante Gregores –a donde intentábamos llegar para hacer noche–, en esas sesenta leguas no encontramos más que una camioneta, dos pastores a caballo con sus perros y tres hombrecitos aterecidos a la puerta de un furgón-casa con chimenea humeante, junto a una máquina «igualadora» del ripio.

Sepa también el viajero que conduce, y que hasta ya lo hizo por muchos caminos y condiciones (tal vez con agua, nieve o barro), que el pedregullo de estos caminos de poco mapa es la cosa más traidora que imaginar se pueda...

Durante horas avanzamos a cuanta velocidad permitían los reflejos, en un continuo sortear de amontonamientos de ripio en los que el coche amorraba produciendo un ruido asustador en los bajos. A un lado y a otro se tendía el manto ondulado de la estepa castaño-verdosa sin más límite que la sierra negra y blanca por la banda del atardecer. Desde allá el viento presionaba de costado, perverso y frío, complicando la navegación. La distancia al último lugar habitado, Bajo Caracoles, aumentaba y con ella el ansia de llegar al próximo.

A las orillas de la carretera aparecían manadas de guanacos y de caballos con su respectivo macho vigía, preparados los guanacos a disparar en cualquier dirección, hasta a través de la carretera, pero siempre con una gracia galopante, con el sincronismo circense que mantiene las tropillas juntas, en rumbos paralelos. Y también regalaban la vista las espantadas displicentes de los caballos, que se saben grandes y capaces de hacer volar a coces al felino más intrépido.

Con estos cuadrúpedos veloces –camélidos de la tierra y équidos importados– no lleve miedo el conductor, que no los ha de pillar. Pero tema por la estupidez supina de las ovejas que, al sentir un vehículo, muy probablemente intentarán metérsele delante, con suicida atracción.

Para nosotros, el primer aviso de peligro vino con una oveja gorda que se empeñó en correr paralela al coche –hasta sentir dos golpes, uno en el frente y otro en la trasera, que nos produjeron desconcierto y a mí, que conducía, un momento de descontrol.

Paré y miramos. El viento perforaba camisa y camiseta. Batiendo los dientes con el frío, inspeccionamos el coche: una óptica quebrada y manchas de sangre en el lateral. No había avería visible.

Seguimos, conduciendo yo con la idea puesta en espantar ovejas a bocinazos. Y así fue cómo entré, confiadamente, en una zona de ripio liso, recién repasado por las máquinas. Y de tal guisa sería cómo me vi, sin entenderlo, desgobernado, dando bandazos, navegando sobre un suelo tan blando que al mínimo giro de volante se abría bajo las ruedas y producía derivas incontrolables... Era el fin. Allá estaba la muerte estúpida del curioso que había llegado demasiado lejos. Íbamos a morir de heridas sangrantes en el abandono de una carretera por donde no pasaría nadie en demasiadas horas.

Pero mi compañero sabía del caso. Y nos salvó con la serenidad de quien ya ve todo perdido menos el último movimiento.

Sin perder la calma, me forzó el volante girándolo hacia sí. Y el coche respondió girando y avanzando a rastras, de costado... sin dar vuelta, como habría hecho sobre suelo firme.

En la banquina paramos. Delante de nosotros escintilaba la cáscara blanca de una laguna seca, lugar terrible para una muerte lenta, entre sal y fango...

Nueva inspección del coche: no tiene desperfectos a la vista. El motor anda sin problema. Solo resulta sospechosa una pérdida de

aceite. Comprobamos el nivel, que está en el mínimo. Mirando en el maletero, vemos las herramientas y el bidón de gasolina. Pero falta la lata de aceite, que en alguna parada debió de quedarse.

En el mapa calculamos setenta y cinco kilómetros a Gobernador Gregores. Van a ser los setenta y cinco kilómetros más largos de lo que llevo vivido.

No había más alternativas que la de quedar a la espera de que alguien pasara y nos diese socorro y la de seguir avanzando mientras quedase aceite que bombear desde el cárter. Cuando el motor se fuera a quemar, uno de nosotros marcharía a pie a Gregores a dar noticia de la avería en la oficina del Automóvil Club que indicaba la guía caminera.

José Manuel se hizo cargo de manejar el coche con el cuidado de quien conoce la máquina. Avanzábamos lentamente, sin forzarla, mi vista buscando polvareda que anunciase un vehículo, o letrero indicador de estancia próxima –en la esperanza de que en ella hubiera equipo de radio con que comunicar el caso a la villa.

Nada. Solo el espectáculo del Río Chico refulgente, dorado por el sol que se iba, serpeando por un amplio mallín de pastos altos. Con la vista saltando del testigo del aceite al cuentaquilómetros y de allí hacia el paisaje, aún imaginé al explorador Musters cruzando estos desiertos sin mapas con la tropa de tehuelches, lanzándose a cacerías enervantes por las praderas que de pronto aparecen en el yermo.

Y seguimos, por una tierra de contrastes, de solitarias distancias que atemorizan hasta en estos tiempos del motor de explosión...

Llegamos a Gobernador Gregores con las últimas luces. Veinte kilómetros antes, nuestra angustia había ido desapareciendo. Porque veinte kilómetros bien se andan, aun con ropa gruesa encima y equipaje a cuestas.

No había hecho falta caminar. El motor había respondido.

La población de Gobernador Gregores forma una villa ordenada, de madera y lata, con servicios mínimos para darle apelativo de tal. El hotel era un hotel de veras, con calefacción, luz y teléfono. Fuera de él quedaban el viento y el frío. Dentro había un bar con whisky, que bebimos; y con mesas de billar.

Una joven jugaba sola. Nos saludamos, conversamos. Era la maestra del lugar. José Manuel le comentó que, siendo sábado –como acabábamos de comprobar en el calendario–, «aquello parecía un lunes». Y ella le respondió con un gesto lindo de tristeza que allí,

en Gregores, todos los sábados del año eran así.

Me despedí de los muchachos, que ya se desafiaban ante el fieltro verde. Nunca supe jugar al billar y tenía sueño. Me acosté. En esos devaneos que preceden al sueño recordé las peripecias de la tarde aciaga que veníamos de superar. Eran imágenes vivas, vívidas, punzantes. Con la mente puesta en el cielo pálido sobre la cordillera lejana, pensé en la suerte, en las diferencias de milímetros o segundos que hacen la distinción entre morir o continuar viviendo.

Cada hombre tenía lugar y hora. Y a nosotros aquella tarde el Tata Dios de las gentes gauchas nos había sonreído bondadoso desde el otro lado de las cumbres pintadas de nieve.

En su calendario, por el momento, no estaban nuestros nombres.

DE GREGORES A CHALTÉN

Amanecemos descansados, con las primeras luces anémicas de un día de primavera en el paralelo 49. Nos habían dicho en el hotel que en el pueblo había servicio de YPF y de ACA, las dos siglas que con ansia se procuran en estos parajes. Y allá, en el conglomerado de servicios de Yacimientos Petrolíferos Fiscales y del Automóvil Club Argentino, fuimos a encontrar un porteño «autodesterrado por amor». Casado con una joven de Gregores, en yermos de oveja y frío se le había ido poniendo cara de resignación, invierno tras invierno. Nos dio mate y toda la ayuda posible. Revisamos bajos del coche, ruedas y nivel de aceite. El lubricante se perdía por la junta de la bomba de la gasolina. Y no había repuesto, ningún repuesto para nuestro coche, de producción argentina y masiva. Solo los había –alguno, escaso– para camionetas Ford 100, el vehículo por excelencia de estas tierras bravas, resistente pero «tragador»: un cuarto de litro de nafta por kilómetro, lo que obliga a cargarlo de bidones extra...

Nuestro amigo, incapaz de otro consuelo, razonó en alta voz que la pérdida de aceite era pequeña y a una altura que impedía al cárter vaciarse. Dos latas de óleo en el maletero bien darían para llegar sin perder presión a Chaltén. De Calafate –villa turística– a Chaltén se movía un «colectivo» que podría hacer la «gauchada» de traernos el repuesto.

Nos fuimos despidiendo. Luchando contra el viento, el porteño administrador de un comercio sin existencias «en pagos donde el diablo perdió el poncho» aún nos habló de que la lana perdía valor continuamente; y que los funcionarios del estado intentan callar las reivindicaciones santacruceñas argumentando que esta es una provincia «con petróleo pero no petrolera» (en contra –pensé– de la ciencia y saber de los gallegos que anduvieron con los yanquis explorando la plataforma continental). Santa Cruz está despoblada y desatendida, y llena de riquezas que el Mundo entero ambiciona. Si la población llega a bajar de 0,2 habitantes por kilómetro cuadrado, cualquier país puede reclamar territorio en ella. Así lo estableció la ONU. Desarrollo y soberanía son cuestiones graves que los gobiernos van postergando. Esto anda al Dios dará y, no obstante, en Buenos Aires sigue la joda.

Vuelta al ripio y al miedo, de avería o accidente, de «morirse como un perro» en el decir castellano de los viejos del Lago Posadas. Se van sucediendo verdores y pardeces, altos y bajos, con la cordillera siempre allá, encortinando los cielos del poniente. En un punto, al fondo de una depresión color de carne, aparece el Lago Cardiel, redondo y completo a la vista, azul claro y orlado por el blancor de olas furiosas.

El viento, que ceba su violencia en las aguas de aquel lago, hace difícil a conducción. Y seguimos, aguantando. Donde aumenta el verde, se muestran las avutardas en pareja. Con el agua se dejan ver los flamencos estáticos. Los guanacos asustadizos hacen maniobras que recuerdan a las de los aviones, por la rapidez y el paralelismo. Los caballos pintos de cabeza amartillada miran quietamente. Las ovejas mantienen su juego suicida. Aprendida la lección, se tratará de aminorar la marcha y asustarlas con la bocina, pitando y pitando hasta alejarlas.

Muchas almas quedarían en estas desolaciones. Y otras muchas lograron superarlas. Debe existir la suerte. O una «máquina universal» de la que nuestras vidas son personificados engranajes...

En Tres Lagos paramos con frío y hambre, llenos de polvo y golpeados de tanto saltar en el pedregullo.

Tres Lagos es una encrucijada, poblado de casas de lata, blanco y azul, que se inicia y acaba casi al mismo tiempo. Quien no lo conozca lo atravesará en un santiamén y tendrá que dar vuelta. Es lugar último para conseguir combustible cuando se pretende llegar al fondo del Lago Viedma, hasta Chaltén, a ciento veinte kilómetros.

Cargamos nafta y revisamos la pérdida de aceite. Es poca, y eso nos anima a seguir.

Antes matamos el hambre, con caldo de gallina de entrante y unos fideos gordos con carne de oveja para seguir. Es lo que hay, sin alternativas, en la pensión que llaman Ahoenikenk, regentada por una vieja sin incisivos, el labio hundido y tétricamente manchado de sangre.

Nos trae los platos metiendo en ellos el pulgar con exagero; y no sabe el significado de *ahoenikenk*, la palabra de bienvenida de unos indios que se fueron para siempre jamás; que solo dejaron sus genes, las caras cuadradas y los ojos rasgados que esta cantinera aglota hace sonreír cuando le hablamos del viento insistente, dispuesto a atravesar los vidrios.

Sonríe la vieja mestiza porque bien conoce ella la «nevazón» continua del invierno, el huracán gélido, el hálito matador del Viedma coronado de glaciares.

Un anciano –quizás su marido– vende camperas de cuero. Dos jóvenes le compran el producto sin preguntar por licencias de venta. Y son policías, del destacamento fronterizo de Chaltén.

Se interesan por nuestro origen; y por las pretensiones que tenemos. Nos dicen (y a mí me provocan escalofríos recordando el accidente) que el camino al Viedma está «recién repasado» por las máquinas; y que es de lo más socorrido en la provincia, con estancias cada quince kilómetros y los cascos de ellas no lejos de la orilla de la carretera.

Seguimos. El mapa de Santa Cruz, que señala estancias como en el mundo poblado se señalarían pueblos, no está errado: Estancia Santa Margarita, Estancia San José..., todas pintadas de colores fuertes, fáciles de ver para quien se perdió en la nieve.

Crecen en altura las montañas que encierran el valle glaciar. Se suceden zonas húmedas y secas. El lago muestra su mancha azul pálida y enorme. Poco a poco aparece la silueta atormentada de la cordillera. Es como un espinazo descarnado, agujas espaciadas a capricho, mezcladas con lomas en las que refulge la nieve.

Desde un tramo elevado del camino se va viendo el glaciar de la otra banda del lago. Es grande y azul como el del lago Argentino. El frente del río de hielo refleja una luz azul, intensa. Se quiebra sobre el agua y los témpanos desprendidos de él por allá navegan, naves azul-turquesa.

Aquí el viajero pararía mucho a recrearse con tan espantosa visión

de grandezas y grandezas: agua, hielo, roca, nieve, sol, cielo, nubes enganchadas en las agujas de piedra... Fue aquí donde Elal creó a los chónek, los seres humanos. Elal era hijo de la Nube Cautiva y del gigante Nóshtex, y siempre miraría por sus criaturas. Viendo que padecían frío y oscuridad cuando el sol no estaba en el cielo, les enseñó a hacer el fuego, con el que vencerían al hielo de las laderas del Chaltén. Después, los chónek, siempre protegidos por Elal, aprendieron a hacer vasijas y a guardar el fuego encendido en ellas, para que no se lo apagaran los vientos que sopla Elëngasem, y para que Walichú no se lo robara...

El viento pertinaz hace interrumpir la contemplación, posible desde una meseta de arena, mal asentada con raíces de coirón y molle. Seguimos. Ya falta poco. Delante de nosotros aumenta el tamaño de las moles del FitzRoy y del Torres, montañas mágicas, magnéticas, que hacen perder el juicio a los escaladores. El FitzRoy, el Chaltén de los tehuelches, se yergue, poderoso y compacto, con la cumbre a tres mil metros sobre el nivel del lago. Y a su izquierda surge el Torres, esbelto y múltiple, de no mucho menor altura.

Llegamos al poblado del Chaltén, con sus casitas de madera entre prados llenos de flores. Se ven soldados y montañeros. Hay una actividad de campamento: gente con anorak y mochila que entra y sale de las cabañas, filas de caballos cargados de bultos circulando a paso firme, jeeps embarrados y rápidos...

Siguiendo la recomendación de los policías que habíamos encontrado en Tres Lagos, hablamos con un cantinero que se encargó de pedir por radio a Calafate el repuesto de la bomba. En la cantina se bebía cerveza con fuerza. El patrón picaba carne y una niña con las manos cubiertas de verrugas amasaba el picadillo.

Hecho el encargo, proseguimos. En medio de un valle en U, perfectamente glaciar, está la hospedería. Tenemos habitación libre, y si no la hubiera –nos dicen– nos conseguirían una «carpa», pues en tan difícil lugar ningún peregrino pasa la noche sin cobijo.

Queda tarde en el día largo y nos perdemos por un bosque típico de hayas, con llao-llaos («panes de indio») parásitos y anaranjados creciendo sobre sus cortezas.

Es un paseo relajante, sobre suelo blando de hierba menuda, hasta un muro de piedra gris en el que el agua constante de milenios, allá en lo alto, consiguió excavar un canal por el que se precipita.

De vuelta de la cascada se hacía noche y cenamos, en comedor con mesas y bancos de madera maciza. Alrededor se hablaban italiano y

alemán. El pastel de trucha era gustoso y los quinqués iluminaban desde abajo las facciones de los comensales en un intrigante juego de sombras.

A media cena se presentaron cinco personajes empolvados cuya habla denunció como catalanes sin remedio. Pidieron precio para dormir. Regatearon en dólares y la patrona –que debería de ver el fin de la jornada sin más clientes– los aceptó.

En mala hora. Porque los recién llegados preguntaron si podían cenar y, al recibir confirmación, aclararon que ellos ya traían víveres.

La patrona se calló. Y los jóvenes catalanes montaron sobre la mesa una cocinilla de bencina con la que se disponían a calentar agua para sopa. Mientras el agua se calentaba sacaron queso y salami de las mochilas. Y entonces fue el desastre:

El fuego de la micrococina montañera prendió en el plástico de las bolsas en que guardaban las raciones, los cocinantes saltaron de la mesa entre llamas y bufidos, se oían blasfemias en italiano y gruñidos ininteligibles en alemán. Cada cual huía de aquella hoguera como podía, y solo la patrona tuvo la agilidad necesaria para entrar en la cocina y volver de ella con un brazado de sifones.

Restaurada la calma, José Manuel, amigo de juegos, se puso a la carta con el hijo de la patrona, «politólogo» parado como tal y empleado de camarero en la hostería.

Yo eché parrafeo con la señora.

Era porteña, y amaba estas soledades limpias. Solo se quejaba del invierno, tan largo.

Me reprendió por los comentarios que yo había hecho sobre los catalanes «autosuficientes». Dijo que uno nunca debe hablar mal de los compatriotas en el extranjero; y acabamos metidos en conceptos de patria y otras banalidades.

Ella confesó que los catalanes son peores que los vascos como clientes. Y que parecen judíos por lo tratantes y desconfiados.

Salvando distancias, claro, porque los israelíes son unos indeseables que, en inglés de lengua de trapo, discuten precios, fijan condiciones y chillan al exigir.

A los hijos de Judá les deberían prohibir viajar por estos territorios extremos, donde el hospedero es fácil víctima del huésped ruin.

Italianos y austriacos –que tal era la nación de los que hablaban la lengua terrible y teutónica– se fueron retirando después de haberlo hecho los incendiarios (estos con la cabeza baja, la mirada sesgada

hacia mí, pues habían descubierto mi hablar castellano normativo).

Nosotros también nos fuimos. Saliendo del comedor hacia nuestro cuarto, nos topamos con todo el silencio del Mundo bajo aquel cielo luminoso, estrellado, que ya se contemplaba desde el Lago Posadas.

Faltando la luna, sin embargo se veía bastante para caminar sin tropiezos.

Era maravilla caminar a la luz de las estrellas.

EL CERRO TORRES

Una luz grande nos hizo despertar. Cantaban los pajaritos y brillaba un verde de esmeralda dolorosa. Con lentes ahumados, pasamontañas, guantes y polainas sobre las botas de montaña salimos a hacer gestiones. El cantinero nos dio la noticia de que tampoco en Calafate había repuesto para nuestra bomba de gasolina. Y, resignados a depender de las latas de óleo, subimos hasta unos campos floridos donde caballos de pata corta y fuerte pastaban al sol bendito.

El trato fue sencillo: al FitzRoy no se podía ir porque los guías ya se habían marchado con una carga para el campamento de los escaladores. Pero sí teníamos caballos, guía y luz bastante como para hacer una excursión hasta el pie del Torres.

El guía era otro porteño de los que deciden perderse en las lejanías patagónicas. Mozo rubicundo, con apellidos vascos y formación universitaria, se desinhibió rápidamente al comprobar que nos unía el habla y la experiencia de andar a lomo de equino.

Llevaba años administrando estancias de ovejas, estaba casado con una empleada de los Parques Nacionales y, al ser ella destinada al del Chaltén, había decidido aprovechar sus conocimientos gauchescos para pasear turistas aventureros y servir las necesidades de los escaladores.

El camino era duro, por un bosque virgen y a través del río

torrentoso que corre por el fondo del antiguo glaciar, retirado hasta el pie de la montaña al fin de la última glaciación.

El frío era penetrante y húmedo, y yo echaba de menos la bufanda que –insistía Xosé Manuel– había debido de quedar en el punto desde donde habíamos comenzado a ver el Glaciar Viedma. Los caballos avanzaban con una precisión propia de su especie, con la memoria que les hace colocar el pie en el punto justo para evitar el resbalón y la caída quizá fatal.

El guía nos contó que quería ser poblador y ya había presentado instancia y luchaba con los papeleos de una administración aparentemente desentendida del ultimatum de las Naciones Unidas. Aquello era una lucha contra el tiempo. O se poblaba la Patagonia argentina o había que dejar a los chilenos que la poblaran. Ahí estaba vivo el litigio del Lago del Desierto, el avance de la población chilena hasta un punto desde donde podrían reclamar tierras en el límite, aún impreciso después de un siglo de arreglos y componendas.

Y nadie debía perder de vista a intención judía, que irritaba a los chilenos. El Plan Andinia no era una ficción: él sufría todos los veranos a prepotencia de los judíos, soldados de vacaciones, desobedientes e ignorantes, a los que había que amonestar continuamente para que dejaran en paz a aquellos caballitos expertos. Más de una vez le había pasado por la cabeza permitir que los invasores en potencia provocaran el accidente. Si querían morir, que se mataran. Pero su conciencia no le dejaba perder los caballos enseñados; y temía las reclamaciones de «una organización que por todo el mundo anda».

Poco a poco nos íbamos acercando al fulgor de la nieve y el hielo. El Torres aparecía como un monolito grandioso, columna de base ancheada que no se atreviera a ser pirámide, escoltado por otros dos picachos paralelos e imitantes, más redondos y más bajos. Aquella tropa de monstruos obligaba a imaginar las convulsiones volcánicas en que habrían surgido, los tres hijos del fuego interno de la Tierra, lava solidificada en el aire frío de unas latitudes donde el sol siempre debió de incidir a regañadientes.

Preguntado el guía por un tumulto que habíamos juzgado de helicóptero en la madrugada, nos contó que el día anterior habían caído dos escaladores italianos, que uno había sido recuperado con vida y que por radio desde el campamento se había logrado el socorro. El otro debía de haber muerto. Las rocas que se levantan de

las nieves perpetuas guardan en sus hendiduras los cuerpos de varios insensatos, dos de ellos españoles, vascos.

Hablando de tales quimeras, opinó que los hombres son bichos muy peculiares, impulsados por no se sabe qué irrazón vital a contravenir las leyes de su condición pero que –aun así y pareciendo absurdo– también cumplen su función en el Mundo, en el orden universal que todo gobierna. Y puso el ejemplo de los desastres ecológicos, concretándolos a uno, en particular, de estos pagos helados:

La mara, la gran liebre patagónica, le hacía competencia a la oveja, con lo cual los ganaderos decretaron la extinción del animalito. Entonces, el zorro andino –del tamaño del lobo europeo– se echó a la oveja por falta de carne. Visto eso, se importaron liebres de Europa, corredoras como centellas, que se convirtieron en plaga cuando el zorro ya se había acostumbrado a la facilidad de cazar corderos torpes. Entonces se decretó en las estancias la matanza de liebres, se trajeron cazadores del primer mundo dispuestos a hartarse con la carnicería y el número de las liebres roedoras de pasto decreció –a punto de aumentar el número de conejos, que ya infestaron la Tierra del Fuego; con el inconveniente de que estos roedores hacen cuevas en el campo (que las liebres no hacen), levantan raíces y provocan accidentes en las cabalgaduras.

Los humanos –concluyó– cumplimos la función de destructores de los ecosistemas, para que las especies se renueven. Dentro de unos miles de años el mundo será de las ratas y de las cucarachas.

Con un escalofrío de trascendencias y minimidades de la propia vida individual, que tan poco le importa a la Naturaleza, llegamos al silencio de la falta de vida frente a la laguna en la que vierte el glaciar nacido en las laderas del Torres. Dejamos los caballos amarrados a las últimas lengas del bosque y avanzamos a pie procurando difíciles equilibrios entre pedruscos. Unas nubes redondas y blancas como platos toldaron el poco sol que alcanza el fondo del valle y el glaciar parecía blanco, no azul, y los témpanos blanquecinos sobre un agua gris.

Para más gozo de la vista, pudimos contemplar y fotografiar el «hongo», otro glaciar blanco con que la punta truncada del cerro principal se cubre, capricho de hielo que desde abajo parece apenas gorro pero que allá en la cumbre es formidable inconveniente para quien logró clavar el último clavo del ascenso…

Y fuimos volviendo, que el frío mataba.

En la vuelta supimos por el guía patriota que el nombre de FitzRoy (comandante del *Beagle*, en que Darwin había dado la vuelta al Mundo) fue un regalo innecesario a los británicos. Porque –nos recordó– la montaña era conocida con el nombre tehuelche de Chaltén o Chaltel, que quiere decir «volcán».

Los indios, en sus correrías a lo largo de la cordillera en búsqueda de pastos y caza, veían el «cerro» de lejos, envuelta en nubes su cumbre altísima, y pensaban que fuera volcán en erupción.

En medio del bosque los caballos relincharon. En fila india surgió la tropa de alemanas comandadas por guías del país que nos habían quitado el derecho a cama propia en Bajo Caracoles. Al unísono comenzaron a disparar las cámaras, llenando la bóveda vegetal de luces falsas de flash. Decían «gauchos, gauchos», en una excitación de aventura suprema. Y nosotros, caballeros en ropas de montaña, no parábamos de reír. Porque hasta los arreos de los caballos eran de manera europea, tan distintos de los «recados» con que montan los grandes jinetes de las pampas agrestes…

En el camino de Chaltén a Calafate condujo José Manuel y yo manejé un mapa de detalle, en el que había marcado con la ayuda del cantinero servicial las estancias que no aparecían señaladas de imprenta y tachado las que habían dejado de funcionar a lo largo del recorrido.

El mapa enseñaba que el Glaciar Viedma, que vierte al lago del mismo nombre, se junta en la divisoria de aguas de la cordillera con el Upsala, que vierte en el Lago Argentino. Aquello es parte de la masa que llaman los geólogos «hielo continental». También el mapa mostraba nombres que dan susto a quien se dispone a atravesar el territorio: Meseta del Viento, Meseta Desocupada, Pampa Arenosa…

Allí, en la Pampa Arenosa, en una mata sobre las dunas, el viento, imparable día y noche, había mantenido prendida mi bufanda. Me la había arrancado la tarde anterior, mientras hacía equilibrios intentando enfocar con la cámara el glaciar azul del Viedma. Le prometí un whisky a José Manuel por el hallazgo, miramos el glaciar por última vez y nos perdimos en el horror barullento del ripio.

Avanzamos entre montañas bajas y redondeadas, cubiertas de pasto, atravesamos dos veces el Río de la Leona, por el que el Viedma vuelca su agua gélida en el Argentino, y con las últimas luces del día aún alcanzamos a ver las masas azules que consiguen atravesar el Canal de los Témpanos y la Boca del Infierno, tras de

las que se esconden los glaciares tributarios del último lago de la cordillera.

Cuando entramos en el asfalto, descansamos de cuerpo y alma. Y Calafate surgió con garajes, tiendas y hoteles; con un ambiente de villa turística en las montañas de cualquier sitio. Fuera de temporada todavía, sobraba donde dormir.

En el hotel que escogimos, fuimos a toparnos con una familia galaico-portuguesa: la señora lucense, el marido algarvío, y el hijo patagónico, médico, cirujano, tan entregado a su tierra que había renunciado a los hospitales de Buenos Aires, y hasta de España o de Portugal, para andar salvando gente de malos trances por los reinos del polvo y la nieve. Venían de Las Heras, en el Chubut, e iban a Puerto Natales en Chile. Conocían a nuestros amigos de Comodoro, donde el viejo tenía negocios con unos hermanos, y a los parientes de José Manuel.

Quedamos de conversar al día siguiente, en la esperanza de encontrarnos frente al gran glaciar, el Perito Moreno.

Lo que no imaginábamos entonces era como nos íbamos a encontrar en la siguiente jornada de este viaje lleno de azares...

EL GRAN GLACIAR

Con la emoción de quien se sabe cerca de una maravilla única en este Mundo que es de todos, salimos de Calafate hacia la Península de Magallanes del lago Argentino. Frente a ella –le explicaba yo a José Manuel– avanza el Glaciar Moreno hasta cerrar el paso de las aguas. Cuando esto se produce, la diferencia de nivel entre los brazos del Lago cerrados con hielo y piedra hace que el frente del glaciar se desmorone. El fenómeno ocurre cada cuatro años provocando una de las mayores muestras de energía de la Naturaleza...

Verde y azul mortecino, azul mortecino y turquesa, verde claro de pasto y casi negro de bosque, avanzábamos felizmente mirando al lago y los témpanos cuando el motor del coche comenzó a fallar. La bomba de la gasolina no daba más.

Paramos. Y dimos gracias a Tata Dios de que el parón no hubiera sido en cualquier punto de los dos mil kilómetros de desolación que llevábamos hechos. Acabábamos de pasar una estancia repintada de rosa al pie del monte. Decidimos que yo caminase a pedir socorro en el establecimiento, y para allá fui.

El frío desanimaba, y la bufanda recuperada me sirvió para completar los beneficios del pasamontañas. Frío, silencio, flamencos, avutardas, patos, ovejas, y el lago dócil, los témpanos en la lejanía... Me distraía y, tan cubierto, no oía nada.

Hasta que algo que me parecieron voces me hizo levantar las mallas de lana con que me arropaba la cabeza.

Era gente hablando, sí, al lado verde de un río lechoso y enfadado.

Un hombre en chándal pescaba. Mudé rumbo para allí y fui a toparme con una tienda de campaña, y un furgón-casa que me dejó confuso. Porque estaba montado sobre el chasis de una marca europea desconocida en la Argentina. Y porque tenía ¡matrícula de Berna!

No podía ser, pensé. A lo mejor había alguna matrícula especial en Chile que se pareciera a las suizas.

Pero era. Era un matrimonio suizo que hablaba castellano con dificultades e inglés fácilmente.

Les conté nuestro percance y me ofrecieron todo un taller de mecánica que llevaban a bordo. Lo que no me podían ofrecer era remolque de inmediato, ya que tenían la casa móvil estabilizada con gatos.

Curioso, se acercó a nosotros el criollo en chandal que andaba pescando. Era el dueño de la «carpita», a quien le repetí la historia. Entonces me contó que era natural de Comodoro y llevaba muchos años residiendo en Río Gallegos. Enseguida saltaban los nombres de un ciento de gallegos amigos mientras empezamos a mirar soluciones para nuestro problema.

De todas ellas, la mejor –pensé en alta voz– era intentar buscar a la familia portugallega que habíamos encontrado en el hotel, pues viajaba en una camioneta grande y con cadena de arrastre. A esas horas debían de andar viendo el glaciar...

El criollo moreno me llevó en su coche hasta el nuestro, que revivía con esfuerzo y era capaz de avanzar a poquitos. Conocida la situación, José Manuel aceptó arrimar su vehículo a aquella gente solidaria para no quedar solo, pero no quiso venir con nosotros en busca del amigo cirujano. Ni sabiéndose entre personas aparentemente inofensivas quería dejar de vigilar la propiedad que nada protegía donde ni las vidas valen.

El criollo no tenía gasolina bastante para el viaje hasta la península Magallanes. Le dimos nuestro bidón de seguridad. Y fuimos yendo, en una fácil conversación por la carretera que corta el bosque.

El comodorense dispuesto al favor habló primero de los vecinos de campamento y después de sí.

Aquellos suizos eran matrimonio, una pareja cansada de la rutina

del país perfecto de los relojeros que había decidido vender cuanto tenía, comprar una casita con ruedas y lanzarse al Fin del Mundo, a vagar por él hasta que el capital se les acabara.

Estaban felices. No podían creer todo lo que habían visto, la monstruosidad de la cordillera sin fin que empequeñecía los Alpes, los desiertos martirizados por el viento entre los lagos y el mar. Habían aprendido a ser pobres y depender de la caridad cuando se reviraban las cosas. Temían por el fin de aquel paréntesis en sus vidas, y ya llevaban dieciséis meses vagando.

Cuanto a él, había trabajado toda la vida en una de las empresas que se acababan de privatizar; y le habían dado la jubilación con cincuenta y dos años recién hechos. Pero no se quejaba: tenía los hijos criados y comprendía que en la empresa sobraba gente. La Argentina había ido cayendo en el pozo de la crisis porque todo el mundo quería cobrar sin trabajar ni arriesgar. La culpa era de todos, y por tanto no había motivo para armar barullos. Barullos se los habían armado al Alfonsín, pero eso fue por culpa del hambre de libertad. Ahora tocaba callar; y si el sacrificio era para bien, que llegara lo antes posible.

No había acidez en el discurso del jubilado antes de tiempo. Al menos de principio, porque, cuando ya íbamos llegando, se atrevió a confidenciar: la Argentina era un país gobernado por turcos y tanos entregados a los ingleses. Recordaba la amargura de la guerra de las Malvinas, y tenía sonoros apellidos de Castilla...

En un esplendor azul y onírico, las agujas azules de hielo se levantaban en el claror dudoso del mediodía al sur del paralelo 50. La lengua del glaciar, manchado de marrón oscuro, de la tierra y las rocas que fue moliendo durante milenios, amenazaba a una distancia de nosotros no mucho mayor que la altura a que las crestas de su frente se erguían sobre el agua blanquecina.

Con un retemblor de aviso, la onda de energía profunda avanzaba hasta el extremo de la masa azulada y, majestuosamente, se venían abajo las torres fronteras. Se hundían con estruendo y tardaban en surgir del agua. Cuando surgían, eran trozos que, obedeciendo leyes de la hidrodinámica, tomaban el camino indefectible del Canal de los Témpanos.

Parados, quietos, boquiabiertos como nosotros, estaban los amigos de Las Heras.

Cuando acabó el espectáculo asombroso –mínima representación de lo que es la rotura total del frente del Moreno–, hablé con ellos y

me despedí del compañero, quien retornaría al campamento del río con aviso para José Manuel de que ya teníamos remolque seguro.

De vuelta hacia donde había quedado el muchacho, los galaicoportugueses me hicieron sitio en la cabina de la camioneta y fuimos hablando de cosas comunes y amadas. Esta gente tenía posibles y viajaba a sus tierras de origen. Raramente para emigrantes con genes del Finis Terrae europeo habían racionalizado las diferencias entre el aquí y el allá que separa el Atlántico y sabían ponderar lo bueno y lo malo de cada mundo. Me sentí a gusto comentando de todo; y muy en particular cuando entramos en la épica de la revolución que marca la memoria de los patagónicos viejos. Para mi sorpresa, viajaba con la hija del maquinista del ferrocarril Deseado-Las Heras que condujo a Facón Grande y su tropa en los movimientos que habían despistado el ejército. Se llamaba Francisco López Pérez, y era de Lugo. En los libros de historia no consta; pero él conoció bien la historia de la masacre, y se la contó a sus hijos…

En una mirada al retrovisor reparé en que alguien más venía con nosotros: una persona oculta bajo ropas de explorador polar casi. El cirujano la identificó vagamente como una «francesa mochilera» encontrada por el camino.

Al llegar a donde José Manuel, la mochilera saltó de la caja de la camioneta y dejó ver una cara inocente, de grandes ojos claros. Camino de Calafate, remolcados, le hicimos sitio en nuestro coche.

Vino siendo una ingeniera de la base de la Guayana desde donde se lanzan los cohetes Arianne, portadores de satélites. Como tantos locos que por allí andábamos, un día había decidido huir, en su caso de los calores ecuatoriales para ir a perderse hacia los hielos antárticos. Hablaba inglés con la buena construcción y la mala pronunciación con que lo hacen los franceses convencidos de que la lengua de Napoleón dejó de mandar en el Mundo. Llevaba una espléndida cámara de vídeo y no iba armada. José Manuel me mandó traducirle que estaba jugando con su vida: porque era mujer y porque llevaba un objeto valioso. Esperando que no hiciera falta, no le traduje el resto de la advertencia de mi amigo: que la podían violar y matar, y dejarla donde nadie nunca jamás pasase…

Al Calafate llegamos frustrados y hambrientos. En el taller del pueblo hubo un hombre inasequible a las desgracias que nos fabricó un diafragma de la bomba de gasolina con los restos de la bomba de un Fiat 600 aherrumbrado.

Terminamos el día tomando copas de consolación en un pub sin clientes. Yo no le quería insistir al compañero de aventura sobre las visiones del Lago Argentino: el fulgor agudo del glaciar Moreno, el pálido misterio de la laguna Onelli, la calma gélida del glaciar Upsala, aun más desmesurado que el Moreno.

Otra vez sería. Otra vez volveríamos para ver lo que yo ya había visto en el primer viaje por el país de Elal. Ahora teníamos que llegar a Río Gallegos, donde, por ser la capital de la provincia, necesariamente, habríamos de encontrar solución a lo que nos venía amargando.

RETORNO A LA CIVILIZACIÓN

Agradecidos al mecánico artista que nos había fabricado el diafragma (pero advertidos de que el invento podría fallar) cogimos el camino a Río Gallegos, con la esperanza de encontrarnos ya de una vez y por completo en el ámbito de la civilización en que nos creíamos.

Los casi trescientos kilómetros de humano vacío que nos separaban de «Gallegos» –como por allí se abrevia– comenzaban con ripio y sin tránsito, pero no tardaron en ser de asfalto y mostrar algún vehículo menor cargado de «turistas de aventura» bien apertrechados para el frío.

Montes, valles, mesetas, ríos turbios, hierba que poco a poco cede lugar a las matas que visten el páramo, construyen la monotonía de un interior pastoril que busca el mar por la ancha boca del río Gallegos.

Sin percance cruzamos el puente del Gallegos en Güerr Aike y fuimos entrando en la villa que, a fuerza de colores pintados, afirma su personalidad entre el cielo gris y el océano donde se refleja el gris del cielo.

Manolo González nos llevó al concesionario de la marca de nuestro coche, donde la pobre máquina quedaría bajo custodia técnica. Y, seguros ya de estar de nuevo donde las reglas de juego eran normales, seguimos hacia una agencia de alquiler de coches.

Porque nuestra intención era continuar viaje a Punta Arenas mientras nos reparaban la avería de la bomba. El gran puerto patagónico, patria última de Antonio Soto, iba a ser extremo de un itinerario de cuatro mil kilómetros y siete grados de diferencia de latitud entre puntos extremos. Era el extremo del que ninguna avería mecánica nos debía alejar.

En la agencia nos dieron un precio increíblemente alto, hasta para niveles de ingresos europeos, con las excusas de la ruindad de los caminos y del riesgo de «desaparición» del vehículo.

Comprendiendo que la «normalidad» de la capital de Santa Cruz era solo aparente, fuimos a probar suerte en el alquiler de «autos con chófer»; y ajustamos precio justo con un taxista, menos de la mitad (Tome nota el viajero) del que costaría un coche de alquiler sin conductor...

Por la calle, cerca del Centro Gallego, encontramos a un viejo emigrante, de apellido Viqueira, con la memoria fresca, que nos relató una escena de sesenta años atrás:

Iba él caminando con el presidente del Centro y, después de una interjección castiza y sexuada, su acompañante se paró y dijo:

–¡Es Soto! –Y cruzó la calle hacia el edificio de la Sociedad Española, en el bar del cual Antonio Soto, el jefe mítico de la revolución del 21, departía con un grupo de socios.

Soto ya no era un muchacho. Habían pasado por él diez años desde el alzamiento y la masacre. Pero hablaba con vehemencia, para reivindicar su actuación de entonces.

Había vuelto de su refugio chileno para demostrar que no tenía miedo, que podía andar con la cabeza alta entre los que habían quedado vivos y con el alma negra por tanto asesinato; y por tanto abuso de los pobres como siguió a los fusilamientos. Soto estaba limpio de sangre, mientras en Río Gallegos muchos merecían la muerte de perro que había tenido en Buenos Aires el teniente coronel Varela, ejecutado por el largo brazo anarquista...

Los amigos del centro nos mostraron las construcciones hechas con los dólares que manda el gobierno de Galicia. Tienen el orgullo de hacer lucir el centro gallego más austral del mundo, después de que dejase de existir el de Punta Arenas, absorbido por «la Española» (En Río Gallegos no se dejaron absorber. Directivos del Centro lo son también de «la Española». A trece mil kilómetros de Galicia, aquí todo claro está: españoles sí, pero gallegos).

El asado de la cena cantaba en la parrilla cuando llegó el momento

de saludar a la gran familia de supervivientes de la última onda migratoria. Y los trozos radiantes de cordero en sazón fueron cayendo a los platos según entrábamos en conversación.

El presidente, con asentimiento general de los comensales, dedujo de su experiencia viajera por toda Santa Cruz que esta provincia no puede competir con otras de la Argentina en materia de ganadería y agricultura. La Argentina inmensa tiene todos los climas, y las pampas húmedas dan para alimentar al Mundo ellas solas.

El empeño de criar ganado ovino en la Patagonia había venido a resultar, después de un siglo, una quimera. Porque el clima es excesivamente seco y los pastos están sobreexplotados. De hecho, la arena avanza por el oeste, y quien anduvo estas tierras bien vio como el polvo se levanta en columnas, en torbellinos, por doquier.

Para Santa Cruz –y para la Patagonia en general– la solución de futuro es la minería, teniendo, como tiene, de todo. Y, junto a ella, el turismo y la pesca. Pero para eso hace falta invertir en carreteras, puertos, frigoríficos, telecomunicaciones...

Manolo mira a su hijo, a quien acompaña la novia, y queda en el aire la duda de lo que desee para su prole un gallego que, como González, en estos pagos sudó todo su sudor de hombre.

No se sabe. Mas el caso es que estos gallegos de la lejanía aman su tierra de promisión. Y ven el futuro de los suyos en ella, no como los gallegos de Buenos Aires, que andan en intentos de buscar algo para sus hijos en la Galicia de los subsidios europeos.

Pasan las horas y los relojes marcan avisos de los deberes de cada cual. Nos vamos yendo.

Con todo, con el frío que llama hacia los coches, todavía canta la charla, aún suena el habla perfectamente gallega, guardada en los interiores profundos y calientes de estos hombres desde hace décadas y décadas.

Hablamos de un sueño que fue de ellos y mío: una radio que les trajera la síntesis del latir vital de Galicia. Ellos ponen el ejemplo de los «ingleses», siempre servidos de radio, hasta en el país del viento. Y, hablando de radio y británicos, la reunión finaliza con una anécdota:

Hace muchísimos años, había habido un rallye de coches –«bólidos» como entonces se les llamaba– de norte a sur de la Argentina. Se habían marcado metas y, vía radio, se iba transmitiendo el paso de las máquinas por ellas, a lo que seguían los comentarios de los organizadores y las entrevistas, en un programa

de cobertura nacional.

El encargado de la meta en Río Gallegos era un *sportsman* ovejero, conocido miembro del British Club, significado durante la revolución del 21 (en concreto, uno de los que le habían cantado a Varela, al fin de los fusilamientos, el *For he is a jolly good fellow* que atronó a la vecindad, añadiendo escarnecimiento al duelo).

Aquellos gringos de mierda no aprendían a hablar español, y lo peor era que creían saber hablarlo. El hecho fue que toda Argentina reventó a carcajadas cuando el encargado de la meta, lengua de trapo, empezó a disculparse por no poder transmitir las matrículas de los participantes que iban llegando, por ser muchos los «boludos» que entraban juntos y revueltos, envueltos en su propia polvareda.

Tanto le daba al animal bólidos como boludos. Era un inglés como el que le llamó «son of a bitch» a un gallego carnicero, para encontrarse primero con la punta del cuchillo en la garganta, y después con la huelga que le paralizó el frigorífico.

Eran gringos poderosos. Tuvieron «su cuarto de hora».

Todo acabó –reconocen los gallegos viejos– cuando Australia y Nueva Zelanda aprendieron a saturar los mercados del Mundo con lana y carne de oveja.

Mientras eso sucedía, los del British Club de Gallegos comenzaron a aprender el castellano.

LA TUMBA DE SOTO

Según se sale de Río Gallegos, se empieza a tener, aceleradamente, la sensación de que algo se libera. La atmósfera baja transmite la sensación. La cordillera pierde altura hacia el Estrecho de Magallanes y la humedad del Pacífico va entrando: ya al iniciar jornada sobre la carretera de ripio las gotas de agua separadas –típicas del este patagónico– se iban juntando hasta convertirse en lluvia formal, liberadora.

La estepa con arbustos y calvas se convertía en pradera continua de hierbas bastas en la que pacían infinitas ovejas blancas, lanudas, con su respectivo cordero blanco y saltón. Bajo el cielo de plomo, plano, sin formas, como un techo de nubes continuas, se producía la rápida transición a paisajes ondulados y verdes, de un tono más suave que el del pie de la cordillera.

El Monte Aymond, con la estancia a que da nombre, tiene el hito que marca una frontera artificial –alevosa dirían los argentinos más nacionalistas– que los peritos arbitrales y arbitrarios de su británica majestad habían trazado: de manera que la Argentina no tuviera un solo punto de la costa mirando al Estrecho mientras Chile tiene una faja costera que le permite mirar al Atlántico. Desde Chile (obsérvese bien el mapa) se ve el Atlántico.

La frontera es lenta y absurda para quien viene de la Europa de las integraciones regionales transfronterizas. El paso tiene portones que

no dejan seguir a los coches, y papeleos para abatir los ánimos. Los milicos argentinos son buenos chicos con marcas de las razas que en su patria de blancos teóricos cuestan aceptar. Hay dejadez en el edificio, y un fallo en la calefacción que hace batir diente con diente.

En el lado chileno la aduana es un edificio luminoso, bien acomodado, para quien ha de aguantar una nueva paliza de preguntas y papelitos. Hay funcionarios con traje y carabineros uniformados con buen paño kaki, uniformes que recuerdan los de una Alemania a la que solo aquí se atreven a recordar abiertamente.

Los jefes, con o sin uniforme, son blancos, de corte hispánico o de facciones centroeuropeas. La gente sin rango es claramente mestiza. A quien entrara por primera vez en el país le parecería que esas cosas andan en él estructuradas con descaro...

Enseguida se comienza a ver el estrecho, gris como el cielo, variante en anchura, con una línea de tierra –la isla mayor de Tierra de Fuego– allá perdida en la distancia. Y el verde va a más, un paisaje amenizado con los colores pintorescos de los edificios de lata que de tramo en tramo, escasamente, van apareciendo. Los nombres tehuelches recuerdan los límites geográficos de los patagones de las historias. Hermanos de etnia de los que por aquí anduvieron, araucanizados, a caballo y con boleadoras, fueron los extintos onas de la isla, cazadores con arco y flecha, que recordaban el sueño de un ave corredora, el avestruz que no pasó del continente. ¿Cruzarían a pie sobre el hielo, o en lancha? Como fuera, allá quedaron aislados e indefensos, hasta que los ovejeros dieron cabo de ellos.

San Gregorio, estancia de fama mundial en su día, parece una ciudad de lata ocre-anaranjada. Cascos de barcos abandonados hablan del poder económico que tuvo la lana en estas pampas frías.

En algún punto, sobre la hierba se atreve a crecer lo que ya es más árbol que arbusto. Y, cuando el viajero menos lo piensa, le pasa por encima el estruendo volador de aviones en maniobras, que se van a perder mar adelante.

El chófer comenta que siempre fue así, que estos chilenos parecen estar al borde del conflicto continuamente; que hacen pesar su presencia con las máquinas de guerra para que nadie ose avanzar sobre lo que consideran suyo.

Allí hay geoestrategia. Y una plataforma continental rica en hidrocarburos y riquísima en pescado. Hasta Punta Arenas se

suceden las torres de extracción y las plantas de procesado. Hay petróleo y gas. Y frutos del mar que no se llegan a recoger…

Punta Arenas se anuncia con una orla de bosque patagónico. Avanzando, resulta ser una ciudad de casas de lata y edificios de piedra, en mezcla que le marca la historia y la razón de ser donde es y como fue, tan importante cuando no había paso por Panamá y su puerto daba abrigo y suministros, seguridad y dinero. Tiene también zonas modernas de cemento cuadriculado y vidrio, y trae raros recuerdos de Ferrol, Coruña o Santander.

Llovía. Las calles andaban llenas de una vida rápida bajo un frío repulsivo en primavera. Gentes de facciones europeas y amerindias, caras rojas y narices pingando, se movían en un tumulto en que destacaba mucho uniforme, demasiado, de colegiales, marinos y carabineros.

Pasar a Chile desde la Argentina es dar un salto a la muestra pública de organización y funcionamiento. Los escolares formando tropas uniformadas parecen una proyección al futuro que le espera a este país donde la hispanidad acaba sin remedio, vertida sobre la larguísima costa del Pacífico, o mirando a la Antártida con alba codicia. La radio local programa música «hispana», con Julio Iglesias de estrella.

Son horas de almorzar. Punta Arenas tiene un restaurante, el Sotitos Bar, de visita obligatoria. En él el marisco es excelente, y el vino afrutado aún mejor. Todo el mundo habla inglés –comensales y camareros con ellos– y se pueden adivinar más turistas que otro tipo de viajeros cuando en este puerto no hay grandes movimientos que justifiquen la presencia del gringuerío.

Pedimos una guía telefónica y buscamos el nombre que nos había dado el doctor Suárez Samper: Isabel Soto de Vergara. Pedimos un teléfono, japonés y portátil, que funciona con la perfección esperada en los países del primer mundo. Por vía telefónica localizamos la oficina de esa doña Isabel, y allá vamos, seguros de haber dado con la hija del héroe ferrolano.

Mas grande es la sorpresa cuando la señora, correctamente, niega cualquier relación con Antonio Soto. Dice llamarse Isabel Soto Vergara y no ser quien procuramos.

Mientras hablamos voy cayendo en un detalle: en que los chilenos tienen la misma ley de filiación que los españoles: usan nombre de pila y dos apellidos, sin diferencias por el estado civil en el caso de las mujeres.

Luego recuerdo el apellido de la esposa de Antonio Soto: Cárdenas, y se hace la luz. Isabel Soto Cárdenas debe de ser casada con un Vergara, y el doctor Suárez me había debido de dar los nombres al estilo argentino.

La señora Soto Vergara tiene una idea, marca un teléfono y de su conversación con la recepción del hospital local sale la pista para llegar hasta una casita de lata color minio que hace esquina entre una calle con poco tráfico y una avenida principal.

Abre la puerta una mujer joven de sonrisa fácil, grande de cuerpo y amable de gesto.

Es Isabel Soto Cárdenas; o, para hacerlo completo, Concepción Isabel Soto Cárdenas, la hija de Antonio Gonzalo Soto Canalejo.

Nos sentamos y viene el café, y la efusividad de quien dice haber sido ya visitada por mucho periodista e historiador, de origen americano y hasta germánico. Mas nunca por un español; y menos por quien conozca Ferrol por vivencia.

Conchita Soto es matrona de profesión, casada y con hijos. Y no se cansa de hablar de un padre extraordinario que perdió cuando era pequeña.

Hablamos del Antonio Soto de Ferrol y del de Punta Arenas, no del de Río Gallegos, tan conocido por los libros y el cine.

Antonio Soto nació en Pardo Bajo de Ferrol, hijo de Francisco Soto Moreira, contramaestre de la armada, también ferrolano, muerto en el hundimiento del *Oquendo* al fin de la guerra de Cuba. Antonio no conoció a su padre, pues nació en octubre del 97. La madre, Concepción Canalejo González, de Coruña, se volvió a casar con un tal Rey.

Ya había otro hijo del matrimonio Soto Canalejo, Francisco, nacido en el 95. Estos dos niños se criaron con el matrimonio Rey Canalejo y los otros siete hijos que nacerían de él.

El señor Rey decidió emigrar a Buenos Aires con toda la prole de hijos e hijastros cuando Antonio tenía ya diecisiete años. Y para allá fue el futuro revolucionario anarquista, quien no tardaría en volver a Ferrol, a vivir con unas tías, vecinas de alguna población próxima a la ciudad.

Soto inició la peripecia que lo haría entrar en la Historia cuando tuvo que escapar de la recluta para la guerra de Marruecos, colonial e injusta.

Era buen mozo y tenía dotes declamatorias excelentes. He ahí pues que, además de para tramoyista, sirviera para actor suplente en la

compañía de teatro con la que llegó a Río Gallegos…

Soto tuvo en Punta Arenas el restaurante *Oquendo*, llamado así en memoria de su padre. Fue siempre un hombre popular en la ciudad. Fundó el centro gallego más austral del mundo, en la calle que lleva el nombre del gran pionero asturiano de estos pagos, José Menéndez. Del centro nada queda, pues fue absorbido por la Sociedad Española cuando Antonio Soto ya no estaba para defender la identidad de su pueblo.

Porque, a pesar del internacionalismo de su ideología, era galleguista de corazón, de entraña, que hablaba gallego y se lo enseñaba a los hijos de los socios del centro.

Escribía poemas en gallego, que le hacía recitar a su hija junto con los de Rosalía de Castro. Y le hicieron mucha guerra los franquistas, que siempre hubo en la emigración.

Soto sufría vergüenza y rabia de ser vecino y coetáneo del militar cubierto de honras por las guerras del África que tanto español hizo emigrar, dictador sangriento después, causante de la mayor desgracia histórica de España. Protegía a cuanto compatriota republicano llegase a las lejanías del Magallanes. Y mantuvo con sus paisanos franquistas la polémica abierta hasta que se cansó y se marchó del centro, quejándose.

Y aún había de volver al centro que había fundado, cuando un nuevo giro político en la asociación de los gallegos hizo que se reclamara su presencia.

Murió hablando de Galicia, y de su Ferrol vistoso de desfiles y procesiones, de la ría inolvidable y de las gentes marineras. Le transmitió a la hija ese amor por la raíz de su ser. Por eso Conchita sufre cuando encuentra gallegos dando mal ejemplo en los aeropuertos y los aviones, bebiendo y blasfemando. Siente que la vergüenza es suya.

Nos despedimos con una promesa de intercambio de papeles. Yo le voy a tratar de conseguir copia del acta de nacimiento de su padre. Ella me va a buscar los poemas del viejo…

El cementerio de Punta Arenas es rico y serio, cuidado en los árboles y en los arbustos que hacen setos. Tiene mausoleos que hablan de esplendores, y sorprende tanto nombre yugoslavo.

Entrando allí a mano derecha, en el nicho número 95 del tramo 1 sur, reposan los restos del hijo singular que Ferrol desconoce. Es una tumba modesta y pulcra, con candado que cierra una puertecita de vidrio tras la que se ven flores, la foto lacada de un señor algo

grueso y una frase de cariño bajo el nombre con las fechas de nacimiento y defunción.

Frente a esa tumba, el curioso que llegó de tan lejos siente una doble impotencia: la de no escuchar de aquel señor natural, capitán de desharrapados, la versión propia de su vida, de sus porqués, de sus hechos públicos; y la de no contarle como es Ferrol y la Ferrolterra toda –hoy necesitada de sindicalistas valientes y consecuentes como él.

Punta Arenas está muy lejos, lejísimos, y faltó el tiempo. Habrá que volver. Quizás quede allá algún viejo como el Bartolo, capaz de recordar las conversaciones con Soto.

De vuelta para Río Gallegos, en el caer plúmbeo de la tarde, hago recuento de datos principales a cerca del revolucionario: que se había formado en Ferrol, que su revolución fracasó por cuestiones de soberanía, que salvó su vida por las tensiones entre autoridades de un lado y otro de la frontera; y que era galleguista.

Este último punto no deja de intrigarme. Habrá que ir a Ferrol y hablar con historiadores del anarquismo. Hasta ahora ninguno de los historiadores de Soto, gringos o hispanoamericanos, concedería importancia a cuanto hubo de galleguismo en las motivaciones del anarquista. Mientras socialistas y comunistas no llegaron a aceptar la justificación del nacionalismo hasta el último tercio de nuestro siglo, quizá los anarquistas en Galicia habían entendido desde el principio algo tan claro como que los explotados eran los que hablaban gallego…

EL TORMENTO DE LA CENIZA

La mañana se fue prolongando en despedidas. Río Gallegos deja una peculiar emoción en el viajero: allí quedan la última bandera gallega al viento, la última cruz de Santiago en un escudo, las últimas hablas que conformaron las bocas de los emigrantes marcados por su condición nacional.

Transmitimos a los gallegos galleguenses los datos que nos había pasado la hija de Soto en Punta Arenas, y nuestros amigos nos dicen adiós con la promesa de hacer homenaje al fundador del centro gallego que había ganado en latitud al de la capitalita de Santa Cruz.

Adiós Punta Arenas y Río Gallegos; adiós Bartolo Estévez, aún vivo, luchando con el viento por las calles, memoria única y rica de la revolución que la historia oficial esquiva...

Teníamos novecientos kilómetros por delante. Asfaltados, sí; mas con una gran amenaza: la ceniza.

Quien mire el mapa de Santa Cruz, verá que del Lago Buenos Aires parte el río Deseado en dirección Este-Sudeste, y que del lago Belgrano, al sur del Buenos Aires, parte el río Chico en dirección Sudeste. Las cuencas de esos dos ríos delimitan un triángulo de tierra con el vértice truncado por los Andes y con la base en el Atlántico.

Dos carreteras atraviesan el territorio en la dirección de los

meridianos: una a par de la cordillera, la otra paralela a la costa. Por la primera habíamos ido hacia el sur; por la segunda íbamos ahora hacia el norte. Con una advertencia: el área afectada por la ceniza del Hudson es el triángulo descrito, de manera que los cien kilómetros de cenizas pasados a la ida se podrían convertir en trescientos a la vuelta...

Subiendo del río Gallegos al río Santa Cruz, el día fue perdiendo las neblinas del sur y alcanzamos la explanada brillante y solitaria con sus animales resignados al viento. El viento era mucho, del oeste como siempre, y obligaba a conducir corrigiendo el rumbo.

Comandante Piedra Buena es una población de lata pintada de verde junto del río Santa Cruz, caudaloso y azul, por donde vierte al mar el agua gélida del lago Argentino. Esta villa lleva el nombre de un pionero como pocos hubo en la Argentina, sujeto valiente que, durante años, mantuvo alto el pabellón de la patria en unos desiertos que le discutía el vecino ambicioso. A pie de la isla donde Piedra Buena mantuvo su colonia con mil peligros (Véase lo que cuenta de esto Musters en su relato de exploración) está el último puesto de aprovisionamiento completo sobre la ruta en cuatrocientos kilómetros.

Allá paramos, a llenar de gasolina el depósito del coche y el bidón de rescate, a comprar agua y mascarillas.

El viento se encañaba con furia por el valle del Santa Cruz. Firmes contra él, se mantenían corros de conductores hablando, gesticulando. Había un exceso de vehículos estacionados en la gasolinera, divididos en dos grupos: los que venían naturalmente sucios –de aceite y barro– del camino, y los que ocultaban esa suciedad bajo una capa harinosa. Los unos subían hacia el norte; los otros bajaban. Dos camioneros con destino a Tierra de Fuego me confirmaron lo más temido: que la ceniza se extendía del Gran Bajo de San Julián (a penas pasado el río Chico que viene a morir a la vez que el Santa Cruz) hasta el río Deseado.

Conferencié con José Manuel. Tal vez la prudencia aconsejara volver para Río Gallegos, en espera de mejor momento. Podíamos volar a Comodoro y ya se mandaría venir el coche.

Pero mi amigo me convenció de que siguiésemos. El coche estaba «recién afinado», llevábamos filtros de aire de repuesto y mascarillas. Si otros se habían atrevido a pasar, ¿por qué no lo íbamos a conseguir nosotros?

Proseguimos. Penetramos en una zona donde se perdía la

visibilidad a cada kilómetro. Desaparecían los contornos del campo alrededor de la cinta negra de la carretera y los vehículos no se veían hasta que ya los faros encendidos daban su posición. Era de nuevo la sensación de ir perforando una niebla blanquecina y densa que la luz del sol no atravesaba. Para más –discurrimos– las gotas de agua son transparentes mientras que los granos de ceniza no lo son.

Había ceniza en el aire y ceniza en el suelo, una masa de polvo que atravesaba la carretera en remolinos violentos. El viento y el avance de los vehículos producían la agitación de esa otra ceniza, que azotaba los vidrios e intentaba colarse por las rendijas de las puertas.

La respiración con las mascarillas se hacía pesada y a mi compañero le picaban los ojos irritados sin duda por la ceniza más liviana, que con sutileza y persistencia iba penetrando en el habitáculo del coche. En varias ocasiones llegamos a ver el espectáculo asustador de un camión fuera de servicio y los camioneros cubriéndose con plásticos para tratar de reparar la avería sin que la ceniza los confundiera. También se veía algún puesto de estancia o intento de bar de ruta pintados con la harina siniestra.

Solo nos quedaba confiar en el motor afinado en Río Gallegos y seguir adelante con cuidado para evitar un choque o un derrapaje.

A una cierta altura dentro de la nube ahogadora observé que la radio no funcionaba. Y, de inmediato, que la iluminación del cuadro de instrumentos era muy débil.

Teníamos un fallo eléctrico, y más de cien kilómetros de ceniza por delante.

Si nos parábamos, poco íbamos a ver, cegados por el azote de la ceniza. Si el alternador no generaba y la batería se había ido descargando con la demanda de los faros, en algún momento dejaría de haber corriente para las bujías y, allá donde hubiéramos llegado, quedaríamos a merced de la poca suerte que veníamos teniendo.

Pero, también, la batería podía aguantar la demanda de las bujías kilómetros bastante como para salir de lo peor. O quizás el alternador mandara la corriente necesaria para que el motor no se parara.

Había que seguir.

Y seguimos, con las luces apagadas, comprobando como el día se

agotaba por encima de la ceniza.

Un temblor de frío y miedo intentaba cortarme el habla, que me esforzaba en mantener viendo el rostro grave de José Manuel.

Cuando en el valle del Deseado empezamos a ver claro, una onda de sangre nos debió de subir a la cara: era la segunda vez en esos cerca de cuatro mil kilómetros en que escapábamos por casi nada.

Bajo el cielo blanco y dudoso, en el peligro de un anochecer toldado, llegamos a FitzRoy, lugar con una gasolinera castigada por el viento donde no había más servicio que el combustible.

Confiados en la caridad de unas herramientas mínimas y un foso, apagamos el motor del coche.

Pero allí no había ni herramientas ni foso, ni ganas de ayudar. Y el motor ya no prendió, cuando, visto el nulo auxilio técnico de pagos tan miserables, intentamos seguir camino...

Solos en la explanada de la gasolinera, sin cuesta que aprovechar, abrimos las puertas y, con ellas así, haciendo de velas, se puso en movimiento el vehículo. Soltando el embrague, volvieron a funcionar los cilindros y nos dispusimos a descubrir el problema.

José Manuel observó que a bajas revoluciones encendían las luces. Luego el alternador «regulaba». Y que cuando se aceleraba el motor, caían las luces. Luego la correa del generadorcito resbalaba, quizás como resultado del «afine».

Echamos pestes de los mecánicos y tomamos la segunda decisión grave de la jornada: seguiríamos, abandonaríamos aquel yermo maldito de FitzRoy detrás de algún vehículo con luces activas. Así, a lo mejor podríamos hacer los setenta kilómetros que nos separaban de Caleta Olivia, donde con certeza habría socorro.

Conducir de tal manera requiere una vista aguda, memoria ágil y buenos reflejos en los brazos. Hay que ver lo que alumbra quien va delante, recordar curvas y agujeros, y sortear los peligros imaginando dónde deban de estar, ya sumidos en la noche, a la cola del que los alumbró.

Fuimos practicando, yo de copiloto, José Manuel casi acostado sobre el volante. No pudimos seguir el ritmo rápido de un coche y vimos que detrás de un camión era como avanzar a tientas... Una furgoneta cargada de bultos nos dio la vida. No era ni tan grande ni tan lenta como el camión y nos pusimos al arte de seguirla guardando la distancia necesaria para no darnos de bruces contra ella en un parón.

Sospechando peligro de asalto o cualquier otra intención aviesa de

quien lo seguía sin luces, el conductor nos insistía con los intermitentes para que lo adelantásemos. Pero no lo habíamos de hacer. Entre las curvas y las cuestas que marcan la bajada al mar, mantuvimos nuestra fidelidad canina.

Las luces de Caleta fueron para aquel sujeto desconocido y para nosotros un aviso de liberación.

En caleta Olivia encontramos un taller de chapa abierto, y un chapista bonachón que no daba crédito a lo que le contábamos. Al fin de nuestro relato, comentó que nadie tenía derecho a «tanta buena fortuna»...

Habíamos superado la desolación y los peligros. Con la correa ajustada y dos poderosos haces de luz, hicimos a tramo final de la ruta, oyendo al mar batir, obsesionados por el reflejo de vida que Comodoro proyectaba hacia el cielo en medio de la curva amplia del Golfo de San Jorge. Callábamos, y yo intentaba alejar de mi mente la imaginación de un horror: horas de reclusión en la negrura de la noche, viendo la ceniza cubrir los vidrios, esperando un socorro que quizá no llegaría a venir...

En la casa de Cholo aguardaban por nosotros. Una vez lavados, limpios de la polvareda trágica que ahoga aquella región tan grande, pedí que me hicieran una foto con José Manuel.

Creo que debió de ser una petición inevitable, instintiva, por parte de quien se salva de un naufragio.

Mas, como los marinos que naufragan pero vuelven a las olas traidoras, hablé con los amigos comodorenses de nuevos viajes por el país de Elal.